

(2)
EL HIJO

DEL

DIABLO.

Por M. F.

TOMO V.

SEVILLA.

Imprenta de A. Morales, Venera número. 12
Agosto de 1846.

Los tomos de esta interesante novela se venden en su imprenta á 4 rs. Tambien se encuadernan en pasta y á la holandesa á precios arregiados.



Parte tercera.

LA CASA DE GEIDBERG.

CAPITULO XIII.

La aparicion.

Salió con Lia el estrangero.

Un cuarto de hora despues la caballería prusiana echaba pié á tierra al rededor de la casa de Gottlieb. Nada encontraron en ella: los prusianos tuvieron que volverse, lamentándose del chasco, por el camino por donde habian venido.

El proscrito permaneció varios días oculto en casa de Mad. Muller; después buscó otro asilo; pero no se alejó de aquellos sitios, y las largas caminatas de Lia cesaron de ser solitarias.

El extranjero era conocido con el nombre de Otto entre sus partidarios, y contaba con muchos de estos en el país. Variaba de albergue muy á menudo, y en todas partes en que se presentaba, se le acogía con una cordialidad y franqueza mezcladas de respeto.

Las policías prusianas, bávaras y austriacas unían sus esfuerzos, y le tendían diariamente algun lazo; pero sabía sustraerse de las manos de los esbirros, y los buenos habitantes de aquellas tierras le prestaban su ayuda para esquivar y engañar á la caballería que andaba en su busca sin cesar.

Lia y él tenían tres puntos diversos para reunirse en la parte mas alta de la montaña: allí se hablaban de su amor. Porque se amaban tiernamente. En su correspondencia habia una circunstancia estraña que la hacia muy notable. Al paso que la joven se entregaba sin reserva á las exigencias de una pasión libre, y sin oposicion. Otto parecia querer resistir y vencer el sentimiento que le arrastraba. Cualquiera al contemplarle hubiera dicho que sufría, víctima de algun remordimiento: Otto daba margen á esos ra-

ros y extraordinarios contrastes que agitan por lo general aquellas relaciones amorosas, á impulso de los escrúpulos de la mujer.

Otto tenia la belleza de un jóven: no habia una arruga en su frente; no habia un hilo de plata entre su negra cabellera. Su talle era ágil y orgulloso, su mirada habia conservado las vivas centellas que apaga ú oscurece la edad viril.

Pero la apariencia no podia cambiar la verdad: Otto habia traspasado los límites de la juventud. Veinte años de trabajos y sufrimientos le separaban de los dias de su adolescencia hubiera podido ser padre de Lia.

Y en efecto, habia algunos instantes en que su amor á la jóven tenia un no se qué de paternal; al menos lo decia él asi. Pero esto podia consistir en que se engañaba á sí mismo y en que colocaba tal vez un velo voluntario ante su pasion, como si hubiese temblado medir su rápido progreso.

Su amor era un sentimiento fantástico, sujeto á trasformarse y modificarse, como todo combatido sentimiento: sufría repentinas frialdades, y momentos llenos de fuego que no habiera podido comprimir ningun humano poder.

Lia nada comprendia de aquellas bruscas intermitencias, el amor de la pobre niña duraba todas las horas, y todos los instantes: pensaba siempre en Otto; y como nada exis-

tia en su alma que no fuese puro y virginal, su alma ignoraba lo que era remordimiento.

Amaba con angelical ternura: no esquivaba las miradas de su Dios; antes bien confiaba á este todos sus purisimos sentimientos.

En algunas ocasiones volvía con los ojos prenados de lágrimas despues de su entrevista con Otto: le habia visto triste y severo, y en vano habia procurado enardecer su impassible corazon. Otras veces llegaba á su casa con una sonrisa perenne sobre los lábios; y era que su seno no podia abarcar la alegría que la enagenaba, porque Otto habia hablado de amor, y en los lábios de Otto ardian las palabras de amor como el fuego que todo lo inflama, y que lo abraza todo.

Otras veces, en fin, se encorvaba la linda cabeza de la jóven bajo el peso de la meditacion: su caballo erraba á la aventura segun su capricho, y ella no advertia la forma ni la direccion del camino: en aquellas horas de recogimiento repasaba en su memoria las palabras de Otto, el cual le habia mostrado tal vez lleno de tristeza uno de los rincones de su corazon.

Ignoraba el secreto del proscrito, pero adivinaba en él, un largo sufrimiento, una resignacion heroica, y esa especie de osadia ó incontrastable valor que no sabe desesperar.

Llevaba erguida la cabeza rodeada de peli-
gros; habia un camino trazado delante de su
planta que seguia sin temor.

Bien podria llegar la guadaña de la muer-
hasta segar su cuello á traves de la marca-
da ruta: el bastardo exhalaria su espíritu; pero
no cejaria una linea de terreno, y caminaria
sin retroceder.

El alma de Lia estaba tan impregnada de
admiracion, como de amor.

Otto solia acusarse á menudo de debilidad
y de cobardia: habia consagrado su vida al
cumplimiento de un deber, y decia que cada
hora perdida era una traicion imperdonable.

Despues tenia la crueldad de manifestar que
para premiar toda aquella ternura pura y ardien-
te de la joven, solo podia entregar una par-
te de su corazon, porque su corazon no le
pertenece: un objeto imperioso reclamaba to-
dos sus instantes; y el amor solo podia te-
ner en su alma un puesto incesantemente
disputado.

Hallábase pobre y proscrito: la edad de
la cual su altiva cabeza soportaba todavia el
enemigo peso, iba á hacer muy pronto incli-
nar su frente: su mano estaba incrustada al
puño de su espada, si quiere permitirsenos
usar esta metáfora; porque en la obra que
queria llevar á cabo debian mediar torrentes
de sangre.

¿Y porque se atrevia á trastornar la vida pu-

ra y feliz de aquella pobre niña?

Su destino era una tempestad.... ¿Osaria acaso cubrir con densas nubes el sereno y risueño porvenir de Lia?

Otto queria huir de su lado: huir muy lejos y huir para siempre....

Pero por la primera vez se negaba á obedecerle su propia voluntad inexorable: alguna cosa mas fuerte que su naturaleza misma domaba y esclavizaba su vigor: aquel que hasta entonces no habia reconocido obstáculos, se sentia enervado por una influencia desconocida.

Permanecia en Alemania: montaba á caballo acaso para abandonar el pais, y cierta magia secreta hacia galopar al corcel hácia la montaña donde esperaba un beso y una sonrisa á su misterioso ginete....

Otto amaba: aquel era su primer amor: su existencia agitada y tumultuosa no habia permitido hasta entonces enternecer su corazon.

Habian cruzado muchas mujeres á través de su camino desde la edad en que el corazon del hombre vive y siente por la passion; pero sus ojos pasaban sobre la belleza frios é indiferentes.

Habia un recuerdo mortal que se estendia como un velo lúgubre entre él y el pensamiento del amor.

Cuanto mas bella era la muger que se aparecia ante su mirada, mas se acercaba á aque-

lla imagen funesta grabada con sangre en el fondo de su memoria.

Ante sus deslumbradas pupilas se proyectaba un cuadro que no podia rechazar: era un soberbio lecho flanqueado por columnas antiguas, y colgado pormagnificas telas de seda de damasco; en él estaba recostada una muger livida y moribunda: aquella mujer era hermosa como un ángel; sus lábios cárdenos iban á dejar paso al último exterior de su difunto pecho.

Era su hermana!... su querida hermana á quien habia amado con una ternura llena de pasion!... ternura tan ardiente que no dejaba siquiera un leve paso al sentimiento de ningun otro amor!

Essos pensamientos de voluptuosidad de que gusta tanto el corazon del hombre nada eran para él!... Su destino pertenecia al combate y á la venganza!...—El mundo poseia un jóven hermoso y desventurado; este jóven era el hijo de aquella hermana adorada: era necesario hacer cambiar los harapos de miseria que cubrian las carnes del niño por los ropajes de seda y oro que pertenecen al hijo de condes!... al rico gran señor!...

El hijo de su hermana representaba una raza noble é ilustre, descendida hasta el último grado de la desgracia; era preciso alzar esta raza poderosa y espléndida un tiempo, á la altura en que se hallaba en otros dias.

Con la muerte de una hermana habia que vengar el asesinato de un padre!...

Aquellosobraba para ocupar la vida entera de un hombre: Otto atrincherado bajo un deber tan austero no creia en el amor; y el amor le temió durante largos años. Empero vino al fin: aquella fuerte coraza con la cual creia defendida su alma, se desvaneció asi como se destruye una capa de hielo á los primeros rayos del sol.

Cuanto mas invulnerable se habia considerado, menos precauciones tenia tomadas para guardar la entrada de su pecho: el amor acometiéndole de improviso penetró por asalto en su corazon.—Cuando quiso el proscrito combatir y rechazar: no era ya tiempo.

En vano lidió: sus terribles luchas, en las cuales no existia una esperanza posible de victoria, no hacia más que arrojarle con violencia entre aquella desconocida esclavitud.

Porque guardaba en si mismo un tesoro apiñado de pasion que llegó á inflamarse poderosa é indestructible. Amó pues aquella sola vez por todos sus largos años de indiferencia y de frialdad.

Pero aquel victorioso sentimiento no le hizo olvidar un solo instante su deber: dividióse en dos su corazon: el corazon de Otto era grande y capaz de cobijar dos pensamientos...

Trascurrieron los meses. Otto perseguido

siempre por las policías germánicas, llevaba una vida llena de agitacion. Cada semana dedicaba á Lia algunas horas: la hija de Mosés esperaba durante ocho largos dias aquellos cortos instantes de felicidad. El resto del tiempo estaba consagrado á su obra misteriosa.

Ignoraban á donde iba el proscrito: algunos aseguraban que pasaba seis dias de la semana en la ciudad *libre* de Francfort, en casa del rico patricio Zachæus de Nesmer.

Una mañana en que la pobre Lia habia ido llena de gozo á la montaña, esperó en vano durante todo el dia.

La semana siguiente sucedió otro tanto: Otto no pareció.

Algunos dias despues llegó hasta aquellos lejanos campos la noticia del homicidio realizado en la persona de Zachæus Nesmer.

Lia iba todas las semanas á la montaña en que solian realizarse sus citas, y esperaba siempre á Otto.

Otto no concurría ya...

Lia habia entrado en los diez y siete años de su edad: Raquel Muller recibió una carta del viejo Mosés Geld que reclamaba su hija, y la enamorada jóven partió á Paris llena de melancolia.

Todo le era desconocido en aquella soberbia casa de Geldberg. El fragmento de carta que hemos hallado sobre la mesa de

su pabellon, nos ha iniciado en sus primeras impresiones: él nos ha enterado tambien de las relaciones que habia tenido con sus hermanas.

Lia hablaba de Delisa en aquel fragmento: Delisa era su mas cara y mas querida compañera. Ambas jóvenes se habian amado desde luego, porque ambas tenian la misma franqueza y la misma bondad de corazon; pero el afecto de la señorita d'Audemmer parecia combatido por una especie de repugnancia secreta.

Delisa se sentia instintivamente rechazada por el resto de los individuos que componian la casa de Geldberg, y apenas se presentaba en ella, pero tan pronto como se habló de su mision con el caballero Mr. de Reignauld suspendió completamente sus visitas.

Estas últimas circunstancias eran muy posteriores á la carta de Lia; y no ignoramos que no habia sido echada en el correo. La carta fué sustituida por otra diversa dirigida al aldeano Gottlieb, el cual la hizo llegar á su destino.

Otto contestó por conducto de Mad. Batailleur, y sus cartas llegaron intactas á manos de la joven, salvo las dos últimas, cuyo secreto fué violado por Mad. de Laurens.

Aquellas cartas se asemejaban á sus entrevistas de otro tiempo: los amantes no se hablaban apenas de su amor. Puede decirse que casi

no se conocian, porque Otto habia procurado alejar siempre de sus entrevistas el capitulo de las confidencias de familia.

Lia sabia únicamente el nombre de su amante.

Otto creia como las gentes de las cercanías de Esselbach que su amada era hija de Raquel Muller.

Hacia seis semanas que Lia no habia recibido noticia alguna de Otto: habia pasado todo aquel dia ocupada con su recuerdo, pero ni aun soñaba en la posibilidad de volver á ver su amante.

El baron de Rodach arrastrado por los acontecimientos que se habian encadenado desde la vispera, no habia tenido tiempo de realizar su proyecto de visitar á Mad. Batailleur, y tenia pensado ir aquella noche á la casa de esta, para saber las señas de la habitacion de Lia.

Aquel encuentro era tan imprevisto para él como para la jóven.

Pero en el primer instante no reflexionaron ninguno de los dos, y se entregaron sin reserva á la dicha de hallarse despues de haber sufrido una ausencia tan larga.

Rodach contemplaba á Lia que inclinaba hácia atrás su cabeza para alzar hasta él sus miradas encantadoras. Otto se sorprendió al encontrarla mas bella que nunca: los ojos de la jóven no podian desprenderse de

la faz de aquel; y se colgaba de su cuello, llena de confianza y abandono.

—Otto, dijo por fin la hermosa Lia: crea que me habiais olvidado!.... Dios mio!.... si supiérais cuanto he sufrido!... pero estoy á vuestro lado!... veo que os habeis acordado de vuestra pobre Lia!... oh! . . cuán dichosa soy...

Rodach imprimió un ardiente beso sobre la frente de Lia: guardaba silencio, pero sus miradas hablaban mas que pudiera haber hablado su lengua.

De repente se desprendió la jóven de entre los brazos, y murmuró:

—Os ocultais todavía?

—Si, contestó Rodach.

Tomó por la mano al proscrito y le condujo hacia la puerta por donde acababa de introducirse.

—Venid conmigo, exclamó: dentro de algunos momentos, va á estar lleno este aposento de personas que cococen toda la Alemania.

Atravesó con Rodach las salas del piso bajo que habian quedado desiertas con la ausencia de los oficinistas de Geldberg, y se introdujeron ambos en el pabellon de la izquierda, donde la hemos visto no hace mucho ocupada en leer las cartas del prisionero.

Entonces cerró la puerta dando dos vueltas á la llave, y se sentó al lado de Rodach sobre un divan que este habia ocupado ya.

Lia tomó las manos del proscrito: su mira-

da cariñosa le recorría de pies á cabeza: su alegría era ilimitada é inmensa: no pensaba como sus hermanas en preguntar á su amante el motivo de su presencia: nada la ocupaba entonces sino el deseo de saciarse de su visita tan grata, y de amarle y admirarle.

Ambos estaban sentados frente á la ventana, al lado del piano de Lia, sobre el cual se veían esparcidas algunas melodías alemanas. La forma de la estancia era en todo conforme á la del salón en que hemos asistido durante la entrevista de Sara y Esther: solo se distinguía en sus adornos. Lia de Geldberg había alhajado con arreglo á su gusto su retiro favorito. Había en él una especie de perfume, y de gracia: parecía un encanto delicioso que revelaba el santuario de una vírgen hermosa: era un marco bellissimo para un rostro celestial.

En un rincón se elevaba un estante esculpido que contenía libros escogidos: no léjos del piano había un elegante escritorio donde el nácar y el palo de rosa casaban sus delicadas incrustaciones: todavía se veía cubierto de papeles y cartas no concluidas. Delante de la ventana que daba al jardín estaba una mesa inclinada: la mesa sostenía un álbum abierto: los últimos rayos del sol alumbraban las delicadas tintas de un país pintado á la aguada. Era una vista de Alemania: algunos árboles se percibían diseminados á lo largo de un sendero: un gentil caballero y una hermosa jóven ocupa-

ban sentados un punto á orilla del camino: dos caballos impacientes estaban atados al orgulloso tronco de uno de los árboles. Era un recuerdo....

Despues se distinguia el bordado comenzado; las bellas flores del invierno con sus tibios perfumes; y todo cuanto puede concurrir al recreo de la soledad de una jóven.

La noche, que caia lentamente, estendia un velo sobre todos aquellos objetos, confundiéndo-los en una especie de armoniosa bruma.

Era un sitio á propósito para pensar con ternura, y para hablar de amor..

Habia una cosa estraña en aquella entrevista. Desde que el baron de Rodach se hallaba en la estancia en que le acogia la confiada hospitalidad de Lia, se oscurecia su rostro poco á poco. En vez de aquella viva alegría que habia experimentado en el primer momento de la aparicion de la jóven, parecia ser víctima del sufrimiento: parecia sucumbir al ataque de una inquietud creciente. No correspondia ya á las caricias de la jóven: su mirada estaba siempre fija sobre ella; pero espresaba un sentimiento mas penoso cada vez, que llegaba á ser angustia.

Habíanse fruncido sus cejas bajo el esfuerzo de un doloroso pensamiento: su mejilla estaba pálida: al rededor de sus lábios habia una amarga y acibarada sonrisa.

Lia, la pobre jóven, lejos de apereibirse de

semejante metamorfosis, continuaba dando rienda á su alegría.

Pero el sufrimiento del baron llegó á hacerse tan visible, que no pudo dejar de ser percibido.

Lia se paró en medio de una frase comenzada con gozo.

—Qué teneis Otto? murmuró asustada.

Otto permaneció algunos segundos sin contestar. Cuando tomó por fin la palabra, fué para lanzar una pregunta cuya respuesta habia adivinado de antemano.

—Lia, dije con voz hueca; apenas inteligible: por qué razon os encuentro en esta casa?...

Miróle la jóven con sorpresa; despues proyectó una sonrisa timida.

—Es verdad que lo ignorais, contestó: vos me creeis, como todos en Alemania, la hija de mi escelente tia Raquel....

Rodach atendia sin tomar aliento.

—Si hubiérais querido, continuó Lia, hace mucho tiempo que lo sabriais todo: esta casa es la de mi padre...

Un sudor frio inundó las sienes del baron de Rodach.

—Sois hija de Mosés de Geldberg?... balbuceó penosamente, y como si cada palabra desgajase sus lábios al pasar.

—Sí, contestó Lia, que bajó involuntariamente los ojos por la mirada fija que la enalavaba Rodach.

Este permanecía incorporado y tieso como un hierro sobre el diván: cualquiera le hubiera creído petrificado por el rayo.

Lia quiso volver á tomar su mano: la joven la sintió húmeda y helada.

Torrentes de lágrimas inundaron sus ojos.

—Otto!... exclamó: Otto!... por piedad!... ho!... decidme lo que teneis!...

El ojo fúnebre de Rodach se paseaba por su rostro divino, lugubre y pesado; pero aquel ojo no veía.

—Otto!... Otto!... volvía á esclamar la infortunada niña: qué os he hecho para que no me améis ya!...

Desarrugáronse las cejas de Rodach: su mirada se elevó hacia el espacio.

—Dios mio!... murmuró con reconcentrada y desgarradora amargura: era yo demasiado feliz!...

Lia se dejó resbalar de rodillas á sus plantas: las lágrimas ahogaban su voz: quería orar.

Otto la atrajo contra su corazón, y depositó un beso sobre su frente.

—Pobre niña!... murmuró con voz grave y profundamente melancólica: ¿no os he dicho ya que mi amor os haría muy desgraciada?...

—¿Por qué, Dios mio!... por qué? balbuceó Lia entre sollozos.

Rodach la contempló en silencio durante un segundo: su mirada se hizo suave algun tanto: Lia era tan pura y tan bella!....

—Suceda lo quiera, repuso él os amaré hasta el sepulcro.

Lia nada comprendia; pero hubo una sonrisa de felicidad á través de sus lágrimas, porque Otto la prometia su amor eterno.

En aquel instante sonó una robusta campana en el jardin, muy cerca de los amantes. Lia se puso en pie llena de sobresalto.

=Avisan á comer, dijo: si tardo en ir, vendrán á buscarme inmediatamente....

Rodach se puso tambien en pie: parecia embriagado: el golpe que acababa de recibir le heria en medio del corazon.

Al dirigirse aturdido y vacilante hácia la puerta trataron de abrirla por la parte de afuera, despues llamaron á ella suavemente.

Lia se puso á temblar.

—Lia!... querida hermana!... dijo una voz en el corredor: venid pronto!... todos os esperan....

=Es Sara, mi hermana mayor, murmuró la jóven: ocultaos pronto, Otto... Es casi de noche... no os verán...

Maquinalmente, y sin pensar en ello se dejó conducir Rodach á uno de los huecos de las ventanas, y permaneció inmóvil detras de las cortinas.

=Abre, querida hermana!... ven pronto!... decia la voz por la parte de afuera.

Era Sara en efecto, cuyo oido habia distinguido un rumor dentro del pabellon de

Lia, y llegaba como un perro á olfatear la pista de su presa.

La jóven contestó algunas frases de azar; despues añadió en voz baja dirigiéndose á Rodach.

—Voy á dejar la puerta abierta: cuando hayamos marchado tomareis el corredor que vá dar al jardin: al llegar á él solo tendreis que atravesar las oficinas desiertas para encontraros fuera de esta casa; pero antes de todo decidme ¿cuando os volveré á ver?

Otto guardó silencio.

La favorita elevó de nuevo su voz impaciente: Lia se vió precisada á abrir la puerta.

En el momento en que esta giraba sobre sus goznes, Mad. de Laurens lanzó una mirada ávida y curiosa hácia el interior de la estancia.

Nada vió.

Entonces ocultó su despecho bajo una falsa sonrisa, besó muy tiernamente á su hermana. En seguida la tomó por el brazo, y se alejaron las dos.

Rodach permaneció dos minutos en su puesto. Cuando levantó la cortina para dejar su escondite, habia desaparecido aquella lúgubre espresion de inercia que no hace mucho hemos visto sobre su rostro.

Era un hombre poderoso contra el sufrimiento: aquel golpe que destrozaba todas sus esperanzas de felicidad, le habia herido de improviso, y su corazon habia flaqueado un

instante; empero se incorporaba ya con energía: las huellas de su dolor se habían oscurecido en su frente: su cabeza se ostentaba elevada y orgullosa como en otro tiempo.

=Qué Dios tenga piedad de ella!.... murmuró al tiempo de atravesar el pabellon: yo la amo con toda la efusion de mi alma... pero es preciso que se reedifique la sangre de Bluthaup.

Estas palabras fueron pronunciadas con voz grave y firme.

Todavía penetraba un resto de luz por las ventanas del pabellon de Lia; pero cuando el baron abrió la puerta de par en par, se encontró en un corredor donde reinaba ya una oscuridad completa.

Dirigióse al azar entre aquella profunda noche, y su mano estendida se apoyó contra una pared que limitaba el corredor por aquel lado. A través de aquella pared percibió una especie de ruido sordo que parecía acercarse lentamente. Hubiérase podido tomar por un paso penoso que trepaba con trabajo los peldaños de una escalera.

Rodach volvió la espalda: no tenía tiempo ni deseo de descubrir la causa de aquel ruido.

Mas no bien había dado cinco ó seis pasos en la nueva direccion, cuando volvió la cabeza bruscamente.

Hablase abierto una puerta tras él en el mismo sitio que acababa de dejar.

El corredor se habia iluminado instantáneamente por una luz brillante: una extraordinaria aparicion se mostró ante los ojos del baron.

Ante una embovedada puerta abierta todavia, divisó un anciano tembloroso y caduco, envuelto en una vieja y ámplia hopalanda que guarnecia un forro muy raído.

Sobre aquel forro se estendia una capa bastante corta, cuyo levantado cuello se tocaba con una enorme gorra de piel de raposo, en cuya parte superior se estendia una mugrienta visera en forma de apagador.

Aquella aparicion solo duró un segundo; pero era demasiado estraña para que pudiese ser olvidada.

La luz que iluminaba el corredor provenia de una linterna que el anciano llevaba en la mano: sobre sus narices delgadas cabalgaban unos anteojos azules: probablemente no le impedian ver, porque divisó desde luego al baron de Rodach, y apagó su linterna con precipitacion.

La oscuridad reinó de nuevo en el corredor.

Rodach oyó en la sombra ciertos rumores leves: despues sintió el ruido de puertas que se abrian y se volvian á cerrar. El silencio dominó instantáneamente.

Otto permaneció en el mismo sitio sorprendido y pensativo.

—Debe ser Mosés Geld!... murmuró.

Adelantóse tentando con las manos, y trató de hallar aquella puerta ogiva; pero solo tocó la pared por todas partes.

Cansado de la inutilidad de su empeño tuvo que renunciar á él, y atravesó el corredor en opuesto sentido.

Al cabo de pocos instantes empujó una puerta y se encontró en el jardín.

Algunos minutos despues ponía sus plantas en la escalera...

Un brillante carruaje acababa de parar en el pórtico de Geldberg: aquel carruage habia traído al caballero Mr. de Reignauld. Rodach aguardó á que hubiese desaparecido el ostentoso coche, y se deslizó despues en la calle pasando desapercibido.

Fuera del portal y en una de las baldosas que señalaban la acera, estaba sentada una pobre muger: tenia la cabeza entre las manos: su cuerpo estaba frio é inmóvil como su asiento de piedra.

Los lacayos de Mr. de Reignauld la vieron al tiempo de cerrar la puerta, y la arrojaron de alli. La pobre muger se puso en pie sin decir palabra, y empezó á andar con paso trémulo.

Era la madre de Santiago Reignauld, que aun no habia tenido fuerzas para abandonar el puesto en que la habia arrojado la dureza impia de su hijo maldito.

CAPITULO XIV.

Calle de Vert-Bois.

La comida de la familia Geldberg habia tenido lugar aquel dia algo mas tarde que de costumbre: todos llegaron al pabellon despues de la hora prefijada excepto el joven Abel que entre otras escelentes cualidades, poseia la de la exactitud cuando se trataba de fortalecer su estomago.

Era el primero que entraba en el salon en que habia tenido lugar la entrevista de Sara y

Esther. El doctor y la condesa se reunieron despues con él: luego llegó Mad. de Laurens llevando del brazo á su hermana Lia: en seguida se divisó el paletot blanco de Mr. de Reignaul: y solo faltaba Leon de Laurens: y el anciano Mosés de Geldberg.

Pero el agente de cambio no debía volver. Sara tuvo el sentimiento de anunciar á la familia que este buen señor se hallaba tendido en su lecho sufriendo una indisposicion de gravedad.

Todos compadecieron á Sara: en efecto debian hacerlo asi; porque cuando están dos corazones estrechamente unidos y la enfermedad penetra en el hogar comun, no es el doliente el que mas sufre.

Pobre Sara!

La ausencia del agente de cambio era por lo demas un hecho que se renovaba con frecuencia por efecto del mal estado de su salud, y no se ponía mucha atencion en sus ataques de nervios. Lo que parecia extraño era el retraso del jefe de la familia.

Todos los dias al tiempo de dar las cinco abria la puerta de su cuarto y bajaba al pabellon en que le esperaban sus hijos: en aquella ocasion marcaba el reloj cerca de las seis, y no acababa de llegar. Aquella tardanza no tenia ejemplo: presentaba pues el carácter de un acontecimiento importante.

Daban las seis menos cuarto; Sara y su her-

mano Abel se decidieron á subir al aposento del anciano. Primero apoyaron el oido sobre la cerradura de la puerta, y nada percibieron. Despues llamaron, y aquella fué abierta de par en par.

Mosés apareció sobre el umbral con el traje que solia llevar todas las noches. Hacia todo lo posible por parecer contento, satisfecho, y con el espiritu despejado; pero sufría en realidad: sobre su rostro se hallaba difundida una terrible palidéz. Al bajar la escalera apoyado en el brazo de su hija, ajitaban sus miembros sacudimientos repentinos; era tan visible su pena que el mismo Abel, que estaba lejos de ser observador: no pudo menos de apercibirse de ella.

Nadie hizo al anciano pregunta alguna.

La comida fué silenciosa: cada cual estaba dominado de cierta preocupacion; solo se hallaba gozosa la favorita, encantadora y alegre como siempre en medio del mal humor general.

Los tres sócios reflexionaban en los grandes acontecimientos de aquel dia.

Esther se preguntaba qué era lo que habria podido suceder á Goetz.

Lia pensaba en Otto: la escena de que acababa de ser teatro su pabellon, era un verdadero enigma para ella; pero se sentía oprimida al recuerdo de la densa nube que habia cubierto repentinamente la noble faz de su amante. Inclinábase pensativa su linda cabeza; y crecía

dentro de su alma una inquietud que no podia vencer ni explicar. Se esforzaba para sentirse llena de gozo á fin de festejar consigo misma la llegada de Otto; pero no podia abarcar otro sentimiento que el del infortunio.

Por lo que respecta al viejo Mosés permanecia mudo é inmóvil en el puesto de honor. No comia: habiase apagado su centellante mirada: al ver su lúgubre y espantado rostro, hubiera dicho cualquiera que se estendia tal vez ante sus ojos alguna terrible vision.

Dos ó tres veces durante la comida pugnaron sus lábios por moverse: parecia que intentaba hablar; pero nada se oia: si pronunciaba algunas frases eran en tan imperceptible acento, que Sara, sentada á su lado, no pudo distinguir ni aun el aüento que salia de su boca.

No era ciertamente porque le faltase para ello un buen deseo y una excelente voluntad; pues tendia y aguzaba su oido todo lo posible; y su oido era de lo mas fino y perfecto.

Una sola vez creyó oir:

—Yo lo hé visto!... yo lo he visto!...

Pero nada mas.

Despues de la comida, en el momento en que entraban en el salon, el viejo Mosés de Geldberg hizo una seña á Mr. de Reignauld y al doctor Mira para que se acercasen. =Ambos obedecieron sin vacilar.

Hizoles sentar á su lado el decrepito judio, colocándolos tan próximos de su cuerpo que se

tocaban entre sí los asientos de los tres. Giró su mirada inquieta al rededor del salon para ver si alguno podria oir sus palabras; y en seguida tomó aquel aire de importancia y de misterio propio del que vá á comunicar un gran secreto.

Reignauld y el doctor esperaban sin pestañear.

Aquella escena permaneció muda durante uno ó dos minutos.

—No, no!... balbuceó Mosés al fin inclinándose su frente: es imposible que se haya abierto la tumba!... Qué locura!... mi espiritu se debilita de dia en dia!.... no es extraño que sueñe en fantásticas apariciones! ya soy muy viejo!...

El anciano cesó de hablar.

Los dos sócios aplicaron su oido durante un minuto para no perder letra de lo que el viejo tuviese que decirles: despues tomó la palabra el caballero Mr. de Reignauld.

—Mi digno y respetable amigo, dijo en voz baja y con un rendimiento afectuoso: nos habeis llamado... teneis algo que decirnos?

Miróles el anciano con detenimiento, y sacudiendo vivamente la cabeza contestó:

—No, no!... ¿qué es lo que yo podria decirnos?... Lo pasado se halla tan léjos!.... Yo no lo recuerdo ya!... Haced que Lia venga á sentarse á leer cerca de mí.

Separáronse de él los dos sócios.

Un instante despues comenzaba Lia en alta voz la acostumbrada lectura.

Estaba preparada la mesa de juego; pero en vez de sentarse Reignauld y Mira á empezar su partida habitual, se dirijieron hacia una de las ventanas en que se encontraba Sara, obedeciendo á una seña que les habia hecho esta mujer seductora.

Esther y el jóven Abel de Geldberg estaban sentados el uno cerca del otro delante de la chimenea; y aunque no tenian mucho que decirse se ejecutaba en ellos una especie de nudo fraternal entre su mútuo cambio de fastidio. Sus ahogados bostezos se duplicaban, y se cruzaban con la mayor simpatía.

—Qué os ha dicho? preguntó la favorita á los dos sócios.

—Hermosa Sara, contestó Reignauld: la salud de vuestro respetable padre declina en mi sentir de dia en dia!... Es de creer que tuviese efectivamente alguna cosa que comunicarnos puesto que se ha tomado el trabajo de llamarnos á su lado; pero cuando mas atentos estábamos á sus palabras ha variado su capricho y nada nos dijo.

—Es cierto? preguntó Sara dirijiéndose á Mira.

Reignauld se inclinó sonriendo, como dándola gracias por aquella prueba de alta confianza.

—Ciertísimo, respondió gravemente el doctor.

Sara le señaló con el dedo un sillón, y el portugués fué á buscarlo inmediatamente. Sara

se sentó en él con molicie, y los dos sócios se pusieron de pie delante de ella.

Ambos la hablaban en voz baja.

Al lado de la chimenea no podían distinguirse sus cuchicheos: la voz de Lia se elevaba sola, pura y dulce en medio del silencio difundido por el salón...

El viejo Mosés acostumbraba á oír atentamente la lectura, porque hacia alarde de una gran piedad, y de un vivo afecto hácia las prácticas religiosas de su rito. Aquella noche su mirada estaba distraída: toda su persona traducía las muestras mas claras de su agitación. Su calva frente se inclinaba algunas veces bajo el peso de su pensamiento: sus lábios, lo mismo que durante la comida, se movían sin producir ningún sonido.

No era seguramente la lectura lo que podía conmoverle de tal modo.

Ya hacia mas de un cuarto de hora que conversaban Mad. de Laurens y los dos sócios: los asuntos de que trataban debían ser interesantes puesto que todos tres colocaban mucha vivacidad en sus palabras y ademanes.

—Caballero, decía Mad. de Laurens con aquel tono perentorio y seco que tomaba siempre que se hablaba de negocios: que sea ó nó sea peligroso, es menester volver á empezar.

—Señora, repuso Reignauld, bien sabeis que estoy siempre á vuestras órdenes; pero no creais que tengo de repuesto muchos Verdier...

—Así lo creo, contestó la favorita encojiéndose de hombros con desden; pero no se necesita mas que otro espadachin como ese para echarlo todo á perder. Reflexionad, señores, reflexionad: veamos á ver si hay algun medio menos torpe é inútil!....

—Siempre se llaman perversas las obras de los hombres de genio cuando su resultado no ha llenado las esperanzas del público, contestó Reignauld: antes del fallo popular suele apellidárseles con los mas ilustres epitetos! A decir verdad, hermosa señora mia, el medio adoptado por mí no era tan malo, y si no se hubiera interpuesto ese tuno de que habla Verdier en su carta...

—Teneis razon!..... interrumpió Sara con mofa: si no hubiera sido por lo que fué, hubiera salido la cosa á pedir de boca, yo jamás esperaba lo contrario!.....

Bien hubiera podido enfadarse Reignauld, pero quiso reirse mas bien.

—Puesto que os empeñais en condenarme, dijo con resignacion, os confieso que el medio adoptado por mí era perverso... sabeis algun otro mejor?...

Sara lanzó una mirada hácia sus hermanos Esther y Abel, que le volvian la espalda al lado de la chimenea: Sara queria ver si bajo pretesto de bostezar, se ocupaban buena y sencillamente en escuchar lo que hablaba con los dos sócios.

—Señora, repuso Reignaul, os advierto que á mi parecer ha cambiado mucho la situacion. Ese misterioso personaje que ha llegado tan á propósito á introducir su espada en el pecho de Verdier, indudablemente no ha ido por casualidad al bosque de Boloña á una hora tan temprana... Yo he reflexionado mucho en poco tiempo sobre esa diabólica aventura, y creo evidente que ese jóven tiene protectores...

—Nosotros poseemos dinero, interrumpió Sara.

—Le teníamos, querreis decir..... gruñó Reignauld.

Mad. de Laurens dirijió al interlocutor una mirada fria y brillante.

—¿Por qué gastais tantas palabras inútiles, prorrumpió: yo quiero que muera!...

—Tambien yo, repuso Reignauld: pero..

—Doctor, interrumpió la judia: decidle lo que ha de hacer.

El portugués habia guardado silencio hasta entonces. Cuando la hija de Mosés alzaba los ojos, se inclinaba su párpado instintivamente: cuando la favorita cesaba de mirarle tornaba á alzar los ojos; y se veia arder un átomo de fuego en el fondo de su pupila cavernosa.

No se movia: su talle se destacaba rijido y elevado sobre el corto y lijeramente obeso del caballero Mr. de Reignauld.

Un deseo de la judia era una órden para él.

—Creo que hay un medio, repuso con el tono pedante y glacial que le era propio.

Sara y Reignauld prestaron el oído con avidéz.

=Esther, decia en aquel instante el jóven Abel el cual se fastidiaba de no hablar: habeis visto á *Meeting*, mi escelente caballo del Lincólushire?

=No, respondió Esther.

=Es un corcel que ha hecho furor en Epsom!.... Yo le he comprado por trescientas cincuenta guineas á Lord Pursy, que le heredó de George, conde de Herring.

=Ah!.... dijo Esther.

—Os admirais?..... Pues habeis de saber ademas que *Meeting* es hijo de *Waterloo*, y de la princesa *Matilde*.

—De veras?... murmuró Esther sin poner mucha cuenta en lo que hablaba su hermano ni en lo que ella contestaba.

—De veras afirmó Abel: es cosa sorprendente que ignoreis lo que conoce todo el mundo *Chipof-theold-block* que hizo ganar treinta mil guineas á lord Chesterfield, en 1819, en las carreras de Ascott, y su padre el famoso *Peripatetician*...

Esther arrojó un hostezo. Abel calló y la miró con aire de indignacion.

El doctor José Mira, segun su costumbre permanecio reflexivo durante algunos segundos antes de tomar la palabra: era un hombre prudente que pesaba cada una de sus frases.

Sara y Reignauld se preguntaban con la mi-

rada en qué iría á parar aquel silencio prolongado. Cuando los hubo hecho esperar lo suficiente, bajó los ojos y murmuró:

—Es muy sencillo: convidarle á la fiesta...

Sara aplaudió con un gesto; habia comprendido bastante con aquellas solas palabras. Reignauld queria desentrañar en vano su sentido.

—A la fiesta? repitió este último.

—Al castillo de Geldberg!... dijo Sara: alli estaremos en nuestra propia casa, y no necesitaremos un desafio para nada.

Reignauld tendió la mano al portugues.

—Doctor, le dijo; hablais poco, pero vuestras palabras son de oro!..., Es indudable que el negocio está hecho con tal que podamos conducir al jóven hasta el castillo de Geldberg. Pero qué pretesto ha de servirnos para convidarlo ahora que le hemos arrojado de las oficinas?....

Sara interrumpió:

—Yo me encargo de esa parte: respondo de que vendrá.

—Magnifico!.,. escelente!... exclamó Mr. de Reignauld: en este caso es indispensable ajitar la realizacion de esa fiesta.

—Y tomar de antemano medidas saludables, añadió el doctor; porque creo imposible que se encuentren personas tan á proposito como las que se necesitan para esos salvajes del Wurzburg.

—Es verdad!.. dijo Reignauld: ah doctor!...

doctor!.... qué hombre tan precioso sois!.....
Yo conozco en Paris un buen muchacho que
podia convenirnos perfectamente...

—Se necesitan varios.

—Hay una mujer, dijo Sara, que tal vez
puede proveernos de excelentes sujetos....

—El hombre que yo os digo, nos proporci-
onará todos cuantos podamos necesitar.

Sara se puso en pié.

—Cuándo será la fiesta? dijo la favorita.

—Ya deben estar muy adelantados los pre-
parativos, contestó Reignauld: despues de los
vencimientos del 10, estaremos dispuestos para
llevarlo á cabo.... En cuanto á los gastos, nos
ha deparado el cielo un inesperado manantial..
ya pueden imprimirse los billetes de convite..

—Ajitad, pues la llegada de ese dia todo lo
que podais: la prontitud es una indisputable
necesidad para nosotros.... Yo voy á ocupar-
me del convite de Franz...

Separóse Sara de los socios y se dirigió hácia
la chimenea.

Reignauld miró por lo bajo al portugués con
aire significativo.

—Doctor, le dijo: Mad. de Laurens no ignora
el nombre ni las señas de la habitacion de ese
jóven, puesto que se encarga de convidarle. ...
El nombre bien habeis podido decirselo porque
lo sabiais; pero en cuanto á las señas....

Frunciéronse las cejas del doctor.

—Oh!.... querido doctor!... continuó malig-

namente el caballero de Reignauld: cuán hermosa es todavía!..., cuán felices deben ser aquellos á quienes llegue á amar!...

Sara acababa de presentar su frente á la presión paternal de los lábios del anciano.

—Esta noche os dejo mas temprano, le decia: es preciso que vaya á casa á acompañar á mi pobre Leon...

Mosés proyectó una sonrisa sobre sus lábios para dar las buenas noches á su hija.

Cuando esta hubo marchado, volvióse aquel hácia Reignauld y Mira que acababan de acercarse á la chimenea, y les dijo:

—No pueden permanecer mucho tiempo el uno lejos del otro: se aman tanto!..

Inclinóse gravemente el doctor: Reignauld pronunció dos ó tres palabras llenas de fatuidad.

El coche de Sara partió á galope hacia la calle de Provence.

Un cuarto de hora despues se hallaba sentada á la cabecera del lecho de su esposo.

Estaba allí un médico á quien acababan de llamar.

Sara se quejó amargamente del imperioso deber que le alejaba del lado de su marido enfermo: colmóle de tiernas caricias; el médico salió de allí casi enfadado contra Leon de Laurens porque acojia con una lúgubre frialdad las demostraciones de amor de su encantadora esposa.

Tan pronto como el doctor traspasó el umbral levantóse la judía, y corrió á mudarse de traje.

Después volvió á entrar tan adornada y tan bella, que la mirada del enfermo lanzó un relámpago de admiración.

=Buenas noches, Leon, le dijo con la estrechidad de los labios: os encuentro mejor, querido amigo, y me alegro. Cuando vuelva tal vez os haré una visita antes de acostarme...

=¿Adonde vais? murmuró el pobre agente de cambios, pálido hasta el punto de asemejarse á un cadáver.

Sara hizo sonriendo una breve señal de cabeza, y marchó sin contestar.

Mr. de Laurens miró á la puerta durante un segundo como si hubiese esperado la vuelta de su mujer; después se cerraron sus párpados con pesadéz.

Permaneció inmóvil con la cabeza sobre la almohada: al rededor de sus hundidos ojos había un ancho círculo azulado: sus facciones estaban contraídas: amarguísimas arrugas oscurecían la línea de su boca.

Al cabo de algunos instantes se estremeció todo su cuerpo: frunciéronse sus labios: su rostro entero se crispó convulsivamente.

Lanzó un grito de desesperación.

Acudió su ayuda de cámara, y le halló retorciéndose y contractándose con la mayor violencia: su sufrimiento era horrible: lloraba co-

mo un niño: entre sus sollozos gemia el nombre de Sara...

De Sara, que le servia diariamente una dosis abundante de celos; de ese mortal veneno que hace sucumbir lentamente!...

De Sara, que le asesinaba fugándose de su lado con la sonrisa en los labios!...

Mad. de Lanrens no habia vuelto á tomar su carruaje: cuando hubo llegado á la calle por la escalera de las oficinas, se instaló en su cupé de aventuras, é hizo que la condujesen hácia el barrio del Temple.

Sara ocupaba uno de los rincones de su coche: una manteleta de seda abrigaba sus hombros con coqueteria.

Reflecionaba á la sazon.

Pero ningun importuno remordimiento llegaba á interrumpir su abstracion mental.

Su lindisimo rostro espresaba la mas perfecta quietud: su conciencia estaba en su concepto limpia: su imaginacion la mostraba su risueno porvenir. Era hermosa todavia... hermosa para mucho tiempo. Poseia cuantiosas sumas: podia decir que comenzaba su dichosa ecsistencia.

El cupé dejó atras el boulevard de la puerta de san Martin, y en vez de las anchas calles que habia recorrido hasta entónces, se confundió prontamente en una senda estrecha y mal alumbrada, cuyas tiendas sombrías, parecian separadas por todo un mundo, de los alma-

enes brillantes del soberbio Paris. El cupé rodó entre el fango durante uno ó dos minutos, despues se paró.

Hallábase al extremo de la calle de Vert-Bois que está próxima al Temple.

Sara volvió alegremente de su letargo, y saltó sobre la escasa acera: su pie no hizo mas que raspar con ligereza el granito impregnado siempre de sucio fango. Otro salto la condujo á un oscuro pasadizo cuyo aire estaba cargado de humedad: el miserable de la casa de Hans Doru que hemos bosquejado, podia pasar como una hermosa galeria al lado de aquella especie de *intestino* negro y resbaladizo.

Antes de penetrar en él la favorita, se volvió hacia el cochero, y le dijo:

—Id á esperarme allá abajo.

El cochero volvió á subir sobre el pescante, y partió. Solia venir muchas veces á aquel sitio; y la palabra *abajo* queria decir para él la esquina de la calle Félipeaux.

Mad. de Laurens dió algunos pasos alzando el extremo de su vestido, como si se hubiera encontrado en medio de la calle.

Reinaba en derredor suyo una oscuridad casi completa, pero sabia bien el camino: su lindo pié hirió bien pronto la primer grada de una tortuosa escalera accesoria dignisima de aquel maldito pasadizo.

Asió sin estrañeza una cuerda grasienta que servia de pasamano, y comenzó intrépidamente



su ascension por las apinadas gradas de la escalera.

No suspendió su marcha hasta llegar al piso tercero.

Allí empezaba á dominar el lujo: habia un felpudo para limpiarse los pies: el cordon de la campanilla tenia en su extremo una magnífica bellota dorada. Sara que conocia por pulgadas aquellos escondrijos encontró facilmente el cordon en medio de la oscuridad, y llamó tirando de él.

Al sonar la campanilla pudo percibirse en el interior un ruido de voces; y despues el de unas zapatillas que se adelantaban. Abrióse la puerta y apareció una anciana en el umbral: llevaba en la cabeza un pañuelo de cuadros: su mano sostenia un candelero de cobre que alzaba hasta la altura de su rostro para reconocer á la recién llegada.

La Buena anciana tenia un terrible semblante de portera: sus gruesas y carnosas cejas agobiaban sus ojos colorados: su nariz estaba constreñida en forma de gancho: sus bigotes podian hacer honor á un granadero; y su escasa barba ostentaba entre sus arrugados surcos algunas cerdas largas y retorcidas.

Sara la saludó con afable sonrisa.

—Buenas noches Mad. Huffé, dijo á la portera.

Mad. Huffé hizo una estudiada reverencia, y tomó un aire que imprimió sobre su rostro un aspecto grotesco.

—Tengo el honor de saludaros, señora, contestó.

—Está en casa Mad. Batailleur? repuso la favorita.

Mad. Huffé hizo una segunda cortesía, y se puso á andar hácia atras contestando con voz lauteada y cadenciosa:

—Mad. Batailleur tendrá el honor de recibirnos...

Sara entró: Mad. Huffé la hizo atravesar un aposento en que reinaba cierto olor á cocina: despues penetraron ambas en una segunda pieza amueblada con algun lujo.

En aquella pieza estaba sentada á la mesa Mad. Batailleur comiendo con un jóven de unos veinte años de edad, vestido con cierta elegancia de pésimo gusto, rizado el bigote, y arreglados los cabellos por un peluquero del barrio del Temple.

—Tengo el honor de anunciar á Mad. Luisa, dijo la vieja Huffé, ejecutando una tercera cortesía.

Mad. Batailleur se levantó con la boca llena, y alargó la mano á la ju i: que se la estrechó con muestras de cordial y sincera amistad.

CAPITULO XV.

Sara.

Mad. de Laurens habia estendido el velo sobre su rostro antes de penetrar en la estancia donde Mad. Batailleur comia mano á mano con el *Dandy* del barrio del Temple.

El velo de la favorita era tan espeso y tan cargado de bordados, que desempeñaba perfectamente el destino de la careta.

El *Dandy*, llamado Mr. Hipólito, lanzó sobre la faz de la recién venida una mirada

curiosa, pero no vió mas que su velo.

Era un mozo alto y colorado; con torpes manos y estensos y dilatados pies, y no de muy mala figura, sino la llevara vestida con ropas poco á propósito.

Su levita de finísimo paño perfectamente cortada, hacia traicion á su cuerpo; este hubiera estado mejor con una gorra sobre la cabeza, y una blusa sobre los hombros.

Però el traje que llevaba le hacia sentirse muy orgulloso de sí mismo: el pobre diablo se creia elegantísimo hasta la estremidad de las uñas, por cierto de una limpieza bien dudosa: su mirada se inclinaba de cuando en cuando con cierta complacencia de candor, para recrearse en su calzado bien provisto de barniz, el cual oprimia horriblemente sus nudosos y juanetudos pies.

La posicion social de aquel escelente mozo consistia en llenar los deberes de *favorito* cerca de Mad. Batailleur.

Tal vez fuera muy interesante en el desempeño de su oficio; tal vez estaria en su centro tratando de igual á igual con la tendera del Temple; pero lo cierto es que la aparicion de aquella gran señora le puso fuera de sí mismo.

No sabia como colocar los pies, no sabia que postura tomar. Púsose colorado como el carmin, y atusó los cabellos, pugnando por recobrar su perdido aplomo: rizó su bigote,

y acabó por meter las manos en los bolsillos.

Después, conociendo vagamente que no era muy decente aquella posición, sacó á plaza sus manos precipitadamente, y se puso á meditar, para averiguar que era lo que debía hacer con ellas.

Mad. Batailleur tendría unos treinta cinco ó cuarenta años: todavía ostentaba frescas sus carnes, y muy honrosos restos de hermosura. Su rostro era redondo y lleno: sus ojos pequeños y risueños: sus dientes muy grandes, pero casi completamente blancos: sus cabellos aparecían de esa especie de mezcla cenicienta y rubia, que por lo general se muestra bajo la gorra del tipo del pilluelo de París.

No era el color de aquellos el rubio dorado de las bellas hijas de Alemania; ni el rubio perla de las pálidas vírgenes que vienen de las orillas del Támesis.—Era el rubio parisiense, propiamente dicho: ese rubio-mezcla, de que habla César tantas veces en sus *comentarios*, y que tan ardorosamente amaba Julian el apóstata.

Un rubio que no es feo (presérvenos Dios de decirlo;) pero que parece extraño á la vista, y que carece de reflejos; un rubio que sería rico probablemente, si no fuese tan pobre: un rubio que la naturaleza escoge por lo general para teñir las cabelleras lasas ó crespas.

Semejante color rubio es muy raro de en-

contrar sobre aquellas cabezas que tienen derecho á llevar sombrero, y posee su asiento nato bajo las papalinas de las grisetas: repetimos que el distintivo adorno de las cabezas de un pilluelo de nuestros boulevarts, consiste en esa especie de cabellos.

Los de Mad. Batailleur pertenecian á aquella clase, segun queda dicho: eran rebeldes al hierro é insensibles á la pomada.

Sus cejas ostentaban el mismo color, y aun diremos que sus cortas y despobladas pestañas se hallaban en igual caso.

Sea de esto lo que se quiera, parece indudable que habia hecho muchas conquistas durante su vida; y que la audácia grosera que brillaba sobre su rostro agradaba todavía á muchos soldados.

Pero Mad. Batailleur pertenecia al siglo XIX, y desdeñaba los uniformes: apetecia por consiguiente los jóvenes elegantes, para emplear las últimas chispas de su ardor.

Su talle era algo torpe y mas alto que el de Sara.

En cuanto á su trage consistia un vestido de raso de un color morado oscuro, de primera calidad, defendido contra los acontecimientos imprevistos por un ancho delantal de color azul salpicado de manchas de grasa: al rededor de su cuello algo moreno, aunque ligeramente bruñido, se enrollaba un soberbio collar de piedras falsas. Sobre su cabeza ha-

bia una papalina de blonda de subido precio, oscurecida por una profusion de cintas de color de fuego.

De aquella papalina se desprendian tiesos y ensortijados mechones de cabellos.

Reiase muy ruidosamente y con toda intencion: al tiempo de hablar tenia placer en manosear el vientre de los demas: cortaba y rajaba con volubilidad la gerigonza del Temple, y su voz era parecida á la de un cabo de escuadra.

La mesa estaba regularmente servida; la manteleria era hermosa; brillaba la plata sobre ella; pero lo que disentia de estas apariencias eran dos enormes botellas sin membrete ni muestra de fábrica, llenas de ese vino color de palo de campeche que suele impregnar los manteles de las tabernas mas populares.

El aposento era grande y estaba amueblado como si fuese una sala; habia allí hermosos sillones de terciopelo carmesí, y confidentes y sillas de tapicería, casi todo tan nuevo y flamante, que no aparecia sobre su conjunto la fisonomía de los efectos que suelen comprarse de *lance*.

Pudiera uno haberse creído instalado en una sala ordinaria que por casualidad sirviese de comedor, si no se notasen diseminados sobre las sillas y los muebles, efectos, zarandajas y despojos exóticos.

Se veían por todas partes forradas mantelitas y camais, blondas, encajes, guantes viejos que esperaban su turno para ser limpiados; vestidos, corsés, y media docena de pantalones fuera de uso.

Alrededor de las paredes colgadas con flores brillantes y con efectos de tapicería, se alineaba una larga fila de cuadros pintados á *brocha gorda*, los cuales representaban figuras parecidas á las que forman el comercio de los estamperos vagabundos.

Hallábase allí la historia lastimosa de santa Genoveva de Bravante, la de Eloisa y Abelardo, la del Corsario en tiempo del terror, la de la torre de Nesle, y la del Hijo pródigo, reducido por su enormísima culpa á guardar puercos pintados de colorado y azul!....

Sobre la chimenea estaba colocada una soberbia péndola á Luis XV, guardada en sus flancos por dos tazas de doce sueldos pieza.

La estancia estaba alumbrada por un par de velas de sebo amarillo, colocadas sobre dos candeleros de un subido precio.

Mad. Huffé avanzó un sillón para Mad. de Laurens, y la hizo una cuarta reverencia, reuniendo en sus facciones las mas halagüenas de todas sus sonrisas.

Entretanto Mr. Hipólito trabajaba por colocar sus manos, y silbaba una *po!ka* nacio-

nal para darse un perfume de buen tono.

El oficio de favorito de esta especie es bastante ridiculo en todos los paises del globo: la comida estaba apenas comenzada, y Mad. Batailleur, á pesar de eso, tuvo por conveniente mostrar la puerta con un gesto amistoso al arrogante y colorado mozo.

=Hipólito, le dijo: vete, chiquito mio!.... que te den una comida de veinticinco sueldos, y yo la pagaré....

Hipólito miró con aire melancólico la mesa perfectamente servida; pero conoció que no habia réplica posible para rechazar la orden que acababa de recibir.

Levantóse, pues, sin decir nada: tomó su baston de cachiporra dorada que estaba en un rincon, y desapareció.

Mad. Huffé le seguia despues de haber tenido el honor de ejecutar una quinta reverencia.

Sara levantó su velo: Mad. Batailleur se volvió á sentar á la mesa, y prendió la servilleta por debajo de su barba.

=Hay algo de nuevo? dijo poniéndose á comer sin gastar cumplidos.

=Si, contestó Sara: tengo varias cosas que preguntaros, mi buena Batailleur.

La buena Batailleur se sirvió un gran vaso de vino color de campeche, y se lo bebió de un trago, haciendo á Mad. de Laurens una señal de cabeza familiar.

En el mercado del Temple y ante el público, la tendera Mad. Batailleur sabia á las mil maravillas el arte de mantenerse á respetable distancia de la gran senora; pero el acto de estar á solas mano á mano, autoriza muchas cosas entre gentes de diversas gerarquias cuando se estiman y se aman.

—No queréis refrescar? repuso la mosfetuada comercianta.

Sara hizo una señal negativa.

—En ese caso, beberé yo á vuestra salud, dijo la Batailleur.

—Haced lo que gustéis, mi buena amiga, replicó la favorita. Con que seguís siempre amartelada con ese infeliz Hipólito?...

—No me habéis de él!... exclamó Mad. Batailleur: estoy aguardando siempre que me juegue alguna mala pasada para hacerle tomar el *tole*: pero es tan *truan* y tan *gachon*, que no puedo menos de *pirriarme* por él!...

—Sabeis que no os entiendo muy bien, amiga Batailleur? dijo Sara.

—Qué necia soy!... exclamó la tendera: yo creo siempre que poseéis el *argot*?... Hacer tomar el *tole*, es lo que las gentes de buen tono apellidais *tronar*; que es lo mismo que si digéramos:—Amiguito, se acabó el amor!... *Truan*, bien sabreis lo que quiere decir: *gachon* es el reverso de *trasto*; por ejemplo, Mr. de Laurens es un trasto para vos; mientras que Hipólito es un dige para mí. Por

eso yo me *pirrio* por él, quiero decir, que deliro por su gracia, y que me hace *titi* su garbo!...

Sara recibía sin cesar aquel fuego graneado de palabras groseras: estaba muy á sus anchas, á pesar de su delicada naturaleza y de sus aristocráticos hábitos, cerca de aquella criatura que llevaba un vestido de raso, y que poseía riquezas; pero cuya fortuna no habia conseguido purificar su bajo origen.

Mad. Batailleur habia nacido en detrimento de las leyes, dentro de algun agujero inmediato al mercado de los inocentes: su educacion, comenzada bajo los pilares de la Helle, habia sido perfeccionada en su tenducho del mercado del Temple.

Cuando Mad. Huffé acababa de comer, y en aquellos momentos preciosos en que se robustecen las naturalezas con los vapores del vino, decia á boca llena que para una mujer de sus principios, y despues de haber ocupado en la sociedad posiciones de importancia, era muy duro servir á la Batailleur.

Una Batailleur que destrozaba el francés y que no sabia conducirse con las personas bien educadas!...

Porque Mad. Huffé era una mujer de pró, no obstante su pañuelo de conton á cuadros, que le servia de tocado, á pesar de su estrafalario semblante.

Habia servido en casa de un senador del

Imperio, y si no la hubiese abandonado con salvaje perfidia el cosaco que la habia seducido en tiempo de la Invasion, es indudable que hubiera representado, á la hora en que hablamos, el papel de madre honrada de familia en algun burgo de la Ucrania.

Tanto como era de brusca y grosera Mad. Batailleur, tanto su vieja criada se mostraba ceremoniosa y cortés.

Asi es que una y otra se odiaban y despreciaban con toda la desnuda sinceridad de sus dos corazones.

Mad. de Laurens habia tenido sobrado tiempo y redobladas ocasiones para habituarse á las maneras de la tendera del Temple; porque hacia muchos años que esta la servia de *factotum*.

Mad. Batailleur comió copiosamente, y bebió como un segador acalorado. Cuando dió fin al contenido de su botella, acudió á apoderarse de lo que habia dejado en la suya el pobre Mr. Hipólito.

Sara no la interumpió.

Cuando la sirvieron el café, porque no hay tendera en el Temple que no tome café, Sara quiso conocer el estado en que se hallaban sus negocios.

—Mad. Huffé!... gritó la Batailleur con voz de trueno.

Presentóse la anciana inmediatamente, provista de su inevitable cortesía.

—El libro de registro!... dijo la tendera con brevedad.

—Voy á tener el honor de ir á buscarlo, contestó Mad. Huffé.

La tendera abrió el libro de registro entre su taza de café y el portalicores, que contenia perfecto amor, andaya, y aceite de Venus.

Ojeó con una mano las páginas amarillentas del libro, mientras revolvía en su taza la divina mezcla conocida bajo el nombre de aguardiente.

—No ha ido mal en todo este tiempo, decía; se ha hecho algo en el juego en la calle de Prouvaires... han subido los Orleans... hemos perdido algo sobre la orilla derecha, pero es una vagatela...

—Examinemos las partidas, dijo Sara: mucho tiempo ha que no me he hecho cargo de nuestra situacion financiera.

Adelantó su sillón; y alineó su cabeza con la de la Batailleur.

Los negros y lustrosos rizos de su soberbia cabellera, rozaron los sortijones ásperos, que se escapaban de la papalina encintada de la tendera del Temple.

Existia un pleno contraste entre aquellas dos mujeres.

La una era el tipo de la encantadora distraccion: la otra, cuya frente estaba encendida por el vino y el alcohol, reasumia en su persona los vicios groseros y repelentes

de esos seres desgraciados que el azar saca de cuando en cuando de las últimas filas del populacho.

Sin embargo, la bella dama no manifestaba ningun disgusto: tal vez no lo experimentase tampoco.

El olor del aguardiente ascendia hasta sus narices; pero Mad. de Laurens no hacia de ello el menor caso.

Inclinábase su semblante sobre el registro, lo mismo que el de la tendera del Temple: desde lejos las hubiérais tomado por dos hermanas.

La Batailleur comenzó á dar sus cuentas.

—Aquí tenemos trescientos mil francos sobre Nápoles, dijo: quinientos mil francos bajo mi nombre representados por créditos contra el estado... setenta mil francos sobre Ruán: ciento quince sobre Orleans... Cuatrocientos cincuenta mil sobre...

—Basta!... basta!... interrumpió Sara: veamos el total.

Hallábanse apenas en el principio de la cuenta: la Batailleur volvió con ligereza dos ó tres hojas cargadas de guarismos, mal trazados, y llegó con la vista hasta el extremo inferior de una casilla donde se hallaba la suma total.

—Cinco millones, trescientos cincuenta mil francos, dijo.

—Poco dinero es, murmuró Sara.

La Batailleur juntó ambas manos.

—Poco dinero!... exclamó escandalizada: yo tengo mas años que vos, mi querida señora, y en todos ellos solo he podido reunir la pobreza de unos ciento treinta mil francos!...

Sara no tomó en cuenta ni quiso ofenderse por aquella comparacion atrevida y grosera.

La Batailleur tragó una buena dosis de aguardiente, y reemplazo el espacio que habia dejado en su taza con una buena dosis de licor.

—Quereis un poco de lo dulce? repuso dirigiéndose á Mad. de Laurens: pero escusadme, continuó: debia recordar de que no lo usais!... Confieso que no puedo acostumbrarme á ver á una dama á quien no gusta el aguardiente.

Sara tampoco hizo caso.

—Yo creo, dijo esta, que teníamos mas dinero la última vez que pasamos cuentas....

Mad. Batailleur se puso á revolver el contenido de su taza.

—Querida señora, contestó: siempre decís lo mismo.... Si no nos conociésemos desde hace mucho tiempo, creeria que desconfiábais de mí!...

—No digais tal!... interrumpió Sara con una de sus mas encantadoras sonrisas: no he entregado mi porvenir entero en vuestras manos?

—Es verdad que tengo á mi cargo abundantes negocios vuestros, contestó la tendera; y que aun cuando hayais tomado vuestras precauciones, no dejaria de descontentaros bas-

ante si yo diese algun paso en vago!...

Sara quiso sonreir; pero su mirada espresó una viva inquietud.

Mad. Batailleur la dió algunos golpecitos en el hombro sin el menor cumplido.

—¿No es verdad? repuso acompañando su pregunta con una estrepitosa carcajada. Eso no dejaria de hacer mi *pacotilla* pero no es á vos á quien intentare *emprimar*, querida señora, podeis dormir como un Liron: Josefina Batailleur es una muger tan honrada que no os malversará ni la cabeza de un alfiler!...

Sara colocó su mano cubierta con un delicadísimo guante, sobre la roja y grasienta de la tendera del Temple:

—Os creo, mi buena amiga, le dijo: os creo de todo corazón!...

—Oh!... repuso Mad. Batailleur, entusiasmándose: bien podiais buscar otra como yo por todo Temple, pero os aseguro que no la encontrariais!... Vaya!... siempre llevo las manos muy limpias!... mis bolsillos no guardan nunca contrabando!... Yo me rio de las malas lenguas!... No faltaba mas que....

—Mi buena amiga!... mi buena Batailleur!... quiso decir Sara.

Habreis encontrado con frecuencia personas que se inflaman aun cuando no piensen en contradecirlas; ellas por lo general beben vino tinto como la Batailleur en botellas y basos de vidrio, y

profesan hácia el aguardiente una estimación á toda prueba: son ciegas y sordas: por mucho que abundeis en sus ideas os abruman con su colera absurda é intempestiva.

Mad. Batailleur estaba sujeta á estos trastornos de tomar café. Por lo demas le sobraba razon. Bien podia elevar hasta las nubes su honradéz delante de la favorita, por que jamás la habia pasado por la mente abusar de la considerable confianza de intereses que tenia de aquella entre sus manos. Era una criatura perdida y atestada de vicios; pero conservaba una especie de probidad relativa.

Sus semejantes abundan en el ámbito anheloso de Paris. Nacen donde no se sabe, y crecen entre las ignoradas y fatigosas timidas que se hallan bajo el último escalon de la linea social.

La casualidad se encarga de su educacion: el primer aire que respiran está impregnado de corrupcion y miseria: todos los que les rodean sufren y blasfeman: si alguna vez llega á sus oidos el nombre de Dios, es entre las maldiciones y los abominables juramentos que produce la embriaguez.

Las reglas de la moral humana reemplazan en ciertas gentes el freno saludable de la religion: ellas ignoran en que consiste la una y la otra, porque nadie supo decirles - *Este es el bien: aquel es el mal*, y se reirian mucho

á vuestra costa si les habláseis sériamente de otra vida que debe ser eterna. Para ellos no hay nada cierto sino la cárcel y la policia correccional....

Pero es necesario que las agradezcamos el no ser mas que viciosas. Desde el dia en que las lecciones de la atea filosofía se han filtrado desde el techo hasta los cimientos de las casas, tienen los hombres derecho hasta para cometer los mayores crímenes...

En medio de la profunda noche en que habia vivido siempre practicando tantos oficios dudosos, la tendera del Temple conservaba por casualidad un átomo de justicia dentro de si misma. Aun habia algo en el fondo de su conciencia, y en esto era muy superior á Mad. de Laurens, quien bajo su esterioridad brillante ocultaba una corrupcion voluntaria sin límites ni barreras.

Sara habia juzgado á la Batailleur con aquel tacto exquisito que poseia en sumo grado: y sabia á punto fijo la parte de confianza que podia concederla.

Mad. Batailleur tenia en las manos todos sus negocios: ella era el receptáculo de un sistema de engaños y de trampas legales, con cuya ayuda eludia Mad. de Laurens las prescripciones de las leyes, reuniendo un caudal por si misma á pesar de su posicion de mujer casada, mientras que estaba arruinándose su esposo.

Mad. Batailleur la prestaba su nombre: ella presentaba rentas y acciones de todas clases ella se abocaba para manejar los intereses de Sara con los agentes de cambio y los corredores de negocios.

Verdaderamente no era mas que una simple revendedora de *frivolidades*, y no faltarian gentes que se sorprendiesen al verla manejar centenares de miles de francos; pero la ley nada tenia que ver con los bajos murmullos de los envidiosos.

Nadie ignora que el Temple es un misterioso purgatorio donde un pobre tendero está condenado á vegetar toda su vida; pero tambien se sabe que la usura suele esconderse en él algunos años no mas, para entrar despues de lleno en el paraíso feliz de la fortuna.

Quién sabe lo que puede acaecer!... Se han visto hechos tan estraños!... Aquel desventurado sumido en otro tiempo entre el asqueroso comercio de la Selva Negra, y cuyas chancas derrotadas daban asco á los traperos de las calles, no tomó cierto dia en alquiler el palacio de un duque y par de Francia que se veia arruinado?... Aquel otro que arreglaba los sombreros viejos tras de la Rotonda, no ha dejado á sus dos hijos poseedores de una inconcebible opulencia!...

Nadie es capaz de decir los quilates de oro que se cobijan bajo aquella asquerosa eseo-

ria: el Temple se asemeja al mendigo que oculta los billetes de banco en el gergon de su lecho, y que muere millonario recostado sobre sus harapos...

Los agentes de negocios que trataban con Mad. de Batailleur, soñaban en aquellas mil novelescas historias que corrian de boca en boca sobre el mercado del Temple, y tal vez los impulsaba la intencion de abandonar su oficio y hacerse rebendedores de guñapos.

El empleo de *factotum* cerca de Mad. Laurens, no era así como se quiera un destino descansado y satisfactorio: había mucho que trabajar. Mad. Batailleur era precisamente una mujer á propósito para aquel objeto: era activa é infatigable: llevaba viento en popa sus propios asuntos y los de la favorita: y no perdonaba medio ni trabajo para conseguirlo. Sara la pagaba bien: Mad. Batailleur llenaba ámpliamente su deber: sus cuentas aparecían siempre con una esactitud superior á todo elogio.

Trataba con los agentes y visitaba á los corredores: muy á menudo permanecía entre aquel grupo de mujeres ávidas que asedian la berja de la bolsa, y agitaba las delicias prohibidas del agiotage. Ella espedía órdenes de su tienda y firmaba contratos: faltaba raramente al cuidado del Temple, y por la noche concurría á presidir la casa de juego.

Todos estos trabajos continuos no la impe-

dian comer con toda comodidad, y saborear su aguardiente apoyados los codos sobre el mantel, y usando en ello toda la cachaza y lentitud que deseaba.

Pero era una mujer *mayúscula* que tenia tiempo para todo, y á quien no acobardaba nada.

—Corriente!... corriente!... dijo cuando Sara pudo conseguir calmarla: he hecho mal en *amoscarme*: mi cabeza tampoco lo pasa muy bien con mis enfados; y ya veo que me veré precisada á tomar para separarme un vaso de cualquiera licor; pero tambien es cosa terrible oír quejarse de vicio á las personas!.... ¿Qué mas necesitais de lo que teneis?... ¿Podreis gastarlo todo por ventura aun cuando vivais dos siglos.

Sara lanzó un prolongado suspiro: su fisonomía se conmovió tristemente.

—Si solo pensára en mí, exclamó, no me apuraria tanto; pero ¿no os he dicho veinte veces que...

Cuarenta veces si quereis, interrumpió Mad. Batailleur: no hablais de la niña?...

—Judit!... balbuceó Sara.

—Si, si!... dijo la tendera guiñando los dos ojos: Judit, la hija del amor y del misterio!...

Mad. Batailleur llenó la taza de perfecto amor hasta la mitad, y repuso bruscamente con voz hombruna.

—En efecto, me habeis hablado muchas ve-

ees de la niña, pero os aseguro que no entiendo lo que hay en todo eso!... veamos donde se encuentra ahora esa chiquilla.?

Sara no se curaba de ofenderse por aquellas rudas maneras.

=Hija mia!.... murmuró con amor alzando los ojos al cielo: pobre Judit!.... lejos de su madre!... confiada á manos estrañas!... oh!,... cuánto sufre!...

=Y por qué sufre? interrumpió la tendera.

=Ay!.... bien sabeis que yo he hecho por ella cuanto puede hacer una madre, repuso Sara: me he humillado á mi esposo... le he suplicado tanto!.... Pero todo fué en vano!..... Ay!.... si él hubiese querido habria tenido en mí una mujer amorosa, y esclava de sus menores caprichos!.... Pero no ha tenido interés en conservar mi amor.

La Batailleur que no sabia disimular, hizo una muestra franca de su incredulidad.

=Creedme!... creedme!.. mi escelente Josefina, repuso Mad. de Laurens: yo no deseaba mas que amarle!... si hubiera querido tener una poca de compasion hácia mi pobre y desventurada niña, yo hubiera sido enteramente suya todo el resto de mi vida!

Mad. Batailleur sacudió la cabeza con aspecto sério.

=No sois justa, contestó la tendera; esas cosas no puede consentirlas un marido, y sobre todo un marido que ama tanto como os

ama el vuestro!... Ya veis una prueba de su cariño es su negativa de tener en su casa el fruto de otro amor!.... os confieso que si yo me hubiera encontrado en su lugar...

=Oh!..... callad!. ... callad!... exclamó la favorita.

Se estaba hiriendo el único punto vulnerable que habia en su corazon.

—Callad!... callad!... repitió: yo se lo habia dicho todo.... El sabia que aquella desdichada habia sido el fruto de una seducción odiosa!..... Yo era entónces tan niña!..... debia por ventura hacerme soportar el castigo de una culpa que no habia cometido mi corazon?..... Y si queria castigar-me, debia acaso estender su crueldad hasta aquella inocente criatura que era mi sangre, y para la cual imploraba yo á sus plantas compasion?.... oh!... callad!.. callad... Yo le detesto!... le odio por eso, mi buena amiga: le odio y le detesto por ella.. por ella, pobre hija de mis entrañas!..... Ahora sufre él: ahora sufre, si, y yo no tengo compasion!..... Venganza!..... venganza!.....

El rostro de la favorita habia adquirido ese aspecto de implacable dureza que le hemos visto tomar varias veces; la conviccion con que arrojaba sus palabras de fuego, seducian desde luego al que las escuchaba; pero Mad. Batailleur no era mujer capaz de con-vencerse y trastornarse por tan poca cosa.

La tendera miró frente á frente á Mad. de Laurens, y la dijo paladeando su perfecto amor:

=Para asesinar á un hombre, es indispensable un pretesto...

—Palideció Sara: sus ojos lanzaron dos rayos vivísimos.

—No os enfadeis mi querida señora, repuso la Batailleur sin commoverse: todo eso maldito si me vá ni me viene: lo que os he dicho, es una idea que se me ha ocurrido!..

Y á fé mia que no puede ser mas clara y esacta de lo que es..... Con solo ver trabajar á algun obrero se saca la cuenta del caso en que os encontráis.... Cuando el trabajo es violento en demasia, el cansado obrero se mete entre pecho y espalda un buen trago de aguardiente, y prosigue su tarea!... vos no apeteceis el aguardiente; pero pensais en la niña cuando os falta el corazon.... Creo que en el fondo viene á ser la misma cosa.

Volvió á aparecer el color encarnado sobre la faz de Mad. de Laurens: el buen sentido de la tendera del Temple habia resuelto en cuatro palabras el enigma de su conciencia, con la mas increíble exactitud.

Todo era ficcion en aquella mujer; obraba hasta tal extremo la falsedad de sus principios, que llegaba á mezclarse con el engaño el único sentimiento capaz de hacer latir su corazon.

=Aquel amor por su hija que tan alto ha-

cia resonar, existia en ella ciertamente; pero no se parecia al celestial amor de una madre.

Era cariño con una mezcla de odio: Mad. de Laurens amaba para aborrecer.

Bien conocia á su hija infortunada; pero no la prestaba ayuda: la perversa judia la dejaba sufrir para poder decirse: *yo la vengo!*..

Para poder decir: *cuando él haya muerto, cesará mi hija de padecer.*

La desventura de la niña era tan grande, que á todos inspiraba lástima: Sara veia en esta compasion una disculpa de su odio á Leon de Laurens, y gozaba por decirlo así en el infortunio horrible de su hija.

Era un permanente aguijon para su rencor: era como una mano que la empujaba sin tregua por el camino de la venganza!..

Para asesinar á un hombre, es indispensable un pretesto.

Tal era la razon moral que impulsaba á la favorita, á realizar la destruccion de Leon de Laurens; pero ella habia empezado á su placer un tenebroso velo sobre aquel rincon de su conciencia. Habituada á enganar á todo el mundo habia concluido por enganarse á sí propia: no sabia distinguir en sí misma el odio del amor. Pero cualquiera que fuese aquel sentimiento, era por lo demas ardiente y profundo.

Creia amar.

Sara amaba con delirio.

Las palabras de la tendera del Temple iluminaron de repente toda su alma. Hubo algunos instantes en que se asustó de sí misma. Despues su sofisticico instinto volvió á anudar la venda ante sus ojos: rechazó la luz: dudó: despues de todo, negó.

Aun tuvo valor para sentirse indignada contra aquella acusacion que la heria en lo mas vivo.

=Pobre Batailleur!... dijo con desprecio y sequedad: no sois capaz de comprender esas cosas, y hago mal en resentirme por palabras pronunciadas sin concierto... Yo la amo tanto, anadió en una repentina efervescencia de pasion, la amo tanto, que todo mi corazon está lleno de este amor!... Pobre nina!... ella es mi único bien sobre la tierra!... mi única esperanza para el porvenir!... Oh!.... creedme!... creedme!... para ella es todo ese oro acumulado!... todas mis ideas... todos mis pensamientos se reunen, todos mis esfuerzos se ligan entre sí para preparar á esa desventurada una vida feliz!... En premio de la miseria en que yace, poseerá riquezas: poseerá toda una inmensidad de placeres!... Será hermosa desde el instante en que cese de padecer!... Será noble, será hermosa, será rica, y adorada del mundo todo! ... Dios mio!... ved el corazon de esta mujer á quien se atreven á acusar de que no ama á su hija!....

Mad. Batailleur miraba á Sara con ojos afec-

tados: dudaba; pero estaba conmovida: los párpados de Mad. de Laurens se bañaban en lágrimas.

—No me habeis visto estrechar entre mis brazos esa niña tan pálida y raquítica que he hallado algunas veces dentro de vuestra tienda?... exclamó la favorita con voz entrecortada.

—La *Galafata*? interrumpió mad. Batailleur.

—Sé yo por ventura el nombre que la dan?... Lo que no ignoro es que tiene la misma edad que Judit, y que se le asemeja!... Lo que sé es que amo á mi hija... que la amo con toda la efusion de mi alma!...

Acercóse poco á poco á Mad. Batailleur; y tomó un acento agitado, pero muy bajo.

—Escuchad!... prosiguió sonriendo dulcemente: voy á deciros lo que haré cuando muera Mr. de Laurens.

Habia un no se qué de horrible en aquella mezcla de sensibilidad apasionada y de fria é impasible crueldad: aquella muger perversa construia el edificio de su amor maternal sobre el asesinato de un esposo...

Pero la tendera del Temple no veia ya por aquel lado la cuestion.

Su ignorancia se dejaba sorprender por las ardientes palabras de Mad. de Laurens: su buen sentido que ninguna instruccion podia guiar, era falseado en sus inclinaciones por el

primer sentimiento de la emoci3n: entonces solo veia á la pobre hija y á la madre cari3osa y delirante. Arrepentíase de haber dirigido á Sara unas palabras tan duras, y creía en aquella ternura que se evaporaba ardiente: sus ojos tenían raudales de lágrimas también.

Sara hablaba entonces con el corazón: en aquel instante no se estudiaba para expresarse.

—Yo seré libre algún día... pronto quizás!..., prosiguió: nadie tendrá derecho á inspeccionar mi conducta... la llevaré á mi propia casa y la haré pasar por hija de Mr. de Laurens!... Pobre Judit!... A lo menos heredará á ese hombre que la hizo tan desventurada!... Lo oís?... Y en mi conciencia nada me echará en cara... oh!... estad segura de ello!... Qué gozo!.. yo la conservaré á mi lado como un escudo contra el remordimiento!... La amaré: prevendré todos sus mas insignificantes caprichos; y la formaré una nueva felicidad para cada uno de sus días! A su alrededor no habrá mas que caricias y ternura!.. Después, dentro de algunos años, la hablará su corazón... la hablará, y entonces yo la juro que será esposa de aquel á quien haya escogido!... Príncipe ó mendigo, yo le daré su mano, aun cuando el mundo entero quiera oponerse á mi voluntad de hierro!...

=Oh! qué buena sois!... dijo Mad. Batai-

lleur enjugando los ojos: me conmueve todo cuanto decis!... cuánto amais á vuestra hija!... que buena madre sois!...

—Yo quisiera doblar y triplicar mi fortuna, prosiguió Mad. de Laurens: la que poseo no creo que baste para ella... para ella, porque todo, todo será para mi hija...

Interrumpióse en aquel instante: y volvió la cabeza asustada. Acababa de percibir detras de sí el rumor de un paso furtivo que se deslizaba sobre el umbral de la estancia.

Su mirada se encontró con el extraño semblante de Mad. Hoffé, la cual proyectó una soberbia curva con su cuerpo, á guisa de profunda reverencia, y se sonrió con aire amabilísimo, diciendo.

—Tengo el honor de venir á informarme de si es tiempo de levantar la mesa.

Los ojos de Sara espresaban una sorpresa impregnada de inquietud. ¿Cuánto tiempo podría hacer que se hallaba aquella vieja en el salon? Habria oido por ventura alguna palabra imprudente?...

La tendera estaba encendida de cólera. Inmediatamente se bebió el resto de perfecto amor que quedaba en la taza, y soltando un juramento mas que viril, exclamó:

—Vieja loca!... ¿qué diablos venis á buscar en este sitio?... cáspita!... si otra vez os vuelvo á ver entrar de esa manera sin que se os llame, os juro ponerlos en la calle co-

mo á un perro!...

Eran demasiado duras estas palabras para ser dirigidas á una mujer que habia ocupado cierta posicion en el mundo. Mad. Huffé tomó un aire de dignidad, y contestó:

—Tengo el honor de haceros observar.

Mad. Batailleur no la dejó concluir: parecia una leona enfurecida.

—Salid!... salid pronto!... prorrumpió asiendo por el cuello una de las enormes botellas de vidrio: salid, vieja del diablo... ú os romperé sino la cabeza!...

Era cosa urgente la obediencia: la tendera no gastaba chanzas despues de comer. Mad. Huffé ensayó una breve cortesía y *tuvo el honor* de desaparecer.

Sara estaba en pié: sobre su rostro tranquilo hubiera sido imposible encontrar un leve resto de su pasada emocion; ya sabemos que era dueña de si misma hasta el mas alto grado. En aquel momento no creia hallarse en el caso de enternecerse.

—Cuántas locuras acabamos de decir, mi buena amiga!... murmuró con tono ligero: yo tenia que hablaros de cosas mas importantes: pero esta noche os volveré á ver en el juego... Sin embargo, ante de dejaros quisiera saber si entre vuestros conocidos habria algunos no muy escrupulosos, con quienes se pudiera contar para dar un golpe de mano.

—Alguna broma de carnaval?... murmuró

sonriendo la tendera.

—No, dijo Sara: es una cosa mas oscura e interesante... No se trata de ninguna broma, la cosa se ejecutará en Alemania... Escusado es decir que se le pagará todo lo que esijan.

Mad. Batailleur inclinó los ojos y volvió la cabeza con repugnancia manifiesta.

—De cuando en cuando se encuentran en el Temple algunos tunos de esa calaña, contestó: yo sé que se reúnen allá abajo detrás de la Rotonda, en un sitio que llaman *los cuatro hijos Aymon*; pero no es cosa que me agrada lo que quereis: no es mi elemento ese terreno, y mas quiero no meterme en ello.

Sara arregló su velo ante el espejo, y se dirigió á la puerta.

—Volveremos á hablar sobre el particular, mi buena amiga, dijo; vos obrareis como os parezca. De todos modos acordaos de que yo nada pido de valde.

Mad. de Laurens volvió á tomar en aquel instante, tal vez sin pensar en ello su aire de gran señora.

La distancia que existia entre ella y la Batailleur allanada un instante por intimas confianzas, volvía á aparecer mas insondable que nunca. La tendera á pesar de su hermoso vestido de raso, y su espléndida papalina, no parecia ya una hermana, ni una compañera, sino mas bien una criada. Tomó en la

mano uno de los candeleros, y acompañó á Sara hasta el pié de la escalera.

—A qué hora os volveré á ver? preguntó la Batailleur.

—No lo sé, contestó Mad. de Laurens: tengo varias cosas que hacer esta noche: espérame hasta que vaya á buscaros.

La judia salió: la tendera volvió á subir.

Al entrar de nuevo en el aposento que acababa de dejar, se quitó el delantal grasiento, y se colocó sobre la cómoda el mas ilustre de sus sombreros. Despues salió tambien para dirigirse á la casa de juego calle de Prouvaires.

Dos ó tres minutos despues de su partida hubiérase podido ver entrar en la sala á Mad. Hufié, llevando entre sus brazos un enorme gato.

Colocóle en el asiento que no hacia mucho habia ocupado Hipólito, y se acomodó ella en el sillón que su amo habia dejado vacío.

—He aquí lo que sucede, mi querido Minino, dijo llenando su plato: despues de haber ocupado cierta posicion social se vé una precisada á servir á una mujer grosera!... Quieres ternera?

Minino queria ternera en efecto.

—Es una desgracia servir á una mujer de su esfera ¿no es verdad? pero paciencia, amigo mio... paciencia!... Yo bien sé lo que me hago... el que viva podrá ver muchas cosas...

Mirábala el rechoncho gato con sus ojos grandes y verdosos. El era respecto á Mad. Huffé lo que Hipólito relativamente á Mad. Batailleur, con la única diferencia de que el gato era tratado con mas consideracion que Hipólito.

Hubiera sido indispensable la llegada de un emperador para que Mad. Huffé se decidiese á hacer un desaire á su Minino, semejante al que la Batailleur habia hecho á su favorito.

Ningun emperador llegó, y la comida de la vieja dió fin pacíficamente, mano á mano con su gato.

Entre tanto, Mad. de Laurens habia caminado á lo largo de la embarrada acera de la calle de Vert-Bois, hasta llegar frente al mercado del Temple. Hubo algunos momentos en que sus pasos se encaminaban hácia el sitio en que la esperaba su cupé; pero de repente se detuvo irresoluta. Despues retrocedió, y se introdujo por la calle Dupetit-Thouars.

El Temple estaba desierto desde hacia mucho tiempo.

La actividad de su comercio habia ido á refugiarse al otro extremo de la calle en esas tiendas de pasamaneros á donde concurren rebaños de mujeres á torcer franjas desde la mañana hasta la noche.

Sara se alejaba todo lo posible de los almacenes y caminaba por la acera que rodea-

ba los tenduchos del mercado del Temple.

Al llegar á la calle del Pozo, percibió á la luz de los faroles la apariencia animada y esbelta de un jóven que salia de la plaza de la Rotonda.

Mad. de Laurens creyó reconocer á Franz. Entonces apresuró el paso para ver á dónde iba.

Al volver el ángulo de la plaza, el jóven habia desaparecido ya; pero aun se oian sus pasos en la calle inmediata.

Adelantóse la judia hácia aquella calle que era la de la habitacion del ropavejero Hans Dors.

Hubo un instante en que estuvo á punto de penetrar en ella, pero creyendo oir cierto canto susurrante y confuso entre la oscuridad del estrecho corredor, no se atrevió á hacerlo.

En su lugar marchó sobre la acera solitaria, y se deslizó bajo el peristilo de la Rotonda.

En el momento en que la favorita volvia la espalda salió á la calle una disforme sombra y la siguió desde lejos.

Mad. de Laurens se detuvo delante del tenducho del honrado Araby.

No habia un ser viviente hácia el ángulo de las galerias.

Sin embargo, la favorita miró en su derredor con precaucion: su aire era cauteloso y temible como el del hombre que vá á cometer un crimen.

Nada vió.

Nada oyó, sino los clamores sordos y lejanos que salían de la taberna de los *Do* *Leones*, á la parte opuesta del peristilo.

Adelantó entonces su cabeza hácia el frontis de la tienda del *Lobo Blanco*: las tablas mal encajadas dejaban paso á un débil resplandor.

Sara aplicó sus ojos á una de las rendijas.

Sobre un jergon de esparto vió tendida una pobre niña, medio desnuda, y cuyos flacos miembros tiritaban de frío..

Era Nono, la *Galafata*, que estaba medio recostada en un lecho. A su lado, y en el suelo frío habia un cabo de vela de sebo que se hallaba próximo á consumirse.

Tenia en la mano dos ó tres pedazos de papel que habia recogido en las calles, y que estaban impregnados todavia con varias manchas de fango: su dedo estendido seguia las lineas escritas letra por letra: Noemi deletreaba: Noemi procuraba aprender á leer.

Su cabeza estaba inclinada: Sara no podia ver su rostro: este se hallaba casi cubierto por los largos cabellos de aquella infortunada. Su postura indicaba ampliamente la atencion summa, y el decidido interés que empleaba en su ocupacion actual.

Mad. de Laurens la miraba con ojos ávidos: os hubiérais admirado al verla entonces pálida, desencajada, y presa de una emocion

imposible de bosquejar.

Lata su corazon y sentia helarse sus miembros, al paso que ardian sus pupilas.

Entretanto el resto de la vela de sebo tocaba su término: el pávilo era lo único que ardia sobre el residuo grasiento que habia destilado aquel sobre el húmedo pavimento.

Noemi alzó bruscamente la cabeza, y miró la luz prócsima á apagarse con un sentimiento de desesperacion.

Era que las noches heladas del invierno se desplomaban largamente sobre su existencia desventurada: era que la pobre niña sufría cada noche lo que no es decible hasta reconciliar el sueño.

El movimiento que acababa de hacer habia arrojado hácia atras su larga cabellera: sus pálidas facciones aparecieron iluminadas por el moribundo resplandor.

El seno de Mad. de Laurens se ahogaba á fuerza de la agitacion violentísima de sus pulmones, su corazon queria romper el pecho; sus ojos procuraban desencajarse de sus órbitas.

Noemi ocultó los papeles bajo la almohada. Despues arregló su roto vestido de india lo mejor posible para que cubriese su desnudéz: sus grandes ojos negros se elevaron al cielo en una oracion muda y espresiva, mientras que juntaba sobre su pecho sus débiles manos poseida de la mas religiosa uncion.

Cerráronse sus párpados.

La luz lanzó un resplandor mas vivo para exhalar su última llama.

Sara no vio mas.

Su rostro estaba inundado de lágrimas: sus sollozos se alcanzaban unos á otros sin permitirle respirar; apretábanse sus manos y su cuerpo contra las carcomidas tablas que cerraban el agujero del *Lobo blanco*, y sus labios se estendian sobre las rendijas como para dar un beso.

—Judit!... murmuró, poseida de un maternal frenesí; Judit!... hija mia!...

Despues añadió con una especie de delirio horroroso:

—Oh!... piedad!... piedad de tu madre!... no mueras todavia!... oh!... no mueras, no!... Espera: su vida depende de una sola hebra!...

—Solo te quedan algunos dias que sufrir...

En aquel momento retrocedió asustada: á dos pasos de ella estalló una carcajada estrepitosa.

Volvió su rostro; pero la cegaba su confusión.

Mientras procuraba ver, una voz estraña se elevó en la sombrea de unos de los pilares inmediatos de la Rotonda.

La voz cantaba:

Hoy es lunes;

Han venido á buscar á Mad. Regnault

Para llevarla á la cárcel,
Porque no tiene dinero.
La vieja se ha escapado;
Pero volverán mañana
Y la pillarán...
Oh! qué ventura... ventura!..

Los ojos de Sara fueron habituándose poco á poco á las tinieblas y percibió la figura deforme de un ser que se agitaba á caballo sobre un banquillo olvidado.

Sara huyo.

Mientras atravesaba la plaza de la Rotonda elevó el cantor mas y mas, su destemplada voz; aquella voz llegó á herir los oidos de la Galafata que se estremeció sobre su gergon, como si las tablas que la separaban de la calle no pudiesen ser una muralla bastante fuerte contra la cruel maldad del idiota Geignolet.

Sara se introdujo apresuradamente en su carruaje, y se sentó temblando sobre los almohadones.

Cuando llegó el cochero á recibir sus órdenes, permaneció algun tiempo sin poder contestar: despues le dijo.

=Calle Daufine; núm. 17.

Aquellas eran las señas de la habitacion de Franz.

.
La noche avanza poco á poco: nos encon-

tramos en un edificio de la calle de Saint-Honoré.

Penetramos en una estensa habitacion donde reina una oscuridad completa.

Oyese tan solo la respiracion pausada, ruidosa é igual de personas que duermen profundamente.

Erciéndose una luz al otro extremo del patio, y resbala su resplandor en el aposento oscuro.

Aclaránse vagamente las tinieblas.

Se ven arrojadas por el suelo amplias capas de viaje; botas guarnecidas de espuelas, armas, y sobre la meseta de la chimenea dos ó tres puñados de oro.

Al ángulo extremo de la pieza se alinean tres lechos iguales contra la pared: en cada uno de ellos hay un hombre que duerme.

El reló dá las nueve.

El reló se halla colocado á la cabecera del primer lecho, y su despertador lanza repetidos y argentinos golpes.

Uno de los que duermen se despierta sobresaltado, y se sienta en su cama.

—Qué pronto!... murmuró: despues de tres noches de insomnio, dos horas de descanso pasan con suma rapidéz!...

Se frotó los ojos y estiró sus fatigados miembros.

Los otros dos se agitaban medio despiertos bajo las mantas.

=Pero nuestras horas están contadas, repuso el primero: yo debo obrar desde esta misma noche... Antes de salir es indispensable que les prevenga...

=Hermanos, añadió alzando la voz.

No tuvo necesidad de repetir la llamada: sus dos compañeros se incorporaron frotándose los ojos procurando evitar los bostezos lo mejor posible.

—Hermanos, repuso el que se había despertado primero: es indispensable que os dispongais para partir mañana al rayar el alba.

=Tan pronto!... exclamaron los dos á una voz.

Después añadió uno de ellos:

=Ahora que he descubierto una soberbia casa de juego, donde se dá también de comer mejor que en ninguna fonda de París!

El otro dijo á su turno:

=Y yo que había hecho la más preciosa conquista del mundo!...

=Voto vá!... después que ya tenía combinada una *martingala* de invención mía!....

=Cáspita! no poder concurrir á la cita de esa beldad que he cautivado...

=Hay que sacrificarlo todo por el hijo del diablo, dijo el primero.

=Vayan pues al diantre las mujeres!... exclamó el enamorado.

—Vaya enorramala el juego!... prorrumpió el jugador.

Despues añadieron los dos con tono grave.

=Hermano: hoy como siempre estamos dispuesto á todo!...

FIN DE LA PARTE III.



Cuarta Parte.

La taberna de los hijos Haymon.

CAPITULO I.

Negocio concluido.

Vamos á proseguir nuestra historia desde el momento en que la dejamos; todavía estamos en el Temple, el lunes de carnaval del año de 1844.

Todas las tabernas inmediatas al mercado hacian buena venta á pesar de que el lunes de carnaval sea un dia de descanso entre las diversiones del domingo y las orgias del martes: no obstante hace parte del carnaval, y es necesario festejarle aunque moderadamente.

Bebíase por consecuencia grandemente, alrededor del Temple, y la cidra y el vinillo blanco prodigaban sus abundantes ondas. Las tabernas de moda estaban henchidas de chalanos, ni mas ni menos que la vispera, del mismo modo que las otras tabernillas menos ilustres que tambien tomaban parte en la fiesta.

Casi en este momento bajaba Mad. de Laurens la sucia y resvaladiza escalera de la Batailleur para dirigirse á la plaza de la Ronda. Como hemos dicho se habia detenido en el extremo de la calle de Petit-Thouars, porque habia creído reconocer á la luz de los reverberos á Frantz, atravesando rápidamente la plaza y deslizándose en una callejuela oscura.

Sara era una muger fuerte en la que no tenían cabida los terrores vulgares propios de su sexo tenia interés en alcanzar á Frantz y á no ser por la voz del idiota Reignault que arrojó su monótona cancion en las tinieblas de la calle, sin duda que se hubiera lanzado intrépidamente en aquella incógnita ruta.

Pero el canto del idiota detuvo su primer movimiento. Y era en efecto Franz aquel que

había visto? Podían engañarla las vacilantes luces de los reverberos. Como estaba indecisa, volvió sus miradas hacia el edificio de la Rotonda, y permanecieron fijas en un punto luminoso que brillaba en la sombra del peristilo.

Ya no vacila; se hubiera dicho que aquella luz la atraía como si fuese iman.

Atravesó la plaza y se detuvo ante la tienda del buen Araby. En el momento en que miraba por entre las hendiduras de las tablas, un elegante carruaje entraba en la calle del Temple. El cochero hizo detener los briosos caballos en la altura de la iglesia de Santa Isabel, el lacayo bajó el estribo, y bajó un hombre cuyo traje desaparecía debajo de una ancha capa.

—Esperadme aquí, dijo.

El lacayo cerró la portezuela y se puso á pasear de arriba á abajo delante de la Iglesia. El cochero, infatigable dormidor, como todos los de su especie, se arrellanó en su asiento y agarró el sueño.

El caballero dió algunos pasos por la acera subiendo la calle, y volvió la esquina de la calle Vendome.

Estaba vestido como un jóven, y el corte de su impermeable denotaba serias pretensiones á la anglomania; pretendia andar con viveza y bajo las pequeñas alas de su sombrero, se veía brillar en bucles una abundan-

te cabellera. Nada mas que esto se veia, porque el cuello de su capa, levantado británicamente, le ocultaban la mayor parte de su rostro.

La calle de Vendome, que debe su nombre al último gran prior de la lengua francesa, marca todavía una de las fronteras del antiguo dominio de los hospitalarios caballeros de San Juan de Jerusalem. Aunque confinada con el ruidoso y mercantil Paris, se encuentra ya en el Marais, y su tranquilo silencio, hace contraste con el ruido horrible del boulevard vecino. Entre ella y este grupo de teatros que se disputan los favores del inconstante pueblo de Paris, no hay mas que una estrecha línea de casas, que son como un mundo: los habitantes de estas moradas tocan por una parte la multitud, y por la otra el desierto.

Nuestro hombre seguia la calle de Vendome, muy inmediato á las paredes y dándose todo el aire de un personaje de buena fortuna, pero no podia, á pesar de sus esfuerzos, quitar á sus pasos cierta pesadéz. Los rectos pliegues de su capa, disimulaban mal una obesidad ya muy pronunciada, y sus conatos no producian mas que darle el aire de un hombre que fuera jóven.

Este aire, es eminentemente peligroso en tiempo de carnaval, pues las gentes alegres son por naturaleza inexorables, con los le-

llos Narcisos que llegan á los cincuenta. Pero nuestro hombre no tenia que temer ningun encuentro desgraciado, en el camino solitario que habia escogido. Algunos gritos alegres y burlones llegaron hasta él desde la galeria Vendome, corredor indigente que pretende imitar la elegancia de los *fashionables* pasajes, y esto era todo. La galeria estaba casi tan desierta como la calle; y la luz de gas le imprimia una tinta melancólica que iluminaba sus derrotados bazares.

En la esquina de la calle de Vendome y de Puits, nuestro hombre se paró y volvió á bajar hácia el Temple.

El viento levantó entonces por un momento los rígidos pliegues de su capa que flotaron haciendo un ruido de pergamino, y dejaron ver su vestido que era un paletot blanco.

Al principio intentó el caballero de Reignault contener los desornados movimientos de su impermeable; pero el viento apretó y le fué necesario llevar la mano con solicitud á su pequeño sombrero, cuya pérdida, podia arrastrar la de su cabellera. Prosiguió grañendo su camino, y no se paró hasta estar delante de las cortinas á cuadros de la taberna de la Girafa.

La Girafa sentada en su puesto, mas redonda y gruesa, mas roja y risueña que nunca, vertia el vino de campeche con maneras tan atractivas y en vasos tan evidentemente limpios, que sus parroquianos no podian me-

nos de beber. Para cada uno tenia la escanciadora algunas palabrillas en una jerga francesa-alemana que daban sed, como sin fuesen granos de pimienta. Su marido, el mercader de vinos Johann, estaba de pié en el otro extremo de la sala, y se dignaba conversar con la parte mas grande de la asamblea.

Esto por otra parte era un grande honor; porque Johann pasaba por tener bien cubiertos los riñones, y no charlaba asi como quiera con el primero que llegase.

Entre su auditorio se encontraban dos ó tres de nuestros convidados alemanes de la vispera, pero faltaban la mayor parte de ellos: no estaban alli, ni el valiente Hermann, ni el honrado mercader de ropas Hans Dorn, ni Frit, el taciturno correo de Bluthaupt. La reunion se componia en su mayor parte de personas desconocidas y que no tenemos interés en conocer. Citaremos, sin embargo, dos de los bebedores privilegiados que se enardecian con las sonrisas de la Girafa.

Era el primero un fornido muchacho, de áspera fisonomía y pesado continente, que estaba plantado recto y silencioso ante el mostrador con toda la flema germánica. Este muchacho era rubio, de buenas carnes, muy sonrosado y que parecia perfectamente ageno á todo pensamiento. Se llamaba Nicolás, sobrino de Johann y el mismo para quien el tabernero habia codiciado la mano de Gertrudis, y

que era por consecuencia la causa de animadversión concebida por Johann hácia los pobres Reignaudl: porque Juan el tocador de organillo, á pesar de su miseria, era feliz á costa de Nicolás.

El segundo era un hombrecillo de cincuenta á cincuenta y cinco años, cuyo crédito parecia estar perfectamente asentado en la casa: este hombre era reputado como agente de policia, lo cual le daba consideracion, y tenia por nombre Roman, llamado Batailleur. En una época bastante remota, habia contraído con una jóven del barrio de las Hailles, uno de estos matrimonios transitorios que se hacen sin el corregidor y sin la Iglesia. Hacia mucho tiempo que habia tenido lugar el divorcio entre ellos; mas esta union habia dado á la jóven el derecho estra-legal de llevar el hermoso nombre de Batailleur.

Era esta una de las notabilidades del Temple. Su antiguo marido estaba muy envanecido con ello, y todo lo hubiera dado, resignando en ella sus funciones politicas, por llegar á ser su señor y amo y simple mercader de frivolidades.

Pero ya no era tiempo: el desgraciado Roman en vano daba vueltas al rededor de su ex-muger, que rigorosamente le hacia guardar cierta distancia: estaba reducido á las inútiles consideraciones de lo pasado. Por muy jovial y buen vividor que fuese, nadie igno-

raba las heridas de su corazón: sus penas se hacían públicas á pesar suyo; y cuando el vinillo blanco le hacía más expansivo, tenía costumbre de comenzar sus historias por esta fórmula, á la vez orgullosa é impregnada de tierna melancolía:

—En el tiempo en que yo era esposo de Mad. Batailleur.

A la vista del tropel que inundaba la taberna de la Girafa, el caballero de Reignaud había quedado indeciso. Por punto general, el establecimiento de Johann no pecaba por tener muchos marchantes. El caballero tenía costumbre de llegar hasta ella de incógnito, y cuando no, le hacía llamar á su casa; sus conferencias tenían lugar en aquel cuartore-servado en que hemos asistido á la cena de los alemanes.

Pero hoy era lunes de carnaval; el salón de *societad* estaba lleno lo mismo que el mostrador. El caballero, que acababa de echar una ojeada al través de las podridas cortinas, había visto una numerosa y animada compañía, las damas del Temple con sus cortejos, los *trincadores* diciendo chufletas; y en un rincón el brillante Hipólito, favorito de Mad. Batailleur, que consumía los veinte y cinco sueldos que le había dado su reina.

Sabía el caballero que era perfectamente conocido en el Temple. El papel que hacía

en él, no le rodeaba de una popularidad muy grande y le repugnaba presentarse en público, especialmente el día siguiente del en que vencía un plazo.

Exactamente, no sabia la cuenta de los embargos hechos en el día; pero no faltaban nunca en épocas de pago; y la indigencia conocida de sus pobres clientes no le dejaba gusto alguno, con respecto á este asunto.

Los grupos de bebedores ocultaban á Johann que se encontraba en lo mas retirado de la pieza. En el primer momento no se sintió con valor para arrostrar esa multitud hostil, y como por instinto, se hizo algunos pasos atrás para volver á su carruage; pero una reflexión le detuvo. Era necesario que hablase á Johann. Aunque no fuera su fuerte la intrepidez, se avergonzó y volvió á colocarse ante la puerta de la taberna, teniendo cuidado de ocultarse en la sombra.

Así permaneció algunos minutos, tratando de descubrir á su factotum en la atmósfera cargada de humo del mostrador, librándose cuanto podia de los rayos de gas que atravesaban la callejuela.

Un movimiento de los bebedores, descubrió en fin, el avinagrado rostro del taciturno Johann.

El caballero se encasquetó su sombrero hasta las cejas, levantó aun mas el cuello de su capa y atravesó la calle en tres saltos.

Entró. A pesar de sus precauciones, todo el mundo lo reconoció á la primera ojeada, alzándose en la sala un sordo murmullo.

—El amo!... ahí esta el amo!... pronunciaron á media voz.

Pero este murmullo nada tenia de amenazador, y no habia motivos para temer.

Entre la envidia del pobre contra el rico, hay un respeto extraño que la misma pasión en su paroxismo, no puede sacudir sin trabajo. Si el odio legitimo y el espíritu de venganza se juntan á la envidia, suele haber explosiones, pero es raro.

Son necesarios muchas circunstancias aglomeradas. En tesis general, el pobre no es atrevido: cuando se atreve es en virtud del furor y de la rabia: entonces hiere al acaso y sus verdaderos enemigos saben evitar sus golpes.

Apenas entró el caballero en la taberna de Johann, se disipó como por encanto su temor. Allí vió su fuerza: todas las cabezas se descubrieron humildemente en derredor suyo, y una misma sonrisa, modesta, sumisa y adulatora apareció en todas las bocas. La Girafa levantó su enorme corpulencia por encima del mostrador, saludó tres veces y volvió á caer agoviada bajo el peso de su respeto.

—Johann! exclamó, oh! Johann... aquí está el señor caballero!

El mercader de vinos ya habia dejado el

grupo de que hacia parte, y venia hácia Reig-
nauld con el gorro en la mano.

El caballero tomó un aire de emperador;
su mirada recorrió las filas de la asamblea
enmudecida y llena de veneracion.

=Buenas noches, Lotchen, dijo á la Gira-
fa que se puso carmesí de alegria: hé aqui uno
buenos muchachos que festejan el lunes de
carnaval!... Me gusta mucho ver al pueblo
divertirse!... Yo amo al pueblo!... Echad un
vaso de vino á toda esta gente, Lotchen, á
fin de que beban á mi salud.

Diciendo esto habia tomado la postura de
Enrique IV pronunciando el famoso voto de
la gallina al puchero.

La asamblea se agitó respetuosa y reco-
nocida.

El caballero salió con paso regio, haciendo
señas á Johann de que le siguiera.

=Siempre lo mismo este arrogante hom-
bre!... exclamó Roman-Batailleur bebiéndose
un vaso de vino.

Dos ó tres voces se levantaron para pro-
testar, observando que aquel mismo dia ha-
bian sido presos en virtud de queja del ca-
ballero, una media docena de pobres mercade-
res del Temple.

Pero indignada la Girafa, dió un porrazo
con su medida de estaño contra el plomo del
mostrador, y exclamó con entusiasmo inspi-
rado.

—Esos son mendigos que no tienen medios de pagar sus deudas.,...

—Será preciso andar en consideraciones con ellos!...

—Perdonad, apoyó Batailleur, cuando yo era esposo de Mad. Batailleur, tambien se encontraban por todas partes malos parroquianos...

—Pues bien! yo digo que se les hacia andar derechos, con que!....

—Con que!... repitió el sobrino Nicolás.

—Pardiez! concluyó la asamblea: es necesario exactitud en el comercio.

—Ademas, repuso Batailleur, con eso se hacia bien á las personas que tenían algo: ahí teneis el lugar que ocupa la tia Reignauld, allá abajo en el rincon de la Rotonda, que es famoso para la *traperia*... Si yo estuviese aun con Maria Batailleur desde ahora me quedaba con ese sitio.

—Pobre muger la Reignauld! murmuraron algunos.

La Girafa se encogió de hombros.

—Dicen que van á ponerla en la cárcel... á su edad!

—Psé, repuso el marido de la Batailleur, ya hace treinta años que la tia Reignauld ocupa ese sitio.... cada uno á su vez!...

El caballero de Reignauld y Johann, estaban en la calle conversando en voz baja.

—Hay cinco demandados, decia el merca-

der de vinos, de esos cinco, hay tres que pagarán porque tienen su avio... los otros dos no tienen nada... y sabéis, que la madre Reignauld, nos debe mucho dinero, señor caballero?

—Luego hablaremos de eso, interrumpió Reignauld, tengo un negocio importante que poner en vuestras manos.

—Mas esto no es iadiferente!... y como he oído decir que la madre Reignauld tiene buenos compadres en el gran mundo, por mi vida! que he hecho ejecutar el juicio.

—Está presa? dijo el caballero con cierta vivacidad.

—Todavía no... se esconde... pero mañana será de día.

En este momento se volvió el caballero poniéndose en frente de su factotum. Johann quiso seguir la conversacion, pero fué interrumpido por un gesto de Reignauld que le apretó un brazo mirándole fijamente.

—Debeis tener buenos ahorros, Johann, dijo el caballero pero aun no sois lo que se llama un hombre rico...

—Se hace lo que se puede! contestó el amo de la Girafa.

—Por otra parte, repuso Reignauld, habeis llegado á cierta edad... bien tendreis cincuenta años, no es asi, Johann?

—Cincuenta y siete cumpla el mes de junio.

—Pues bien, querido; cuando se tiene esa edad, ya no es tiempo de ir amontonando sueldos... es necesario renunciar á hacer fortuna, ó hacerla de un golpe.

Johann bajó los ojos para examinar al caballero al soslayo.

—Por qué me preguntais eso? murmuró.

—Porque sois un hombre entendido, Johann, replicó Reignauld con adulatora sonrisa; porque sabeis ver las cosas por buena parte... y porque os creo un servidor decidido.

—¿Teneis alguna obra que mandar á hacer, señor caballero?

—Hay de todo... tengo algunas medidas que tomar... desearia encontrar una media docena de muchachos... Es un negocio en que no tendreis que trabajar personalmente, Johann... Os quiero demasiado, amigo mio, para esponeros asi en la vanguardia...

—¿Hay, pues, peligro? preguntó el mercader de vinos.

—Si y no... En Francia seria espuesto... pero en Alemania...

—¡Ah, ah! exclamó Johann; ¿el asunto es en Alemania...

El caballero se echó á reir y dijo:

—¡Una ocasion de volver á ver el pais!

—¿Y qué se ha de hacer?

El caballero no respondió al instante: miró en derredor como para asegurarse de que ningun oido curioso podia escucharle; luego se

acercó mas á su interlocutor...

—Se trata del niño, dijo.

—Ah! exclamó Johann, que puso toda su atención y curiosidad; ¿con que tenéis noticias?...

—Está en París.

—Bien os lo habia yo dicho.

—Amigo Johann, no os envanezcáis... por esta vez no habeis hecho bien nuestra ronda... ¿Qué me habeis dicho? Nada... Y sin embargo, ya hace mucho tiempo que el jovencillo está entre nosotros, y seguramente que es el diablo si vuestros camaradas alemanes no saben nada.

—Puedo aseguráros...

—Corriente!... no tengo la menor duda de vuestra adhesion... pero estais cierto de que esos brutos alemanes no han concebido alguna sospecha?

—De mi?... exclamó Johann. Vaya, vaya!... me creen tan impregnado como ellos de la memoria de Bluthaupt... Cuando nada me han dicho, claro es que nada saben...

—Tanto mejor!

—Pero como habeis sabido?...

—Ese es otro asunto, y su historia seria larga. Lo importante es lo que hemos sabido, en lo cual no nos queda la menor duda... hay mas,.. como la diligencia es la madre de todas las virtudes, hemos empezado á maniobrar desde el primer momento, y jugado

la primera partida.

=Y la habeis perdido?

=Teníamos buen juego! dijo el caballero con un acento de pena, pero la contra fué mala .. El jóven se portó muy bien, y nosotros quedamos para sufrir mas.

Johann alzó los ojos sobre el caballero, y le hizo un gesto significativo.

=Buena cosa! exclamó con desprecio Reignauld, respondiendo á ese gesto. Vosotros pobres gentes no sabeis mas que dar punaladas... Eso es muy peligroso; amigo Johann, no uso ese medio.

—Cuando se quiere acabar, quiso decir el mercader de vinos.

=Cuando se quiere entrar en alguna parte, interrumpió Reignauld, no es absolutamente necesario echar abajo la puerta. Yo he encontrado un medio mejor que este... un buen desafio con un maestro de armas.

=Truenos! dijo Johann sofocado de admiracion, eso si que es famoso.

=No es muy malo!... pero el hombre propone y el diablo dispone... Se ha perdido la partida y ahora se trata de jugar mejor.

Estaban á la embocadura de la calle de Puits, separados algunos pases de las barracas del Temple, en las que reinaban el silencio y las tinieblas. Volvió el caballero á mirar en la oscuridad: las auras estaban desiertas: nada se agitaba en las sombras del de-

sierto mercado.

Por un exceso de precaucion, llevó á Johann al centro de la calle, igualando la distancia de las casas de la de Petit-Thouars y de los tenduchos del Temple: despues arrimó sus lábios á la oreja del mercader de vinos y volvió á tomar la palabra en voz baja.

Por espacio de dos ó tres minutos, habló sin detenerse.

Cuando acabó, Johann bajó la cabeza con aire de duda.

—Me comprendeis? preguntó el caballero.

—Nada mas claro, respondió Johann.

—Y bien?

—Y bien... lo mismo hay jueces en Alemania que en Francia... y yo no tengo mas que una cabeza sobre los hombros, señor caballero.

—Pues dejadlo! replicó Reignauld... conocéis el pais mejor que yo, y sabeis muy bien...

—Hay recursos, es verdad... pero ya veis, á pesar de mis cincuenta y siete años, todavía no tengo muchas ganas de irme al otro mundo.

—Quién habla de eso?

—Los hechos... Se han visto muchas de estas historias concluir muy mal, como sabeis muy bien... y yo creo que vale mas amontonar sueldo á sueldo por espacio de algunos años, que arriesgarlo todo en un golpe tan inseguro.

Aun no sabia el caballero si Johann rehusaba ó regateaba: le consideró con atención y trató de leer su intento en su fisonomía: pero la fisonomía triste y seca del antiguo escudero de Biuthaupt, era un libro cerrado.

Johann permanecía frio y silencioso: el caballero comenzaba á desesperar.

—Vais á rehusar? preguntó al fin.

—Por mi vida? señor caballero, replicó Johann que esto me causa mucho efecto... Si siquiera dijérais cuanto pensais dar!...

Reignauld se dió una palmada en la frente echándose á reir.

—Amigo Johann, dijo; sois el único alemán de talento que he encontrado en mi vida!... A no ser por vos olvidaba lo principal.

—Debeis tener unos cincuenta mil francos colocados en alguna parte, no es verdad?...

—Casi, casi.

—Pues bien! este negocio os completará los mil escudos de renta.... ya veis que no regateo!.... los demás serán pagados convenientemente y por vuestro conducto, lo cual os permitirá hacer quizás algun beneficio. Eso corre por vuestra cuenta.

El rostro del alemán no espresó ni alegría, ni ninguna otra emoción.

—Admito! dijo únicamente alargando la mano, hago el negocio.

CAPITULO II.

Lariffá.
—

Seignauld y su primer ministro Johann estaban ya perfectamente de acuerdo en el hecho principal, y solo quedaban las dificultades de ejecución.

Todavía se paseaban del brazo por la acera, charlando en voz baja y discutiendo lo fuerte y lo lazo de la empresa.

—Difícil es, decía Johann llevando al caballero hácia su taberna: todavía se encuentran en el Temple honrados muchachos que tienen preocupaciones... Para un negocillo en que no se tratase mas que de la policia correccional, yo conozco veinte sujetos muy capaces... la dificultad solo estaria en la eleccion... pero para un gran negocio, no los hay en el barrio... carece de este artículo... y bien conocéis, mi amo, que aqui no se puede dar un paso con ligereza.

—Ya lo creo! replió Reignauld: pero buscaremos.

—Buscaremos! buscaremos!... Cuando no hay, no hay... además, teneis esa picara condición de saber el aleman, que hace la cosa todavía mas mala.

—Bien veis que esto es indispensable...

—No digo que no.

—Es necesario que puedan aclimatarse en el pais, y hacer á la fuerza su papel de paisanos de Wurzburg.

—Sin duda, pero...

—Amigo Johann, busquemos.

Llegaban en esto á la puerta de la *Girafa*: Johann llevo al caballero al otro lado de la calle y se puso á contar con la vista los bebedores reunidos en su taberna.

A medida que su mirada pasaba de uno en otro meneaba la cabeza en señal de mal humor.

=Hé aqui tres o cuatro alemanes que harian nuestro negocio; murmuró: pero id á hablarles alguna cosa!... Hans Dorn. lo sabria esta misma noche, y mañana por la mañana vendria á mi casa el procurador del rey.

=Pero no podria comprarse á ese mismo Hans Dorn? preguntó el caballero.

Johann le miró estupefacto.

=Comprar á Hans Dorn! murmuró, es el bestia mas obstinado que pueda hallarse en el Temple. Muy rico sois, señor caballero, pero os arruinariais veinte veces antes de adquirir un solo pedazo de Hans Dorn!... Fuera de los alemanes no veo á nadie en mi casa que pueda conveniros... El tio Batailleur es un viejo picaro que ha ejercido los oficios, y que no retrocederia ante nuestro negocio; pero es un parisien de sangre pura, que jamás ha perdido de vista el cuartel de los inválidos, y que no sabe otra lengua que la gerga del Temple.

=¿Y ese gnapo chico? preguntó Reignauld señalando con el dedo á Hipólito que salia de la taberna, despues de haber echado sus veinticinco sueldos sobre el mostrador.

Johann se encojó de hombros enérgicamente.

=Ese, dijo, es un *currutaco* que gasta agua de colonia... y que va á chupar un monda-dientes en el boulevard para hacer creer que ha comido en casa de Desfieux.

Deffieux es el café de Paris de estos contornos.

Hipólito había agotado la lista de la Girafa: subía fieramente hacia los teatros, estirando su camisa y sus piernas para imitar á esos maniquies de los sastres que pueblan el boulevard de Gand, y que las gentes de buena fé toman por vástagos de los pares de Francia.

—¿Y ese muchacho gordo que charla con vuestra muger? preguntó Reignauld indicando al sobrino Nicolás.

—Esa es harina de otro costal, respondió Johann enderezándose con dignidad, ese es mi propio sobrino... un chico bien educado y que conoce el valor del dinero: él hará su fortuna... pero no soy yo quien quisiera engancharle para nuestro trabajo, señor caballero.

—Pero al fin, dijo este último, ¿qué hacemos?

Johann se rascó la frente por encima de su gorro, con aire formalmente embarazado.

—Malo es esto, murmuró; si siquiera estuviésemos allá abajo, detrás de Nuestra Señora, ó al lado de los Gobelins (1), no tendríamos mas que escoger...

—Vamos allá, dijo Reignauld.

—Ir allí!... Lo que es yo no me arriesgo

(1) *Fábrica de granas y tapices de Paris.*

tan lejos de mi establecimiento... Me conocen en el Temple y tengo aquí mis salidas francas; pero del otro lado del río he oído decir que están regimentados y que no es bueno andarles muy de cerca sin llevar su contraseña.

=Todo eso es un cuento, murmuró el caballero.

=Es muy posible, mi amo, pero tiene un baño de historia.

Reignauld dió algunos pasos en la acera, golpeando con el pie con impaciencia, luego se volvió bruscamente hácia Johann.

=Bien veo que el negocio no es acomodado, repuso. Y me admira, porque era una bonita ganancia: solo me resta pedirós que guardéis el secreto. Voy á buscar por otra parte.

=Esperad, dijo Johann.

=La cosa urge.

=La *Girafa* es un establecimiento muy bien provisto, y hay otros lugares en el Temple.... ya veis, mi amo, que no es el dinero lo que me detiene; pero no quisiera dejaros en el aprieto... demos una vuelta por la plaza de la Rotonda: yo iré mirando á las casas de mis cofrades, y eso quizás me dé alguna idea.

Tomaron la calle de la Petite-Corderie, y desembocaron, despnes de dar algunos pasos, en la plaza de la Rotonda, delante de la ca-

sa de Hans Dorn.

=En *el Elefante* y en *los dos Leones*, dijo Johann hablando consigo mismo, va la gente alta!... En el *campo de la Loba* tratan de amores... no quedan mas que los *cuatro hijos Aynon*.

=He oído hablar de ese sitio, interrumpió Reignauld.

=Ya lo creo... es un establecimiento muy cuco. Todos los que hacen atrevidos robos, se reúnen ahí todos las noches, y puede uno aviarse de pies á cabeza, y muy barato... Ah! mi amo, si esto estuviese ordenado, toda esa gente podría establecerse bien!... Conozco á muchos que hacen treinta francos en vestidos en el día... dónde? yo no sé; pero cuando vuelven por la noche á *los cuatro hijos* siempre traen dos ó tres pantalones unos sobre otros algun bonito chaleco en el bolsillo, y alguna corbata en el sombrero... Pero no hay que atenerse á esto.

—Y esa taberna está muy lejos de aquí? preguntó el caballero.

=Héla allí, respondió Johann señalando con el dedo una linterna amarilla suspendida ante un sombrío portal.

Hablando así continuaban andando y se encontraban al otro lado de la Rotonda al opuesto del mercado del Temple. Esta parte de la plaza que desemboca en las calles Forez y Beaufolais presenta de noche un aspecto

mas solitario y triste que lo restante del barrio.

No es por esto un lugar peligroso para el transeunte, á causa del cuerpo de guardia que se encuentra á algunos pasos de allí, en el rincon de la calle de Perceé; pero no obstante son muy raros los que pasan. Los faroles de gas colocados á largos trechos derraman una luz indecisa en las miserables y cerradas tiendas de la Rotonda: entre las columnas del sombrío peristilo véense algunos harapos mecidos tristemente por el viento: ninguna luz sale por las hendiduras de las puertas cerradas: ningun paso suena por el desigual pavimento. La mole del edificio de la Rotonda alza por un lado su óvalo pesado y sombrío: véense al otro las casas de indigente fisonomía en cuyos pisos bajos se apiñan las familias de los pobres chalanés.

—El portal oscuro señalado por una linterna, ocupaba mas ó menos el centro de estas casas. (1)

(1) *La taberna de los hijos Aymon existen realmente en los alrededores del mercado del Temple, con la especialidad que referimos; pero no está situada en la plaza de la Rotonda, y lleva otro nombre muy conocido en el barrio. Algunas razones de conveniencia, nos han impedido designarla de una manera mas precisa.*

Las luces reunidas de los reverberos y de la linterna iluminaban débilmente un cuadro de regular tamaño, en el que se veía sobre un fondo ahumado, cuatro hombres vestidos de dragones á caballo sobre una bestia que no tiene nombre en la Historia natural.

Estos eran los *cuatro hijos Aymon*.

Encima tenia el siguiente rótulo.

Comercio de vinos, cerveza y aguardientes.—Juego de villar.

Reignauld y Johann se pasaron en frente de la muestra á la sombra del peristilo.

—En el caso en que nos encontramos eso es lo que nos hace falta, dijo Johann; pero que me ahorquen si sé donde buscarlo!

—Cómo haremos para asegurarnos? repuso Reignauld; desde aqui no se puede mirar al través de los vidrios.

—En el momento en que el tabernero abria la boca para responder, oyóse en el peristilo por la parte del cuerpo de guardia, un paso lento y pesado. Al mismo tiempo se percibió por el otro lado de la plaza el acento de una famosa cancion, repetida á duo por dos voces masculinas, grandemente roncadas.

—Vámonos de aqui, murmuró el caballero, cuyo primer movimiento era siempre de prudencia.

—Diantre! dijo Johann en lugar de responder, me parece que conozco esas dos voces.

Las dos voces iban ahullando:

La ri fla fla.

La ri fla fla.

La ri fla! fla!...

El hombre que venia del lado del cuerpo de guardia, volvía en este momento la esquina de la Rotonda, y aparecía en las miradas de nuestros dos compañeros. Este era un pobre diablo vestido con un mal paletot gris, que iba encorvado y con la barba en el pecho.

En vez de seguir el peristilo, bajó á la plaza y se dirigió á la muestra de los *cuatro hijos Aymon*.

Cuando pasó por debajo del reverbero inmediato, pudo verse las grandes mechadas de pelo que se escapaban de su raído sombrero, y los pelos de su barba que cubrían como una máscara de piel leonada, la mayor parte de su rostro.

—Dónde he visto este hombre? preguntó de repente el caballero.

Johann le miró con sonrisa sardónica.

—Este hombre os ocupa mas que otros; murmuró, y mas de una vez me habeis hablado de él.

—Cómo se llama?

—En verdad que podría servir para uno de nuestros trabajadores... y de buena gana

seguramente, porque él se dejaría hacer pedazos por el hijo de Bluthaupt.

—Cómo se llama? repitió el caballero con creciente curiosidad.

Pero prosiguió Johann antes de contestar, pero se le hablará del diablo á quien creo su amo despues de cierta aventura que os he perfectamente conocida, señor caballero....

—Pero decidme su nombre!

—Se le hablará del infierno de Bluthaupt que vé todas las noches en sus sueños, y un cadáver tendido á la nieve, en el fondo del agujero que está sobre la travesía de Heidelberg...

—Será él?... dijo el caballero con balbuciente voz.

—Se le dirá que ha recibido el precio de la sangre, acabó Johann; y hará todo lo que se quiera... Este es el pobre Fritz, el antiguo correo de Bluthaupt.

Reignauld volvió la cabeza. Su respiracion era penosa y se puso pálido.

—Ya esto es menos, y siempre tenemos uno: replicó Johann, y á este sé yo dónde encontrarle... Pero por dónde diablos han pasado los que cantaban el Lariflá.

No se oían en efecto ni los pasos ni la voz de los dos cantores. En el momento en que Fritz desaparecia en el portal de los *cuatro hijos Aymon*. Johann salió del peristilo para echar una ojeada y vió á lo lejos, contra el

decrépito muro que cierra la plaza, en la esquina de la calle Dupetite-Touhars, dos sombras que se movían.

Al principio no pudo distinguirlas; pero al cabo de algunos segundos los movimientos silenciosos de las dos sombras, tomaron para él una significación. Las sombras se ocupaban en hacer una especie de toilette. Recíproca y fraternalmente ayudándose, se quitaban dos ó tres pares de pantalones que llevaban puestos.

Johann oyó desde lejos sus carcajadas sofocadas y sus dicharachos en voz baja.

—No los creía en Paris, dijo despues de un momento de duda; sin son ellos, truenos! es un buen negocio... ya tengo dos mil escudos de renta en el bolsillo!

Entretanto continuaban los dos hombres en su estraña gerga; cada uno á su vez, presentaban un pie á su camarada, que tiraba y aparecía un pernil de pantalon.

El despojado no se quedaba por esto sin calzones.

Esto se parecía, en verdad, á aquella escena grotesca del Circo Olímpico, en la que el Clown se quita dos docenas de chalecos sin llegar á quedarse en mangas de camisa.

Johann miraba con avidéz. Creía reconocerlos; pero dudaba todavía, porque aquellos á quienes acababa de aludir en su última frase eran dos pícaros de mucho mérito, por

lo comun muy prudentes, aunque temerarios en ciertas ocasiones.

No podia comprender porque corrian los inútiles riesgos de una toilette al aire libre y á cien pasos de un cuerpo de guardia.

—Gorro-verde y Blaireau no se esponen de esa manera pensaba: no es ese su carácter.. cuando agarran algunos pantalones, van á desnudarse á los *cuatro hijos*, y no en medio de la calle...

Pensando estaba de este modo, cuando uno de los dos hombres levantó la pierna un poco mas de lo necesario y cayó pesadamente. Su compañero que quiso ayudarle á que se levantára, perdió el equilibrio participando de la caida.

Entonces se armó una graciosa lucha sobre las inmundicias amontonadas junto á la pared. Los dos hombres rondaron en el polvo como bienaventurados.

¿Quién será mas esperto en asuntos de borrachera, que un tabernero aleman de los alrededores del Temple? Johann comprendió el sentido de estas risas.

Y de pronto se desarrugó su frente.

—Están bebidos, dijo alegremente, y á la verdad que en lunes de carnaval es muy justo que se beba despues de haber trabajado bien...

—¿Qué estais diciendo ahí? preguntó en voz baja el caballero de Reignauld.

El tabernero siguió el curso de sus inducciones diciendo:

=Es igual, aunque mejor los quisiera en un gabinete de los *cuatro hijos* que en esta esquina!... Esto redondea el negocio!... No hay mas que hablar; no se hallaria con quien reemplazarlos en todo el Temple... y si una patrulla me los agarra, serian perdido diez mil francos!... Pero si acabarán hoy?....

Escitada de pronto su solicitud, dió algunos pasos para prodigarles consejos prudentes.

=Johann! Johann! exclamó el caballero, que nada veía sino lo inesplicable de su primer ministro: será necesario que os acompañe?

En este momento se paró Johann. Los dos hombres acababan de levantarse vacilando sobre sus avinadas piernas, y cada cual hacia un lio de su botín.

Cuando acabaron se dieron el brazo, y dando traspies se dirigieron hácia los *cuatro hijos Aymon*.

—De cuando en cuando ensayaban una especie de baile y cantaban:

Ropa y pantalones,
Chalecos y calzones,
Nunca para los dos,
Ni largos ni cortos son.
La Riflá, etc.

De pronto resonaron en el umbral de la calle Perece, los fusiles de una patrulla que salia.

Johann se conmovió como un padre que teme la imprudencia de su hijo.

—Desgraciados! pensó, desgraciados!... Me los van á pillar!...

Los dos hombres á quienes él llamaba Gorro-verde y Blaireau, siguieron riendo y cantando siempre con sus lios debajo del brazo.

Reignauld comprendió al fin que Johann les acechaba y permaneció quieto apoyado contra una columna.

Entretanto, llegaba la patrulla al paso regular; Gorro-verde y Blaireau no veian nada y no se inquietaban por tanto.

Solo cuando tocaron al umbral de los *Cuatro hijos*, vieron á la fuerza armada á algunas pasos de distancia.

Johann hizo un gesto endiablado.

A la vista de los soldados se detuvieron los rateros un instante y se callaron desconcertados. Pero tenian el vino tercó, y en vez de irse se plantaron en el umbral, hicieron el saludo militar y entonaron con entusiasmo esta conocida coplilla cuyo autor, antiguo discipulo de la escuela-politécnica, la ha dedicado al ejército francés:

Para ser cabo de escuadra,
es preciso ser muy bruto.

pero mas de un animal
ha llegado á general!
Larifa, fla, fla, etc.

En seguida desaparecieron en el largo y negro portal lanzando en falsete el grito clásico de carnaval.

Temblaron todos los miembros de Johann y corrieron por su frente gotas de frio sudor.

El gefe de la patrulla, que justamente llevaba las insignias del grado de que hablaba la cancion se paró un instante debajo de la linterna de los *Cuatro hijos*. Sin duda se agitaba en él la cuestion de si perseguiria á los dos insolentes hasta el interior de la taberna.

Pero el carnaval tiene sus privilegios. Clemente y magnánima la fuerza armada, siguió su camino.

Johann respiró: tenia cien libras menos sobre el corazon.

—Ya hay tres!... esclamó volviendo hácia el caballero, hé ahí dos galgos que no se encontrarán mejores en toda la ciudad!

—Son tambien alemanes? preguntó el caballero pensando siempre en Fritz.

—El diablo sabe su pais, respondió Johann, lo que es cierto es que hablan aleman, porque yo he charlado muchas veces con ellos. . . Creo que en otro tiempo han recorrido las fronteras de la Alsacia.

El caballero retrocedió instintivamente.

==Y qué, exclamó Johann sorprendido con sinceridad, esto os causa miedo?... No creeríais que yo iba á cojeros el precio sin mas ni mas.

==Justo es... dijo Reignauld balbuciente.

==Diantre! ya se vé que sí, mi amo, añadió el tabernero, si hubiese salido que estos dos buenos muchachos estaban en Paris, no me hubiera hecho tanto de rogar cuando me propusisteis la cosa... pero yo los creia en los *baños* (1).

Reignauld hizo un ligero movimiento.

==A fé mia, que no os entiendo! dijo Johann. Buscáis, y cuando habeis encontrado, haceis el descontentadizo!

==Hay de todo; balbuceó Reignauld, disimulando cuanto pudo su repugnancia, estoy muy contento... pero decidme ¿quienes son esos hombres?...

==Son Castor y Polux, respondió Johann, que tenia cierta tintura mitológica... han hecho buenas pruebas y no son cobardes como la gente del Templo. Con dinero, tendreis de ellos todo lo que querais.

El jefe de la compañía se llama Malou, (a) Gorro-Verde, un recuerdo de Brest; el otro tiene por nombre Pitois, (a) Blaireau, al cual se parece... Una docena de veces han comparecido ante el jurado, y si yo los creia en los baños es por que la última condena fué á trabajos forzados perpétuos.

(1) *Especie de cárceles.*

—Por algun asesinato? preguntó el caballero.

—Justamente, replicó Johann; se habrán escapado, porque no creo que les hayan hecho gracia... En cuanto á lo que traigan por aqui á esta hora, me parece bastante fácil... ellos tienen trazas de estar reducidos á robar pantalones como los últimos de los últimos... En el tiempo en que yo los conocia, frecuentaban los mercados del Palacio-Real, y vendian sus productos al honrado Araby.

—Y no le han denunciado ante los tribunales? pregunto Reignauld.

—Ca! denunciar á Araby!... dijo Johann, el viejo es marrullero y seria perder el trabajo... Ahora, mi amo, hé aqui á nuestros tres hombres en el mismo nido... Puede ser que encontremos un cuarto entre la sociedad que se reúne en los *Cuatro hijos*... Esto es todo lo que se puede esperar para la cosa de que tratamos; os lo prevengo.

En rigor, respondió Reignauld, puede uno contentarse con cuatro... pero todavía falta uno... Quiero saber como hareis para encontrarlo?

—Es muy sencillo y vais á verlo... porque, pienso señor caballero, que no rehusareis, apoyarme con vuestra presencia en el paso que voy á dar con esos hombres?

Reignauld lizo un gesto enérgicamente negativo.

—Para qué! dijo; mi presencia no puede ser de ninguna utilidad.

=Perdonad, respondió Johann, contaba con ello!... y cuento todavía.

=Por qué razón?..

No le acomodaba á Johann decir la verdadera razón, que era comprometer todo lo posible á su patron y empeñarle irrevocablemente.

—La razón salta á los ojos, replicó sin vacilar, vamos á proponer buenas cantidades á Matou y Pitois... No vayais á creer que son novicios en estos negocios; nadie es mejor abogado que un ladrón!... Ellos saben que soy un pobre tabernero... y querrán garantías... vos podreis darselas.

El primer movimiento de Reignauld fué rehusar. Luego se puso á reflexionar: al cabo de algunos minutos sin duda, alzó bruscamente la cabeza y se volvió hácia Johann.

=Acepto, dijo; entremos.

=Bravo! exclamó el tabernero riendo; pero no estais en buen traje, y sería conveniente mandar de *taillette*...

=Cómo! volver á casa.

=Hasta la mia nada mas... yo sé lo que os falta; venid!

El caballero se dejó conducir sin decir palabra, y entraron en casa de Johann no por la taberna sino por la puerta de la calle.

Después de algunos minutos, pudo muy bien vérselos salir. Johann llevaba el mismo vestido, pero el caballero, en lugar de su castor brillante y de su hermosa capa, llevaba ahora un gorro y una blusa.

CAPITULO III.

Los cuatro hijos Haymon.

—

El comercio de vinos de los *Cuatro hijos Haymon* administrado por la viuda Taburot ocupaba la parte interior de la casa que hacia frente al punto central de la Rotonda.

Los profanos entraban y salian por el negro portal abierto sobre la misma plaza; pero los parroquianos privilegiados que tenian la confianza de la viuda Taburot conocian otra salida, y sabian que podrian en caso necesario ganar la calle Charlot por la casa vecina.

Entonces como ahora habia muy pocos entre los parroquianos de los *Cuatro hijos* que fuesen indiferentes á una comodidad de esta especie. En efecto hace mucho tiempo que este establecimiento es especial y que no se conocen en él sino industrias escéntricas y peligrosas. Entre los que le frecuentan unos son vagos pura y simplemente, otros estafadores, otros con el pretexto de vender contrasenas esplotan las avenidas de los teatros; otros en fin son esos *desgraciados marinos* salvados de un naufragio, que os ofrecen navajas de afeitar de Inglaterra: bastante bien afiladas para cortar un cabello al aire. Los mas paros proponen en sus buenos momentos bastones con puños de plomo ó cadenas falsas, á los paseantes de los boulevares. Los que son aficionados á las cosas del campo, ofrecen el olivo bendito el domingo de Ramos: el precio de esta verdura santa queda siempre en misterio, pero su despacho es excelente y dá un pretexto para estar en la espesa multitud que invade las puertas de las iglesias:

Esto basta, con tal que se tengan las manos listas y una buena conciencia.

En fin, hay mil variedades de jugadores de manos, unos tolerados por la policia, otros severamente prohibidos.

Allí encontrareis al hombre vestido de blanco que ya habreis visto en Secaux, en Meudon y en las fondas, y que invita graciosamente á los amantes del juego á cubrir los ruedos de su

mesa con tejos de hoja de lata; allí se citan estos banqueros pérfidos que con el pretexto de vender almendrados resucitan la ruleta á la faz del cielo devorando el dinero de los tontos.

Es en fin aquí donde se encuentran estos terribles escamoteadores, azote de las calles pequeñas del barrio de san Antonio, que despojan á golpe seguro al cándido trabajador en el ingenioso juego del tirlibibi.

Todos estos son tanto mas ásperamente perseguidos por la policía cuanto que su banca no admite cobre; no juegan sino monedas de cinco francos como en Fracarti; y el aumento de las puertas no está ciertamente destinado á compensar los gastos de establecimiento, porque arman la partida en medio de la calle sobre la destruida copa de un sombrero.

Tres cartas que saltan una por cima de otra con una rapidéz mágica, una calle sombría, un dia sin sol, cuatro ó cinco compadres que vigilan en las avenidas, un tonto y un tuno, tales son los ingredientes del noble juego del tirlibibi.

Pero el trabajo mas universalmente festejado en los *Cuatro hijos Aymon* es el robo de vestidos y telas: la vecindad del Temple dá á este comercio una importancia muy satisfactoria. Un buen negociante de los *Cuatro hijos* puede surtir él solo dos tenduchos de trapeeros; si sabe arreglarse encontrará una señora que honra con su confianza á todos los

almacenes de novedades á un tiempo, y que lleva debajo de su manteleta una multitud de generos para el barrio de las *frivolidades*.

Estas damas son muy bien portadas y distinguidas, lo cual no les impide embriagarse por las noches con aguardiente; de cuando en cuando los periódicos citan una ó dos que se hacen arrestar, pero esto es raro; ellas son listas, prudentes ejercitadas, y la habilidad de sus manos hace todos los años un buen artículo en el capítulo, ganancias y pérdidas de las tiendas de novedades.

Reconozcamos, sin embargo, que las verdaderas artistas de este género, las virtuosas, no frecuentan la oscura taberna de la plaza de la Rotonda. La eleccion de esta profesion amable indica seguramente cierta distincion de gustos y de maneras. La mayor parte de las damas que lo practican, desean hacerse condesas de cualquier cosa, y ver el gran mundo.

A algunas se les ha visto dar bailes y patrocinar obras de beneficencias. Con una poca de fortuna, pueden morir muy viejas, en muy buenos lechos y rodeadas de una familia muy honesta...

El comercio de vino de los *Cuatro hijos Aymon* no tenia ni por pienso la misma fisonomia que las otras tabernas de los alrededores del Temple. Para llegar á él, era preciso atravesar primero el portal negro y luego un

corredor fangoso donde se elevaban dos señadores enrejados de madera carcomida.

Este era el jardín.

Tenia por sombrero en toda estacion un pequeño ciprés amarillo, muerto muchos años, y un tiesto de albahaca que servia para las preparaciones culinarias de la viuda Taburot.

Saliendo del jardín se bajaban tres escalones y se entraba en una gran sala donde estaba un villar con tronera, un tapiz ennegrecido y grasiento.

Esta sala tenia por adorno tres cuadros que contenian inscripciones rodeadas de muchas rúbricas.

Una de estas inscripciones decia: *Aquí no se fuma cuando hay señoras*: una de las otras dos era un código manuscrito de las reglas del villar.

A la izquierda de esta pieza de entrada se hallaba una sala ancha, situada igualmente sobre el suelo del corredor. Allí estaba la viuda Taburot detras de un mostrador, rodeado de una barandilla de cobre y cargado de una multitud de frascos de licores. Allí se vendia el vino por medidas pero en jarros de vidrio, lo cual hacia que se pareciese mas á un fumadero oscuro que á una taberna ordinaria.

La viuda Taburot era una mujer de mas de cincuenta años, de digna y baronil fisonomía: los mas antiguos parroquianos se acordaban de haberla visto siempre en el mostrador de los

Cuatro hijos Aymon: ella sin embargo pretendia ser viuda de un capitán de la guardia imperial, en fé de lo cual tenia un retrato del emperador en su alcoba.

Cuando hablaba de Napoleon, decia: *el otro*.

Tenia opiniones políticas, un gorro con grandes cintas de un gusto infernal, y mucha afición por el aguardiente.

Era por lo demas una muger grave, y á la altura de su posición social; en las muchas ocasiones en que la policia habia tenido que hacer en su casa, habia reclamado tan hábilmente su cualidad de viuda de un antiguo militar, y habia demostrado una conducta tan firme y al mismo tiempo tan sumisa, que siempre habia salvado su establecimiento.

Inspiraba á sus parroquianos un afecto mezclado de respeto; y si alguno de ellos le hubiese llevado alguna cosa robada, de cierto hubiera encontrado algun escondite donde ponerlo en seguridad.

En el momento en que entramos en los *Cuatro hijos*, la viuda Taburet leia un folleto contra los jesuitas, en un periódico que se alimenta de frailes; acentuaba esta lectura incisiva, y vevia á traguitos un aguardiente muy fuerte que habia hecho poner en una tasa por decoro.

Estaba tan fria y tranquila como bulliciosos los que la rodeaban. El personal de los *Cuatro Aymon* estaba esta noche muy completo; ha-

bia habido festin, y se trataba de dar un baile.

Las mesas de madera, imitando á mármol, habian sido arrimadas contra las paredes, sobre las cuales se habian puesto los bancos, y el centro de la sala presentaba un espacio bastante ancho para formar las cuadrillas.

Mad. Taburot no habia permitido semejante extraordinario, pero no lo habia prohibido tampoco.

Estaban bailando; el villar, abandonado, mostraba tristemente su pelado tapete á la humeante luz de dos lámparas; nadie se extravíaba en el jardín á la sombra de la albahaca; todo el mundo estaba en la sala, todo el mundo reía, todo el mundo cantaba; nadie hubiera encontrado en todo Paris á semejante hora una reunion tan alegre.

Habia sin embargo entre esta licenciosa asamblea un hombre sentado.

El tal hombre estaba al extremo mas solo en un lugar donde no importunaba á nadie. Tenia á su lado una botella de aguardiente, la que agotaba, por decirlo así, sin descanso.

Era Fritz, el antiguo correo de Bluthaupt. Aquí venia todas las noches y bebia; bebia hasta que la embriaguez lo echaba por tierra vencido. Nunca dirijia la palabra á alma viviente; tan solo cuando el aguardiente encendia su cerebro, veíanse moverse con lentitud sus lábios y echar al aire algunas palabras perdidas.

Si no hubiera sido tan sinceramente borra-

cho se le hubiera visto con malos ojos en la taberna de los *Cuatro hijos*; porque nadie le conocia á fondo, y nunca habia puesto bajo la guardia de la Taburot ningun objeto robado.

El era una mancha en la asamblea; pero en definitiva podia muy bien dispensarse cualesquier vicio á un hombre que bebía tanto.

Fritz estaba casi á la mitad de su botella de aguardiente. Habia puesto á su lado sobre la mesa su sombrero viejo y deforme; el centro de su cabeza estaba cubierto de algunos pelos tostados, mientras que grandes mazas de cabellos incultos se estendian al rededor de sus sienes; su barba larga y sembrada de pelos blancos caia sobre su débil pecho.

Tenia la cabeza baja.

Cuando la levantaba para llevarse el vaso á los lábios, temblaba su mano y chocaba aquel contra sus dientes. En su mejilla pálida y hundida veíase una mancha de fuego producida por una lenta enfermedad y la embriaguez naciente.

Veíanse sus ojos aletargados y hundidos por su delgadéz que no tenían ya ni brillantéz ni expresion.

Contemplaba absorto el tropel que le rodeaba; despues volvia á inclinar la cabeza mientras que un murmullo confuso se deslizaba por entre sus descoloridos lábios.

Parecia no ver nada de lo que pasaba en rededor de si, ni oír tampoco los alegres clamo-

res que hacian resonar la sala.

Los parroquianos de los *Cuatro hijos* hacian lo mismo con respecto á él, y no se tomaban el menor cuidado en observar su pésimo humor; allí no se pensaba en otra cosa que en hacer lo mas grata posible la velada del lunes de carnaval.

Habia allí toda clase de trajes; lo que Johann el mercader de vinos habia dicho al caballero de Reignauld para que cambiase el suyo, no era rigurosamente exacto. Los elegantes vestidos de caballero, llevados por uno de los parroquianos del establecimiento no hubieran llamado la atencion, porque toda vestimenta era buena para estos atrevidos industriales. Entre las blusas que hacia la mayor parte de la reunion, veianse mas de un vestido negro y mas de un gabán elegante: sin embargo, Johann habia tenido razon: un desconocido ataviado con esmero, debia necesariamente escitar en este lugar la atencion y la desconfianza.

Por otra parte, el caballero era un personaje muy conocido en el Temple para no encontrar algun traperero que estuviese á punto de verle, y Johann no queria que fuese reconocido así por todo el mundo.

Si habia diferencia en los vestidos de los hombres, mas disparatados aun eran los de las damas. La misma tanda reunia alguna obesa madre con su pañoleta á cuadros y su pañuelo de cotonia en la cabeza, alguna rozagante costure-

ra, y alguna gran señora que parecia escapada de algun ministril del barrio Saint Honore.

Y todo esto vivia en perfecta inteligencia; la gran senora tuteaba á su comadre, la que le correspondia con todo su corazon.

No será necesario decir que el baile era un poco desordenado; sin embargo, no salia mucho de los limites impuestos á los aficionados á los bailes públicos por la inteligente autoridad de los municipales; los gestos se moderaban por respeto á la magestad de la viuda Taburot que interrumpia de cuando en cuando su lectura para beber un trago de tisana con rom y repetir con voz régia,

—Tratad de no hacer bestialidades!

Esto dicho, volvía á reflexionar sobre su antiguo diario.

Bien lo hacian las costureras á la sordina, y los *caballeros solos* añadian algo de nuevo y agradable á lo pastoril; pero en suma todo esto era menos pronunciado que esos lindos bailes del Prado y de la Chaumiere donde los buenos padres de provincia envian á sus herederos durante los diez meses del año escolástico. La orquesta se componia de Malou, *alias* Gorro-Verde, y de un Piladéz Pitois llamado Blaireau.

Pitois tocaba el biolin; mas aun, soplaba en una bombardá, (1), recuerdo de la Bretaña

(1) *Especie de oboé pequeño con siete agu-*

que había traído de los baños de Brest.

Como ambos estaban medios borrachos y no querían privarse del placer del baile, tocaban y saltaban como unos bienaventurados sacando de sus instrumentos inauditos sonidos.

Era este un concierto de ladridos y rechimientos capaz de hacer saltar el timpano de un sordo-mudo.

El acompañamiento de las roncadas cuerdas y la voz aguda de las damas hacia un extraño conjunto con estos tiple diabólicos.

Pero los honores del concierto eran para el instrumento breton cuyos gangosos gemidos dominaban á todos los otros.

Malou sacaba de él un partido excelente; soplabá con todas sus fuerzas y bailaba al mismo tiempo; sus sienes sudaban gruesas gotas, y cuando le faltaba el aliento metía en su ancha boca para refrescarse el gollete de una botella de rom.

El tal Malou era un mozo bastante noble. Podía tener treinta y cinco años; su ancha frente estaba rodeada con profusion de cabellos cortos y rizados; su tez era morena, sus ojos negros y brillantes y su boca dibujada con firmeza. El conjunto de su rostro cuya espresion se dulcificaba en este momento con la sourisita de la embriaguéz, anunciaba un atre-

geros, que acompaña á la gaita en las fiestas de la baja Bretaña.

vimiento vivo y cierta franqueza. Bailaba con una linda chica de quince años con una carita muy desvergonzada, á quien él llamaba boton de oro.

Su camarada Pitois llamado Blaireau no se le parecia en nada. Tan listo como era Malou, tan torpe se mostraba este en todos sus movimientos. Estaba negro como un topo y le caian hasta las cejas mechones de aplastados cabellos. Tenia sin embargo cierta alegría en sus pequeños ojos movibles; pero el todo era de una fisonomia repugnante, y cuyo solo aspecto inspiraba desconfianza.

Pitois tendria unos cuarenta años.

Era el caballero de una hermosa y gran señora que llevaba una manteleta de terciopelo y un sombrero de plumas y que bailaba el cancan con un entusiasmo singular.

Esta hermosa muger era conocida con el nombre de duquesa.

Con las mercancías que habia robado en su vida ocultándolas unas veces debajo de su manteleta de terciopelo, otras debajo de su chal de la India hubiera podido montar un soberbio almacén de novedades.

Malou y Pitois no se habian separado nunca; en otro tiempo se engancharon juntos como soldados desertándose de la compañía: habian trabajado juntos en los caminos y en las calles, juntos habian estado en la cárcel, juntos tambien en presidio, juntos tambien

se habían escapado: conociéndose en la felicidad y en el infortunio, se amaban.

Y cosa rara, la amistad, este sentimiento que los poetas han hecho fastidioso á fuerza de cantarlo, se encuentra muchas mas veces entre los bandidos que entre las gentes honradas. Malou habia puesto mas de una vez su pecho entre Pitois y el puñal; Pitois habia cedido á Malou una muger á quien ambos amaban, y habian fingido una enfermedad ni mas ni menos que un héroe de novela.

Estaban tan mal el uno sin el otro, que Pitois se habia dejado prender adrede cuando Malou estaba en presidio.

Inutil es añadir que su peculio era comun. Sin embargo la igualdad no era completa y Malou era el gefe de la asociacion. Es notable que entre los malhechores la consideracion se adquiere en razon directa de la culpabilidad; un simple ladron no vale la cuarta parte de un asesino.

Las mugeres los querian y los hombres los respetaban hasta ser envidiados. Eran los héroes, los incomparables; Gorro-verde sobre todo parecia un Dios.

El baile estaba en su mayor periodo de alegría, cuando Johann y el caballero atravesaron de nuevo la plaza de la Rotonda y entraron en el oscuro portal.

CAPITULO IV.

El Amor.

—

Mucho se estrañaba el pobre caballero con su nuevo traje. Estaba tan descontento como un pavo á quien hubiesen cortado la cola. Los papeles habian cambiado; ahora parecia el criado su factotum á quien seguia paso á paso con oido atento y ademan sumiso.

Johann entró el primero en el villar que atravesó como un hombre que conoce el terreno. Reignauld estuvo á punto de romperse la cabeza bajando los tres escalones estrechos y resbaladizos.

—Oh! oh! dijo el mercader de vinos dirigiéndose á la segunda sala, qué diantre de conciliábulo es este?

Desde la puerta de la calle habian escuchado los sonidos estridentes del violin y de la bombardá.

A pesar de la tarjeta colgada en las paredes del villar y que prohibia fumar delante de las damas, todos los danzantes tenian la pipa en la boca. Llegando Johann y el caballero al umbral de la sala, no vieron otra cosa que una masa de humo gris en medio de la cual se agitaba un movimiento confuso.

Y de esta bruma espesa salian gritos extraños, el ruido de los zapatos que herian el suelo, risotadas, canciones, los acordes falsos que ahullaba el violin y las notas enroquecidas de la bombardá.

El caballero miraba con la boca abierta por encima de los hombros de Johann; creia que soñaba, causándole todo el efecto de una pesadilla fantástica y tenia miedo.

Ya no era tiempo de arrepentirse de ha-

ber aceptado la proposición de Johann. Muchos motivos le habían arrastrado en el primer momento; primero el poderoso interés que tenía en reparar todo lo posible el chasco del desafío; y luego un sentimiento pueril que era inherente á su naturaleza de viejo niño.

Se había presentado ante el baron de Rodach un hombre de recursos, intentando hacerle concebir una alta idea de su destreza. La superioridad del baron le humillaba y experimentaba con anticipación un placer singular á la idea de pavonearse ante ese extranjero que se proclamaba tan orgullosamente necesario.

Este pensamiento le había arrastrado mas que su interés; no podía resistir á la esperanza de sorprender á su vez al baron y decirle: hé aqui lo que he hecho!

Por un instante su cobardía se había trocado en temeridad; había cerrado los ojos y echado adelante sin reflexionar.

Ahora cavilaba, y Dios sabe los terrores que castigaban su pasagera jactancia!

Alli estaba detras de Johann y sentia el frio circular por sus venas. El mercader de vinos, para completar su disfráz, le había puesto una venda de seda negra sobre el ojo izquierdo que ya estaba mojada de sudor.

Todavía para mas precauciones, Johann habia pretendido que se quitase su peluca rubia y que se presentase á los *Cuatro hijos* con la cabeza al natural, pero Reignauld habia defendido con encarnizamiento su tupé.

Johann no insistió mas en ello.

—Hay baile, murmuró el meccader de vinos con aire de mal humor; cómo haremos para hablarle con esta algaravía?...

—Vámonos, fué la opinion del desgraciado caballero.

—No!... quien sabe si los encontrariamos mañana!

—Te doy las gracias, señora duquesa, se decia detras del humo del tabaco.

—Blaireau! un rato de Polka para concluir!...

—Abi và Gorro-verde que lleva á Boton de oro balsando con un brazo... y que toca con la otra mano .. *viva Enrique IV!*...

—Ah! el demonio es ese Gorro verde!...

Luego se oian voces de mujeres:

—Llévame de ese modo Loiseau!

—Llévame así Luisito!

—Y por las dos manos si quieres.

Pero Loiseau y Luisito no eran tan fuertes como Gorro-verde, y sus damas pesaban dos veces mas que Boton de oro.

En la mas fuerte...

campana del mostrador, y la voz áspera de la viuda Taburot pronunció las palabras sacramentales...

—Tratad de no hacer bestialidades...

La contradanza acababa; hubo intenciones de obedecer á la viuda del Guardia imperial y calló la orquesta.

Abiertas en este momento las ventanas para refrescar la sala, despejóse la nube de humo; el caballero pudo abrazar entonces toda la escena de una ojeada: pero al mismo tiempo, su cabeza que salía por cima del bombro de Johann, fué vista desde el interior.

—¿Quién es ese? exclamaron de muchas partes á la vez.

—Calle! dijo Boton de oro; esa cara!... tiene una venda sobre el ojo... muy bien puede ser el Amor.

Esta palabra fué cubierta de aplausos. En un abrir y cerrar de ojos el pobre caballero se vió arastrado á pesar de los esfuerzos de Johann, y como enclavado en una apretada masa de curiosos.

Todos le miraban con descaro y las pullas se cruzaban. El caballero había perdido pie...

—Oh! qué cabeza! que cabeza! dijo Malou examinándola con admiracion, lo menos

tiene setenta y cinco céntimos de blanquillo y de bermellon en las mejillas!...

—Es menester ponerlo sobre una mesa, añadió Boton de oro, y se dará un sueldo por ir á mirarle desde cerca.

Dicho y hecho. Hubo un movimiento en el corro, y el caballero, sin saber cómo, se encontró levantado dos ó tres pies por cima de la multitud. En el tránsito una mano mal dirigida ó pérfida le habia arrancado su casquete y su peluca al mismo tiempo; de manera que la venda negra colocada en diagonal dividia ahora su afeitada cara y su cráneo desnudo como una rodilla.

La asamblea pateaba de alegría y ahullaba.

—Este es el Amor! el Amor!...

Nunca se habian divertido tanto en los Cuatros hijos Aymon. La farsa llegaba á punto entre dos contradanzas; esto era como una atencion delicada de la casualidad que habia escogido un buen momento para hacer un intermedio.

El bullicioso tumulto iba aumentándose sin cesar: cada uno decia su cosa alegre ó grotesca; las damas no podian mas de tanto reir y se apoyaban desfallecidas en los brazos de su caballero.

—La viuda Taburot, á pesar de sus respetables cualidades y de la deferencia que ins-

piraba por punto general á sus parroquianos ya no era dueña de la situación; esta vez era en vano que agitase la campanilla de su mostrador ni mas ni menos que un presidente de una asamblea deliberante; en vano era que inflase su seca y ronca voz para arrojar en medio del estrépito su famoso:

==Tratad de no hacer bestialidades...

Nadie le escuchaba; las risas se cruzaban con las pullas: hombres y mugeres, danzantes y no danzantes, todos se habian reunido en un sólido grupo que apenas ocupaba la cuarta parte de la sala y se apretaba al rededor del desgraciado caballero Reignault.

Este descansaba siempre sobre la mesa que le servia de pedestal, se encogia su obesa y corta estension y el ojo que tenia libre permanecia tímidamente bajo; no se atrevia ni á chistar ni á mirar aquella multitud cuyos clamores burlescos llegaban hasa su oido aumentados por su propio terror y lamentos de amenazas terribles.

Desde que lo habian agarrado de improviso en la puerta del villar, para llevarle cautivo en medio del grupo no habia pronunciado una palabra; ya no se daba cuenta de lo que pasaba en derredor suyo, el miedo le sofocaba, no tenia una gota de sangre

en sus venas, y las dos filas de sus postizos dientes chocaban una contra otra con peligro de desarraigarse. Su angustia era la interesante y muda de estas desgraciadas víctimas que los indios canibales insultan antes de devorarlas.

Y esta angustia causaba justamente la alegría de aquellas damas; no podían menos de admirar la cabeza de este hombrecillo, calva como un huevo, y emplastada desde la frente á la barba; la venda negra inclinada coquetamente daba á su fisonomía el último rasgo.

—Serían necesarias unas alas de mariposa, decía Boton de oro acercándose á él todo lo posible.

—Mozo! gritaba la duquesa, un carcax para el Amor!...

Y estallaban nuevas salvas de risa.

Separado violentamente Johann de su patron pretendía unirse á él y echaba acá y allá en su favor las súplicas que se perdían en el ruido, pero no se ponía roneo por gritar muy fuerte, y de cuando en cuando aparecía en su cara ceñuda una sonrisa malvada. Encontraba buena la farsa y le alegraba sinceramente el miserable estado de su amo.

Aparte de la viuda Taburot que se indig-

naba de no ser escuchada, y cuya cólera se encendía detrás de su mostrador, no había en la sala más que un ser que permaneciese indiferente á la común alegría: Fritz estaba siempre inmóvil en su rincón, la vista apagada, la cabeza baja y la mano sobre su botella de aguardiente.

Nada había visto: risas y dicharachos habían pasado como un ruido sordo en derredor de sus orejas.

Pero en este momento hubo un pataleo general mezclado de aplausos y de clamores tan agudos, que Fritz saltó como un hombre que despierta.

Levantó la cabeza lentamente y paseó en derredor suyo estupefactas miradas.

Cuando sus ojos se fijaron desde lejos en el rostro del caballero que se alzaba por encima de la multitud, corrió por todos sus miembros un fuerte estremecimiento.

—Siempre! siempre!.. marmuró tapándose el rostro con las manos. Por todas partes me sigue... quería beber pero bien veo que no puedo olvidarle!

Botón de oro era la que había hecho estallar esta última explosión de alegría. La desvergonzada y atrevida niña había conseguido romper el grupo, y de un salto se había puesto sobre la mesa cerca del caballero.

Malou estaba en el suelo dispuesto á servirle de compadre.

Boton de oro tomó una posición de bailarina y permaneció inmóvil, acariciando con una mano la barba del caballero y suspendiendo con la otra como dos pulgadas sobre el cráneo calvo de Reignauld su deplorablemente desgarrada peluca.

Malou desde el suelo enseñaba este grupo con un taco de villar y decía con el énfasis de la personas que *esplican* los gabinetes de cera.

---«Cuadro sacado de la mitología... Psiquis encontrando la peluca del Amor...»

Alentada Boton de oro por el éxito que había obtenido y que se traducía por una hilaridad convulsiva de la asamblea iba á pasar á otros ejercicios; ya brillaban con malignidad sus grandes ojos y no había razón para que la comedia tuviese tan pronto fin.

Felizmente para el pobre caballero, la alegría de Johann duraba poco tiempo aunque fuese de mal origen. Gozábase en la angustia burlesca de su patron por espacio de algunos minutos, y luego se daba por satisfecho.

Ocurriósele la idea de los diez mil francos lo cual era mas de lo necesario para volverle sério.

Atravesó la multitud á su vez dando codazos enérgicamente y se dirigió hácia Malou.

En este mismo instante trasportada de una indignacion legitima, la viuda Taburot dejó su trono y atravesó la sala para restablecer el órden y pronunciar el *quos ego* en medio de sus revolucionados parroquianos.

Socorrido así por dos lados, Reignauld no podia menos de recobrar su libertad; pero la ayuda mas eficaz no le venia de la dueña del establecimiento. La multitud estaba despacio y la viuda Taburot, no obstante la magestad de su gorro con cintas y del venerable diario que tenia en la mano, probablemente hubiera perdido su elocuencia.

Johann por el contrario solo tuvo necesidad de dos palabras; una la pronunció al oido de Pitois, otra al de Malou.

Pitois soltó el brazo de la duquesa, Malou recogió una burleta comenzada y tiró el taco de villar.

=Es indiferente, murmuró; haberlo dicho desde luego.

Y añadió volviéndose hácia Boton de oro:
...Oye chiquilla... se acabó la risa!

Boton de oro perdió al instante su atrevida risa, y bajó de la mesa con una docilidad de esclava.

Levantáronse algunas voces en la asamblea para protestar contra esta brusca conclusion.

—Silencio! dijo Blaireau.

Todo el mundo cayó.

—Ya sabia yo, dijo la viuda Taburot, que si dejaba mi mostrador, todo lo pondria en órden al instante: pero quién es este que viene á turbar asi un establecimiento pacifico?

Esto lo decia por el caballero de Reig-nauld á quien Boton de oro acababa de reintegrar en su peluca. Por establecimiento pacifico queria designar la propia taberna de los *Cuatro hijos Aymon*.

—Ya lo habeis visto bien, madre, replicó Malou. Ahora van al salon reservado... y en cuanto á este particular yo respondo.

A pasos lentos volvió la viuda Taburot á su trono.

Su amable diario le habia metido en la cabeza tantos jesuitas, que estuvo tentada por tomar al caballero por un terrible *socius* y á su blasa por una sotana. Esta opinion la hizo circunspecta, pues sabia muy bien que es peligroso irritar á estos hombres poderosos y socarrones que llevan el cólera en las mangas...

Unicamente dijo á manera de desquite.

—Tratad de no hacer bestialidades!...

Gorro-verde y Blaireau habian tomado al

caballero en brazos y sentádolo en un taburete. El caballero abrió su ojo tímidamente y echó á la redonda una mirada furtiva.

Johann que estaba detras, le dijo al oído:

--Esta es una broma: no demostreis estar enfadado... Ya tenemos á dos de nuestros muchachos, y esto bien vale la pena.

Trató de obedecer Reignauld é hizo todos sus esfuerzos para sonreir, lo que pudo conseguir apenas; pero el desgraciado tenia tanto miedo que quedó legible en su rostro y bajó de nuevo el ojo para no ver á sus perseguidores.

Malou y Pitois estaban sentados á su lado: Johann vino á hacer el cuarto.

--Madre! gritó Malou; vino de Jamaica de primera clase y lacrado... ligero!

Lleváronle una botella de rom: Malou echó un vaso y puso sin cumplimiento la mano sobre la rodilla del caballero.

--Y bien! querido, dijo, con que no os han gustado esas atrevidaelas? No hay sin embargo por qué amoscarse.

---No es menester apesarse por eso, añadió Blaireau poniendo su ennegrecida mano sobre la otra rodilla del caballero.

Este les miró sucesivamente.

---Hablemos en razon, repuso Malou.

---Eso es, interrumpió Blaireau.

--Si tu hablas algo, dijo Malou, echarás á perder la cosa.

Pitois hizo un signo de dócil asentimiento, y guardó un silencio modesto.

--Como iba diciendo, prosiguió Malou, el amigo Johann dice que teneis necesidad de dos *sin miedo* para arreglar cierto asunto, allá en Alemania... si se paga bien, nos acomoda... No es verdad, Blaireau?

Blaireau meneaba la cabeza con gravedad.

--Eso quiere decir que si, siguió Gorroverde traduciendo á Reignauld el movimiento de su hermano de armas; así es como habla Blaireau cuando se le suplica que calle... Esto está bien entendido, y en nuestra posicion no hay ningun inconveniente en hacer un viajito de salud al extranjero... Solo que es necesario convenir en el precio, estais dispuesto á pagarlo bien?

Todavía tenia que hacer algun esfuerzo Reignauld para reponerse de la conmocion que habia experimentado.

Johann fué quien respondió:

--El *amo* tiene muchos negocios y no tendreis de qué quejaros, muchachos... Decid el precio?

--Antes, papá Johann, seria bueno saber...

--Nada puede decirse de cierto hasta ver...

Eso será según la tardanza... tal vez esteis ocupados tres semanas, quizá veinte y cuatro horas... Se trata de un jovencillo que estorba...

---Y se le quiere suprimir? preguntó Malou.

---Justamente.

---Diantre!... Y para cuando es menester estar listo?..

---La cosa no se hará inmediatamente, pero se querría que fuéseis al país para acostumbrar á aquellas gentes á vuestras caras.

---¿Para que nos reconozcan luego! dijo Pitois haciendo una mueca.

Los dos amigos se miraron para consultarse.

Durante este discurso habian vuelto á sus ocupaciones los parroquianos de los *Cuatro hijos*, bebiendo, tocando, bailando y cantando en medio de la sala.

La viuda Taburot habia llegado á un lugar interesante, y lloraba á mares sobre su periódico.

CAPITULO VI.

Gorro-verde y Blaireau.
—

¿Qué dices tú, Blaireau? preguntó Malou despues de un prolongado silencio. Me parece esceleate lo que propone papá Johann.

...En verdad que no hay mucho tiempo que perder!...

— Veamos!

— Di lo que tú piensas, replicó el prudente Blaireau.

— Diantre...

— El caso es...

— Creo que si nos dán mil escudos à cada uno...

Johann hizo un movimiento brusco.

El caballero que empezaba à volver en si advirtió este movimiento y lo tomó por una enérgica protesta contra la exigencia de los dos compañeros: si hubiese alzado sus párpados hubiera visto hacer guiños à Johann mirando sucesivamente à Malou y à Pinois.

— Tres mil francos! exclamó este Nos toma por Daneses papá Girafa?... Tres mil francos por un viage tan largo entre salvajes!... Eso no es pagar... Es menester lo menos cuatro mil.

Johann volvió à guiñar el ojo.

— Entonces añadió Gorro-verde, pongamos cinco mil para hacer la cuenta redonda.

— Eso es mucho! dijo Johann que no quería abandonar su papel.

— Eso es lo que hay, replicaron los dos bandidos, haciendo al mercader de vinos una seña que quería decir: buen Johann, teneis vuestra comision aparte de esto...

Este no podia ceder tan pronto: discutió

todavía por fórmula por espacio de algunos instantes, y cayó al fin como un hombre fatigado da combatir.

—En definitiva, camaraditas, concluyó: yo no soy el dueño... si el amo quiere daros cinco mil francos á cada uno, eso á él le concierne.

El *amo*, que no deseaba otra cosa que marcharse, hubiera dado esa cantidad por verse llevado por magia ó de cualquier otra manera sobre los cojines de un coche.

Hizo un gesto afirmativo.

Maïou y Pitois tomo cada uno una mano del caballero.

—¡Venta consumada! exclamaron.

—¡Ah, ah, viejo Johann! añadió Gorro-verde; el amo no es ni mitad tan duro como vos. No está bien visto que hayais querido hacer el malo con buenos camaradas.

—Estaba encargado de los intereses del caballero, respondió modestamente el mercader de vinos; y ya sabeis que no soy hombre que deje de cumplir con mis deberes.

—Verdad es, exclamaron á un tiempo los dos ladrones.

Reignauld continuaba haciendo la mas triste figura del mundo. Su desventura le habia literalmente aplastado. Aquel sitio le pareció lleno de fantásticos peligros; estaba en la posicion de un hombre que se sintiera en equilibrio sobre un precipicio, y que no se atre-

viese á mirar ni á chistar.

La tranquila discusion que acababa de tener lugar á su lado no habia disminuido su turbacion, porque oia siempre detrás de si el raedor y amenazante murmullo que habia atollondrado sus oidos cuando representaba El Amor.

Durante el corto silencio que siguió á la conclusion de la venta, se atrevió á dirigir tímidamente una mirada hácia el sitio en que se encontraba Johann.

—Parece que no está contento el *amo*, dijo Malou.

—Creo que no le faltan ganas de *largarse*, añadió Pitois.

Johann se bebió el vaso de rom y se levanto.

—Esto puede concluirse dijo; entre gente honrada basta la palabra... Estamos conformes.

—Casi, casi, replicó Malou; falta que trinquemos como verdaderos amigos

Tomó el vaso lleno del caballero, y se lo presentó con gallardía.

—Mi *amo*, dijo, poniéndose el revés de la mano en la oreja, me atrevo á ofreceros una *gárgara*.

Reignauld mojó sus lábios en el vaso de rom.

—Y luego añadió Pitois con amable sonrisa, nos dareis la arras...

—Cuánto quereis? preguntó Johann.

—Poca cosa... una friolerilla para que partamos, de quinientos francos.

El caballero metió la mano debajo de su blusa y sacó del bolsillo de su paletó blanco una rica cartera con un brocheito de oro que abrió.

—Sus dedos temblaban.

Los dos desertores de presidio no tenían ojos bastantes para mirar la cartera.

Reignauld sacó de ella un billete de quinientos francos y se los dió. Pitois y Malou pudieron observar que el billete no estaba solo.

Se deshicieron dándole gracias.

—Hé aqui un buen amo!... exclamó Malou metiendo en su bolsillo los quinientos francos. No hay mas que decir... por él se dejaría uno picar para almóndigas!... no es verdad, Blaireau?

—Oh! ciertamente! dijo con unción Blaireau.

El caballero acababa de cerrar su cartera y se disponia á marchar, cuando de repente oyó tras de sí un chillido. A este grito siguió un profundo silencio.

Reignauld volvió involuntariamente la cabeza para ver.

La festiva multitud se habia abierto en dos filas dejando en medio una calle. Por ella se adelantaba un hombre vacilando.

Su barbudo rostro tenia la palidéz de la tierra y desaparecia casi enteramente entre los mechones de sus cabellos.

Detrás de este velo veíanse brillar sus ojos fijos con una luz sangrienta.

Estaba borracho y no se podia tener en pie; todo el mundo se inclinaba irónicamente á su paso y las mugeres se entretenian en tirarle de los pelos de su barba gris.

Nada de esto advertia él y continuaba su trabajosa marcha amenazando caerse.

—Aquí está Fritz, dijo Johann dirigiéndose á los dos ladrones; ponerle en un rincon y que duerma la mona de aguardiente...

—No acomoda que se vaya... tengo que hablarle esta noche.

—Podreis hablarle, respondió Malou, pero el diablo si responde, querido... cuando ha bebido su botella de aguardiente no sabe decir mas que una cosa: le he visto! le he visto!

—Eso nada importa; añadió Blaireau; por daros gusto papá Johann vamos á ponerle debajo del villar.

El caballero que se habia animado un poco con la esperanza de una prócsima libertad, estaba pálido de nuevo viendo acercarse al antiguo correo de Bluthaupt. Comenzaba á temblar.

Fritz estaba ahora á tres pasos de distancia de él. Tenia la cabeza inclinada, y proseguia trabajosamente su embarazosa marcha.

Reignauld habia intentado separarse para dejarle paso, pero sus piernas eran de plomo.

El antiguo correo de Bluthaupt dió todavia un paso, luego otro y se encontró frente á frente de Reignauld.

=Poneos en fila, Amor! gritó desde lejos la Boton de Oro.

Fritz levantó la cabeza en este momento para reconocer el obstáculo que le impedia el paso.

A la vista de Reignauld, su cuerpo se echó bruscamente hácia atras mientras que sus brazos se adelantaban como para rechazar una vision espantosa.

—Van á batirse, dijo una voz en el grupo.

=Van á darse de trompis!

=Gran combate de la Cuba contra el Amor! gritó Boton de oro aplaudiendo con pies y con manos.

—Tratad... comenzó la viuda Taburot.

Pero su voz fué sofocada por el naciente tumulto.

Tocadores, bebedores y danzantes habian dejado de nuevo sus puestos para ver de cerca esta lucha anunciada, y que seguramente prometia un curioso espectáculo.

Hizose un círculo formando las damas la primera fila.

Fritz y el caballero, colocados asi uno en frente de otro tenian en efecto las trazas de dos campeones que ván á venir á las manos;

pero considerándolos de cerca veíase en sus rostros un terror igual y llevado por ambas partes hasta la angustia.

Los párpados del caballero se bajaban con pesadéz y hacian fijar su mirada en el suelo. Fritz por el contrario tenia los ojos estremadamente abiertos, y sus dilatadas pupilas parecian querer saltarse de sus órbitas.

Miraba á Reignauld; su frente se arrugaba, sus lóbios temblaban convulsivamente y sus cabellos se erizaban en el cráneo.

—Será necesario llevarle? preguntó Malou á Johann.

—Al instante, respondió el mercader de vinos con frialdad.

Malou se volvió hácia Pitois.

—Atencion á la cartera!... murmuró.

—Bueno vá á estar esto; se decia entretanto en el grupo.

—Nos vamos á reir.....

—Diez sueldos por el Amor! propuso Boton de oro.

—Los llevo por la Cuba! respondió la duquesa.

Fritz echó en derredor suyo una mirada despavorida.

—Puesto que le veo aqui, murmuró con honda voz, este debe ser el infierno!...

—Vamos, dijo Boton de oro, sacudios co-

mo guapos chicos!...

—Vamos Amor!

—Vamos Cuba.

Fritz separó lentamente sus cabellos á los dos lados de su frente y se frotó los ojos como un hombre que despierta.

Un pensamiento confuso se agitaba en su cerebro lleno de tinieblas.

—El infierno! repetia. Todas estas gentes son condenados... y él, oh! el asesino maldito! Cómo debe arder su corazon!...

La multitud saltaba de impaciencia.

Fritz dió un paso adelante, y puso sus dos manos sobre los hombros de Reignald, que dió un terrible grito tirándose al suelo como si hubiese sido herido por un rayo.

Viendo caer al caballero, hicieron una larga aclamacion los parroquianos de los cuatro hijos.

—El Amor ha sido vencido, gritó la duquesa; me debeis diez sueldos Boton de oro.

—Poco á poco! replicó la niña; hé ahí á la Cuba que tambien cae!

En efecto, habiéndose apoyado Fritz con todo su peso sobre los hombros del caballero, le faltó el apoyo y se balanceó en equilibrio por espacio de un segundo hasta que cayó de boca contra el suelo.

Acometióle un sueño pesado y no volvió á chi-tar.

=Ya está roncando, dijo Johann á Malou; Guardádmele ahí en un rincón... Ahora hagamos desaparecer el amo... Ya es bastante con lo que se le ha hecho.

Los dos amigos á porfia se echaron á la vez sobre el caballero y lo llevaron en sus brazos. La multitud se habia interpuesto entre ellos y la puerta del villar; rompiéronla de tres codazos, y se encontraron al instante en el húmedo patio condecorado con el título de jardín.

Hubieran podido dejar allí al caballero, pero por lo visto querian hacer su negocio en conciencia. Le arrastraron á lo largo del oscuro portal y no le abandonaron sino en la misma plaza de la Rotonda.

=Buenas noches, mi amo! dijo Malou. Otra vez nos dareis propina.

—Sois unos ladrones! murmuró Johann al oído de Pitois.

—Me parece que habeis hecho buen viaje....

—Nada mas que la cartera, respondió Pitois.

—Tendré mi parte?

—Ver emos.

Johann volvió hácia el caballero y le ofreció

su brazo, del cual el pobre hombre tenia mucha necesidad.

=Atencion á Fritz! Gritó desde lejos el mercader de vinos á los dos perfectos amigos que ya estaban en el patio de los *Cuatro hijos*.

Entraron en la taberna y pusieron al correo sobre el villar, donde prosiguió pacíficamente su sueño.

En seguida se arrellanaron delante de su botella de rom con el objeto de hacer el inventario de la cartera.

—Buena noche! dijo Blaireau acariciando tres ó cuatro billetes del Banco de Francia.

—Y buen trabajo! añadió Malou. Lo que es yo estoy muy contento de trabajar en Alemania.

=Con el item de que el amo es un hombre que ciertamente no hará bancarrota!...

Johann habia dicho el nombre del caballero á los dos bandidos con el objeto de darles desde luego confianza y de abreviar preliminares.

En seguida se echaron dos ó tres trinquis uno sobre otro.

—Blaireau, dijo Malou; tienes tú quien pueda ser ese buen quien tenemos que hacer

—Algun boquirrubí

cerca al rededor de la muger del *amo*, respondió Blaireau.

—Si no es casado.

—Su querida entonces...

—Es posible... pero mas bien creo que es negocio de dinero.... la cosa costará bastante cara.... lo nuestro es bastante sin contar con lo de Johann que no creo que trabaje gratis...

—Lo que yo digo es que un hombre como el *amo* no tira asi como quiera mil napoleones por la ventana por el gusto de tener una muger para él solo.

Blaireau reflexionó un instante, y luego se echó de un trago su vaso de rom.

—Me es igual, dijo en seguida; si nos andamos con esto nunca acabaremos... se nos encarga un asunto; lo hacemos y esto basta... venga el violin!.

—Venga la bombardada!... replicó Gorro verde.

Levantáronse alegres de corazon y desahogados de conciencia como que eran unos honrados muchachos. Llenóse de nuevo la sala de cacofónicos sonidos. Blaireau tomó el brazo de la duquesa. Malou el de Boton de oro, y volvió á comenzar el baile mas alegre que nunca.

Ganaba entre tanto el caballero la taberna de la *Ciufa* apoyado en el brazo de Johann. —¡Estumbres! decía con tono lastimero creyendo que semejantes cosas

hacia creyendo esto, respon-

dió el flemático mercader de vinos.

—Creí que querian mi vida!... peligrosas criaturas! rostros de verdugos!...

—Yo no os habia anunciado un salon del faubourg Saint-Germain.

—Y ese espectro!... repuso el caballero estremeciéndose.

—El pobre Friz,... comenzó Johann.

El caballero se paró.

—Creis que me haya reconocido? preguntó.

—No os preocupeis por eso! respondió Johann encogiéndose de hombros; está borracho como un tonel, y cuando no lo está, está medio loco.... vamos, vamos, *amo*, hemos hecho esta noche buen negocio!...ya hemos encontrado á tres de nuestros hombres, y tengo esperanzas de atrapar el cuarto.

Al menos no habreis pronunciado mi nombre?

—No!... para qué?

—De veras?

—A fé de hombre honrado!

El caballero respiró libremente por la primera vez despues de dos horas.

Y subió sin la ayuda de Johann la tortuosa escalera que conducia á las habitaciones de este.

Cuando se quitó la blusa y el gorro para vestir su elegante trage, casi no le quedaba resto de su pasada emocion.

Todo resbalaba en su naturaleza versátil.

El caballero era como los niños que lloran

á lágrima viva y rien de todo corazon antes que sus ojos se sequen.

—El amor! murmuró principiando á sonreirse, la idea no era mala, palabra de honor, y esos tunos no carecen absolutamente de talento.

Se quitó la venda y arregló su peluca delante de un espejo.

—A pesar de todo, replicó, creo haberme conducido con bastante firmeza... muchas personas hay que se hubieran espantado con lo que acaba de sucederme.... Dios mio! puedo decir con verdad, Johann, que no he tenido miedo.

—Ya se vé, señor caballero.

Reignauld rehizo el nudo de su corbata y dió la última mano á su tocado.

Muy bien, repuso, no estoy descontento de la noche..... todo esto marcha..... y el diablo ha de ser si esta vez se nos escapa todavía ese chicuelo... buenas noches Johann... voy á hacer un poco la corte á la madre de mi pretendida... continuad ocupándoos del negocio, y si hay algo de nuevo ireis á mi casa mañana por la mañana.

El caballero tomó su carruage que le esperaba siempre delante de Santa Isabel.

Y viendo al cochero y al lacayo transidos de frio, tuvo la ocurrencia de decir para sí:

—Habrán creído estos picaros que he estado á gusto!

Johann despues de haber dado una vuelta por su establecimiento volvió á los *Cuatro hijo Aymon* para acabar su tarea y para saber sobre todo lo que le tocaba en el asunto de la cartera.

.

.

.

CAPITULO VII.

Hipólito.

Al salir de la taberna de la Girafa para ir á hacer la digestion á los boulevares, el brillante Hipólito pasó por delante de Johann y el caballero sin advertir en ellos. No era en los currutacos del Temple en los que podia pensar en aquel momento; habia comido

casi dos veces; revoloteaba en su mano su baston de puño dorado; su sombrero se inclinaba malignamente sobre su oreja, y chupaba su mondadientes con ese aire vencedor que indica á cien leguas las criadillas y el champagne. Solo habia comido mucha vaca.

Pero le gustaba mucho la vaca.

Marchaba á velas desplegadas sin tocar apenas el suelo.

=Poco antes de llegar á la calle Vendome detúvose de repente. Acababa de tropezar con un individuo que estaba parado en la acera, el cual se paró, dejándole paso con ademán humilde.

El tal hombre ni siquiera levantó su cabeza inclinada tristemente; tenia caidos sus brazos y nada se veia de su rostro por estar oculto bajo un deteriorado gorro, propio de los tocadores de organo ambulantes.

Como por instinto levantó Hipólito terriblemente su feroz baston; mucho valor é ideas de batalla se comprendian en una medida de doce sueldos; pero el baston de Hipólito volvió á caer sin haber herido.

El pobre diablo que continuaba su camino lentamente y con trabajoso paso, tenia todas las trazas de ir transido por el dolor; siempre reina el dolor fisico en estos barrios; en estas tortuosas calles no es raro encontrar algunos desgraciados vacilando con famélica agonía.

Hipólito se paró.

Un famoso romancero, el mas hábil de nuestros artistas, el observador inagotable que derrama mas filosofia en una plumada y mas genio en una sola linea que el que sería necesario para escribir un grueso volumen, ha inspirado á Garvani las siguientes palabras «el placer hace el alma buena!»

Hablando absolutamente este pensamiento es tal vez discutible, mas se convierte en axioma, si se aplica á los placeres del estómago, cuando el estómago funciona con facilidad y prontitud.

Todos los Hipólitos del mundo ya sean esposos de reinas ó queridos de alguna tendera están obligados á tener un estómago excelente. Esta es una de las cualidades mas indispensables de su empleo.

Habia comido razonablemente de la Batailleur, y gastado veinte y cinco sueldos en la Girafa. La Girafa dá muchas cosas por veinte y cinco sueldos!...

Hipólito tenia en este momento muy buen alma, y se dignó volverse para mirar al pobre transeunte. Reconoció en él á uno de sus antiguos camaradas de la niñez, un condiscipulo de la escuela mútua.

—Calle! calle! dijo para si, este es Juan Reignauld!... que zambullidas dá!... Y cómo separa á los hombres la diversidad de clases!... Beme aquí hecho un caballero; tengo una po-

sición; estoy bien vestido; tarde ó temprano debo hacer fortuna, esto es evidente. El por el contrario ha conservado su blusa y su gorro... pertenece aun al pueblo.... esto va en genios... pero es indispensable que haya plebe!

Hipólito como se ve, tenia la estofa de un moralista.

—Pero no importa, era antes un buen muchacho, añadió... tiene la facha graciosamente estropeada, tal vez tenga gusto en volver á ver un antiguo amigo...

Volviendo á bajar la calle de Puits dió algunos pasos.

—Eh! eh Juan! gritó, Juanito!... Qué serio pasas al lado de los amigos.

Juan Reignauld no oyó y continuaba su camino con la cabeza baja.

Hipólito corrió hácia él y le agarró por el brazo.

—Y bien! y bien! dijo, te has hecho sordo, Juanito!

Este se paró al fin y levantó los ojos admirado. Al pronto no reconoció á su compañero de escueta. La duda que mostraba hizo sonreír á Hipólito y le complació evidentemente.

—No me reconoces, chiquillo? dijo con tono protector y arreglando su descompuesta corbata; lo concibo, he crecido bastante. Y además es menester convenir en que he cambiado algo de maneras... pero no soy por es-

to orgulloso, amigo mio... venga un apretón de manos al momento!

La fisonomía de Juan Reignauld que estaba llena de tristeza, se animó por un instante; y estuvo á punto de sonreír.

Hipólito y él habian sido grandes amigos en otro tiempo.

=Cómo te veo tan engrande! murmuró él. Hubiera pasado cerca de ti, sin reconocerte!

El protegido de Mad. Batailleur acarició sus estrechos guantes y dijo.

=Lo creo!

Juan le examinó de pies á cabeza con una mirada.

=En los tiempos en que nos conocimos, Hipólito, añadió con un profundo suspiro, éramos muy felices.

Te encuentras bien? querido... Porque lo que es yo no.

=Es verdad, continuó Juan, lo que los unos sienten como una felicidad los otros tratan de olvidarlo... Se diría que te has hecho rico?

=Oh! oh! exclamó Hipólito, rico precisamente no... pero casi casi estoy á mi gusto.

=Estás empleado?

=Y en grande... pero de donde sales, querido, que no sabes que vivo con Mad. Batailleur?

=Ah!... prorrumpió Juan.

Esta exclamacion ni espresaba asombro ni

repugnancia. Juan Reignauld era un honrado muchacho, no tenia mas que buenos instintos; y el honor que él comprendia, sin saberlo, le hubiera preservado finalmente contra toda cosa vergonzosa; pero si encontraba el vicio en otra persona no le causaba sorpresa. Desde su infancia habia vivido en una atmósfera en que desconocida y falseada la moral se aceptan extrañas ideas, viendo á su alrededor la infamia admitida aun en el interior de su familia.

En Paris, las costumbres populares tienen esta organizacion; el vicio se acomoda tranquilamente y ocupa un buen lugar. Las palabras y las ideas cambian. Lo mismo que el honor mercantil tiene poca semejanza al honor caballeresco, de la misma manera la virtud se modifica y se transforma hasta llegar á ser en ciertas clases de nuestra sociedad un contra sentido repugnante y absurdo. Lo que aqui se entiende por virtud, es el vicio organizado, tranquilo, que paga su alquiler y dá su servicio.

El vicio legal que se manifiesta descaradamente, y que llega al monstruoso extremo de tener tranquila la conciencia.

Estas gentes profesan un evangelio de negacion: todo aquello que el código no castiga expresamente, es para ellos el *non plus ultra* de la moralidad. Y sin embargo, todavia discuten las amenazas del código que creen encontrar ciegas y severas!

El casamiento es para ellas una escepcion,

un lujo; se unen momentáneamente, y arrojan sin remordimiento alguno en las calles de París esa multitud de niños miserables que mas tarde vemos habitar los presidios, y figuran como actores en los drámas mas interesantes de los tribunales.

Esta clase no es el pueblo (Dios nos libre de decirlo;) pero forma una minoría inmensa en la capital de las luces. No viven en un barrio particular; se encuentran en todos, y pertenecen de nombre á todas las religiones.

Algunos, colocados en elevados puestos de la sociedad, profesan estas ideas por sistema, y llevan el nombre de filósofos. A lo menos el mayor número tiene la disculpa de la ignorancia y de la miseria.

¿Quién se atreveria á negar estas cosas? Ciertas familias ricas y acomodadas que llevan la pureza de la infamia hasta llorar como perdida la jóven que se hubiese casado con un pobre; mientras que citan con orguilo aquella otra que se pasea en carruage, porque su juventud fué aprovechada ventajosamente.

Esta oscuridad profunda existe hasta en el corazon de las madres.

De todos los barrios de París, el del Temple, que pertenece casi exclusivamente á todo pequeño comercio de amores y á toda otra clase de ganancias ilícitas, es ciertamente el que menos prevenido está contra la infamia y la inmoralidad; es pobre y tiene la vecindad disoluta de

los teatros de baja esfera; su marcha es la usura hereditaria, y la recompensa de sus trabajos es la orgía de la Courtille.

Sin embargo existe sin duda en el Temple un número considerable de personas honradas, pero su honradéz no puede tener *esos odios vigorosos*, como los llama Moliere; se acostumbran, se toleran y se admiten. El vicio no está en ellos, pero se rozan con él sin repugnancia y por necesidad.

Juan Reignauld pertenecía á una de estas familias en que de padres á hijos se trasmite por herencia la honradéz. Solo se habia cometido una falta en casa de estas buenas gentes, y la falta de uno habia sido cruelmente espiada por la familia entera. Pero los Reignauld tenian vecinos; Juan, desde su infancia, estaba acostumbrado á las historias del Temple. Sabia muy bien las mañas de aquellos traficantes: y no debia estrañar mas el ver á un jóven encalabrinado con la ya madura Mad. Batailleur, que mirar á una jóven en relaciones con un calavera de 50 años. Ambas cosas se comprenden en la escepcion de esta palabra, que tanto contento produce á los fabricantes de *vaudevilles*, y que es el mas impudente de los enfemismos: *un compromiso*.

Todo lo mas que puede decirse es que Juan hubiera muerto antes que degradarse hasta tal punto...

=Hé aquí mi empleo, prorrumpió Hipólito

acelerando el movimiento giratorio de su baston, beber bien, comer bien, dormir bien, buen vestido... de vez en cuando un espectáculo, el baile á discrecion y nada que hacer!

Diciendo esto miró á Juan para ver si le habia fascinado.

Juan, distraido un instante con el encuentro de su antiguo camarada, habia caido de nuevo en su sombría tristeza.

—Qué dices tú de esto? le preguntó brusca- mente Hipólito: te admirará, no es así, chi- quillo?

Juan no respondió.

Hipólito le sacudió el brazo y le arrastró has- ta debajo de un reverbero.

—Qué cambiado estás amigo mio! prorrum- pió Hipólito, con acento de verdadero interés; estás pálido como un muerto, y tienes los ojos encendidos... Estás malo?

Juan sacudió la cabeza.

—Vamos, estás enamorado! añadió el *leon* del Temple. Vosotros, jovencillos cándidos, que no conocéis el mundo, os enamorais formal- mente á la mitad del siglo XIX. Habráse visto tontería semejante!... Veamos, no es verdad que lo he adivinado, querido?

Juan sacudió de nuevo la cabeza.

—Lo que aqui hay de cierto, continuó Hi- pólito, es que tu no estás demasiado hablador!... Vamos, querido, desahógate un poco con un amigo... quién sabe? tal vez yo podré sa-

carte de penas... cosas mas dificiles se han visto.

En vez de responder Juan, dejó caer su frente entre sus manos.

—Es muy duro!... murmuró el *dandy* con sobresalto.

El pecho de Juan exhaló un sollozo; sus dos manos cayeron, y entonces Hipólito vió su cara inundada de lágrimas.

Este dolor mudo le conmovió mas vivamente que lo que hubiera podido decirle, y permaneció callado, sin encontrar palabras que dirigirle.

Juan fué el primero que rompió el silencio.

Deslizáronse con trabajo de entre sus labios algunas palabras entrecortadas; Hipólito escuchaba. Poco á poco Juan se animó; apoderábase de él insensiblemente ese placer melancólico que siente al referir sus dolores el alma lastimada; contó su triste historia, la escasez de recursos de la casa, el peligro que amenazaba á la anciana Reignauld, y la imposibilidad en que se hallaba de pagar á su inflexible acreedor.

A medida que hablaba, las facciones insulsas y toscas del *dandy* de baja esfera, adquirian una espresion de creciente interés; su fisonomía, en que estaba retratada de continuo la mas crasa indiferencia, llegó á representar vivas emociones.

—¿Es posible! murmuraba de cuando en cuando; hacer tanto daño á una pobre honrada!

Cuando Juan concluyó, cerró Hipólito con

ira su puño, y golpeó con furor y con la estremidad de su baston el empedrado.

—Y es ese pícaro de Johann el que tiene la culpa de todo! exclamó: Si lo hubiera sabido, un diablo, le hubiese llevado mis veinte y cinco sueldos!... En cuanto al caballero, parece ser insigne desalmado... porque ella es anciana, anciana! ¿no es cierto que es anciana la Reignauld, Juanito?

—Oh! sí, es muy anciana!... y la prision la matará!

—En cuanto á esto, amigo mio, la prision no mata á nadie... No sabes tú que en Clichy se pasan muy buenos ratos?

—Oh! no lo crees tú así. Dios mio!... pobre abuela mia.

—En efecto, ella no sabe ya divertirse, replicó Hipólito desdeñosamente; pero vive Dios! exclamó en seguida, es posible que sea mas pobre que las ratas!... yo, como me ves, no tengo mas que los objetos de mi uso... Ah! si hubiese hecho economías!

Diciendo esto registró los dos bolsillos de su chaleco, y sacó dos monedas de treinta sueldos.

—Tambien está aqui mi cadena de oro, continuó separando esta joya que en la apariencia era magnífica; pero es de cobre...

Juan le alargó la mano.

—Gracias, mi pobre Hipólito, dijo, conozco que tienes siempre un buen corazon... pero nada puedes hacer por mí.

—Poco á poco! replicó el *dandy*. Se puede aun gastar un franco en el fumadero... durante este tiempo vendrán las ideas.

—No tengo yo el corazon para eso, murmuró Juan.

—Eso vá en genios... En cuanto á mí un vaso de cualquier cosa me hace siempre mas bien que mal... Pero meditemos aqui, puesto que lo quieres... Veamos, cuánto necesitarías por todo?

—Con todos gastos, subirá lo que necesito á mas de ochocientos francos.

—Ochocientos francos! repitió Hipólito; si yo pidiese á Josefina esa cantidad me pondria ochocientas veces en la calle.

Examinó sucesivamente su pantalon, su chaleco y su levita.

—Todo esto vale treinta francos, murmuró en su justo precio. Es preciso encontrar ahora setecientos setenta.

El lado cómico de esta escena habia desaparecido bajo la emocion de los dos interlocutores.

Juan estaba estraordinariamente enternecido y apretaba la mano de Hipólito con reconocimiento.

—Y no es esto todo, exclamó este. Quiero hallar y no encuentro.

Permaneció durante algunos segundos inmóvil, enredando los bucles grasosos de sus cabellos y mordiendo el puño del baston.

De repente se quita el sombrero, y da un

gran salto sobre el empedrado.

=No me has dicho que tienes una centena de francos? gritó con la misma alegría que si hubiese encontrado una mina de oro.

—Ciento veinte francos! replicó Juan Reig-
nauld.

=Y bien, amigo mio, continuó Hipólito, cogiéndole por la cintura y comenzando una polka, Johann nos es inferior!... nos burlamos del caballero!... nos reimos de la prision!... todas nuestras deudas están completamente pagadas!... Y aun nos quedarán algunas monedas para almorzar mañana en los Vendarges.



CAPITULO VII.

Ciento veinte francos.

—

Estas promesas se asemejaban á los cuentos de hadas: el pobre Juan Reignauld á pesar de su sencillez vacilaba en creerlas; pero Hipólito hablaba con tanto calor, tenia tal verdad su entusiasmo! parecia tan profundamente convencido.

Juan se habia quedado delante de él con la boca abierta, interrogándole con la vista y sin atreverse á hablar temiendo retardar la esplicacion que esperaba.

—Ah! convenidos! decia Hipólito cuya ale-

gria era estremada; trabajo nos ha costado pero al fin estamos conformes... Ve á buscar-me tus ciento veinte francos y yo te aseguro que antes de media noche tenemos un billete de mil.

=Qué harás para conseguirlo? preguntó al fin Juan.

=No seré yo quien lo haga, sino tú... Yo, solo te daré los polvos de la Madre Celestina, y el modo de usarlos.

=Te estás chanceando? preguntó Juan tristemente y con acento de reconvencion.

=No! contestó Hipólito, palabra de honor... he hallado un medio, y á fé que es bueno.

=Pero en fin qué es?

El leon del Temple se plantó delante del tocador de organillo y colocó sus manos sobre el puño de su baston.

=Seguramente, querido Juan, no hubieras pensado en él, dijo Hipólito con aire de triunfo; y sin embargo es tan claro como la luz del dia, la treinta y una no se ha hecho para los tontos!

=La treinta y una!... repitió Juan á quien nada querian decir estos dos números reunidos.

=Pronto has aprendido la palabra, querido, prosiguió Hipólito: buena señal es... La treinta y una es un juego de cartas que se llama asi porque... En fin no importa!... Es un juego que no se usa entré el vulgo... Es fácil y ligero... con solo cien francos tendrás tu negocio hecho en media hora.

—El tocador de organillo le habia escuchado hasta el fin, esperó dos ó tres segundos mas y despues bajó la cabeza

—Y en esto consiste tu idea? murmuró Juan con desaliento.

—Poco á poco, hijo mio.

—No tienes mas esperanza que esta?

—Qué tonto es!... lo que es no tener mundo!... habla sin saber lo que se dice!... puesto que yo te lo digo negocio seguro.

—Sin embargo se puede perder...

...=Jamás!

El pobre Juan deseaba con tanto anhelo la suma que le prometian, que no era dificil persuadirlo; sin embargo su recta razon y buen juicio, se revelaban contra este aserto desnudo de toda verosimilitud.

Aunque no era jugador, no por eso ignoraba que todo juego lleva consigo la posibilidad de perder.

Hipólito se indignaba al ver el poco gusto que tenia á divertirse.

—Es asombroso!... está metido en cieno hasta el cuello, y hace melindres para salir de él!... Tienes ahí tus ciento veinte francos?

—No, contestó Juan, los tengo en casa.

—Yo en tu lugar correria á buscarlos.

Juan no se movió.

Hipólito le empujó, y le hizo dar algunos pasos hácia el mercado; el tocador de organillo se dejó llevar al pronto, pero despues

opuso resistencia y se paró.

=No quiero ir á buscar los ciento veinte francos, murmuró con rubor.

=Y por qué?

=Porque si mi pobre abuela vá á la cárcel necesitará este dinero.

=No teniendo que hacer mas que quererlo para impedir que vaya tu abuela á la cárcel.

Juan descubrió su abrasada frente y empezó á dar vueltas en sus manos á la gorra.

=Juan, dijo Hipólito con cólera, llévete el diablo y á mi tambien... pero es necesario tener un poco de paciencia con los amigos... Escúchame, es cosa sabida, y hay mas de quinientas mil personas que me lo han dicho y todas de buen tono... La primera vez que se juega, se gana sin remedio!...

El *dandy* hablaba con tal tono de conviccion que Juan se sentia indeciso á su pesar.

=Por qué la primera, mejor que las otras? preguntó sin embargo.

Hipólito se encogió de hombros y le miró con lástima.

=Qué quieres que te diga? exclamó, no te lo puedo explicar... son cosas que esceden á tu alcance; estoy seguro que no me comprenderias... Para entenderlo se necesita haber estado en sociedad... Pero veamos, tienes confianza en tu antiguo amigo Hipólito?

=Creo que en efecto quieres sacarme del

apuro, replicó Juan, pero...

—Nada de peros! .. no los quiero... Si tienes confianza en mi, mi palabra debe bastarte... tan verdad es esto como que eso que ves ahí es un reverbero... estoy seguro de lo que digo...

—Si lo creyera!... principió á decir el tocador de organillo casi persuadido.

—Jesus! Jesus! interrumpió Hipólito, qué terco es este muchacho! Te lo digo porque lo he experimentado... La primer vez que tomé las cartas, me llené los bolsillos de napoleones, con solo dos francos y cincuenta céntimos que tenia... Por ahí puedes deducir lo que se puede hacer con cien francos.

—Y sin embargo es la verdad! pensó para si el pobre tocador de organillo.

—En cuanto á perder, prosiguió Hipólito, cuya elocuencia iba en aumento, seria una cosa nunca vista... nunca!... con que reflexión un poco, querido .. qué contenta se pondrá la madre Reignauld cuando mañana al despertarse vea el oro á su cabecera.

—Dios mio! Dios mio! Si esto sucediera!...

—Cómo orará la pobre vieja!... cómo bendecirá á Dios!...

La respiracion de Juan era entrecortada; tanto le conmovia la idea de esta alegría.

—Te colocarás junto á su cama, prosiguió Hipólito; te ocultarás en cualquier rincón y la verás llorar y reir!...

Gruesas lágrimas surcaban la mejilla de Juan.

—Después, continuó Hipólito, te aprosimarás poco á poco insensiblemente, de puntillas, á la cabecera, te abrazará!... qué felices seréis!...

Juan oprimió con ambas manos su pecho que palpitaba fuertemente.

—Madre mia!... murmuró; pobre madre mia!... Oh!... no querrás enganarme, Hipólito... te creo y quiero seguir tus consejos.

El *dandy* se frotó las manos, como si acabase de ganar una victoria. Tomó del brazo á Juan, y lo llevó hácia la plaza de la Ronda.

—No es esto del todo malo, dijo cambiando de aspecto: vamos á buscar pronto el dinero y concluyamos de una vez!

Un solo minuto les bastó para bajar la calle de la Petite-Corderie y llegar al pasadizo que conducía á la pobre habitación de los Reignauld.

—Sube, dijo Hipólito, y despáchate, que yo aquí te espero.

El tocador de organillo entró precipitadamente en el pasillo, é Hipólito comenzó á pasearse delante de la puerta.

Al atravesar el patio, no miró siquiera á las ventanas de Hans Dorn; tan embebido estaba con la esperanza que acababa de renacer en él.

==Había luz en casa de Hans Dorn, las cortinillas de tosca muselina que cubrían los vidrios de las ventanas, solo dejaban percibir la claridad.

Sobre este fondo medio trasparente, se dibujaban de cuando en cuando algunas sombras; fácilmente se hubiera podido distinguir el lindo perfil de Gertrudis y el talle mas desenvuelto de otra mujer.

Un hombre las acompañaba. Para asegurarse de que no era el buen ropavejero Hans Dorn, solo bastaba mirar la sombra proyectada en la cortina.

Esta sombra era la de un caballero de esbelto y elegante talle.

Nada de esto vió Juan; subió cuatro á cuatro los carcomidos escalones; y se encontró frente á la puerta de la habitación de su madre.

La puerta no se cerraba mas que con pestillo; pero Juan se detuvo, como no atreviéndose á pasar.

Al separarse de Hipólito, estaba muy animado, habia en él algo que le hacia avanzar; tenia confianza y entusiasmo; pero en los pocos segundos que empleó en atravesar el patio se habia desanimado. En vez de empujar la puerta se quedo largo tiempo inmóvil, en la angosta meseta; una mano misteriosa lo impedía á avanzar; dudaba. Era la primera vez que en su vida le espantaba la idea de ver á su madre y á su abuela.

Cuando levantó el pestillo, lo hizo con esa precipitación de un hombre que se arroja á los peligros y que cubre con un velo su conciencia.

Entró. La ancha habitacion, sin mueble alguno, estaba iluminada apenas por los restos de una vela que estaba para concluir con su largo é inclinado pábilo. La sombra dominaba en las tres cuartas partes de la sala; las negras paredes absorbían la débil y agonizante claridad. Solo aqui y alli, un informe objeto se dejaba percibir vagamente entre aquella profunda noche.

Al caer por su propio peso la ceniza adherida á la estremidad del pábilo, reanimada por un instante la moribunda luz, arrojaba algunos vivos destellos; queria entonces la vista distinguir algo, y no descubria nada. Era aquella la nada, la miseria en su último periodo. Prenda por prenda, todo habia sido vendido: solo quedaba ya la tosca cortinilla que tapaba la ventana y la estropeada del miserable lecho.

El tocador de organillo no percibió al entrar en la habitacion ningun ruido. Por un momento pudo creer desierto la habitacion; pero su mirada que directamente habia dirigido á la cama distinguió los pálidos reflejos de la agonizante luz una masa sombría y confusa que se destacaba entre la blancura de la manta.

Aprocsimose de puntillas. A medida que

se acercaba iba percibiendo el ruido de dos respiraciones trabajosas y oprimidas.

=Duerme las dos... dijo para sí; voy á poder!...

Y redoblando las precauciones llegó hasta la cama sin haber hecho el menor ruido.

La confusa masa que de lejos vió, era un grupo compuesto de la abuela y de su nuera Victoria, ambas inmóviles y dormidas.

La anciana estaba medio echada sobre la manta con los pies pendientes fuera de la cama; su cabeza la apoyaba apenas sobre la almohada. Dormitaba, con la boca y ojos entreabiertos.

Aquello no era descanso, era una especie de insensibilidad pesada, interrumpida por dolorosos estremecimientos.

La madre Reignauld permanecía aun con el vestido de los días de fiestas; había vuelto del palacio de Geldberg tan desfallecida y anonadada que se había sentado en el lecho y allí había permanecido inmóvil.

A las cariñosas y tiernas preguntas de Victoria, había contestado con un melancólico silencio. Solo una vez entreabrió sus labios, y esta vez fué para dirigir á Dios una súplica en que mezclábase el nombre de su hijo.

Ni había referido lo que le había pasado en el palacio, ni tampoco la bárbara dure-

za de Santiago; habia preferido ocultar su martirio.

Durante esta noche eterna, sus ojos agotados no habian derramado una lágrima siquiera.

Desde que el cansancio la habia vencido, asemejábase su sueño á la muerte.

Sus ajadas y contraídas facciones, espresaban en medio de aquel anonadamiento la mas dolorosa angustia. Su palidéz era aplomada; y sus párpados, perdidos en la profundidad de aquellas huecas órbitas, parecian haber sido tocados por la mano cristiana que cierran los ojos de los cadáveres.

Apenas oíase su débil respiracion; y saliéndose sus cabellos blancos de su gorro, esparciábase sus mechones al rededor de su enflaquecido rostro.

Arrodillada Victoria á su lado, apoyaba su cabeza en la manta mojada con sus lágrimas.

Sorprendida evidentemente por el sueño en su piadoso deber, habia debido interrumpir algun consuelo comenzado, al ver que la anciana Reignault cedia en fin al peso de su dolor; despues, no se habia atrevido á continuar, por no turbar aquel sueño, que era una tregua en las penas de la pobre abuela.

Nada veíase de su cara que rescostaba en la cama; sus manos unidas aun y colgando

conservaban la actitud del que ora.

Era este un cuadro triste y lleno de desolacion. La fisonomía de Victoria hablaba por si sola; su postura solo indicaba toda la inmensidad de su afliccion.

En cuanto á la anciana, alumbrada como estaba su arrugada cara, mostrábase bien á las claras toda su angustia.

Habiase detenido Juan á dos pasos del lecho; contemplaba todo esto y desgarrábasele el corazon.

En aquel momento habia olvidado el motivo que alli lo habia conducido, y enteramente tambien á Hipólito que lo esperaba en la calle.

No sabia nada; nada pensaba; aquella muda é inmensa desesperacion obraba en él como un contagio.

Cayó de rodillas al lado de su madre. Maquinalmente quiso recostar su frente enardecida en la manta que cubria la cama; pero retiróla bruscamente y tiritando; habia tocado la fria humedad de las lágrimas...

Levantóse, y coordinò lentamente sus ideas. Recordó que iba á hacer, alli, y subió al lecho para tantear el vestido de su abuela.

Agitóse débilmente Victoria sin despertar, y su encorvado pecho exhaló un suspiro.

Juan retrocedió aterrorizado.

=Dios mio! murmuró oprimiéndose con las dos manos el corazón, como tiemblo!... es, pues, un crimen el que yo voy á cometer!...

Inclinó la cabeza y quedóse inmóvil por un momento.

Después repuso como para decidirse:

=Es necesario!... padecen tanto!... soy solo en el mundo para socorrerlas!...

Avanzó un paso, pero pensó repentinamente de otro modo y volvió la cabeza hácia el rincón mas oscuro del cuarto.

=Geignolet... pensó.

En vez de acercarse al lecho dirigióse al rincón en que dormía conumente el idiota.

—Nadie había en el miserable jergon que le servia de cama.

—No está Geignolet! pensó Juan; duermen las dos! . Dios mio, sois quien me abre este camino para salvarlas?...

Hay momentos de emoción tan intensa en que el alma mas cándida encuentra en todo presagios. Creyó Juan que el cielo le allanaba todos los obstáculos y decidióse.

Volvió al miserable lecho y buscó otra vez entre los pliegues del vestido de su abuela el bolsillo en que debía hallarse la bolsita de Gertrudis.

Aunque su intencion era buena no dejaba de temblarle la mano. Hubiéranlo tomado seguramente por un malhechor los que lo hubiesen visto en este momento.

Haciólo torpe su misma emocion; por largo tiempo buscó. Mientras registraba, el menor movimiento de su madre ó de su abuela turbábalo así hasta obligarlo á huir.

A pesar de sus muchas precauciones, la anciana sentia algo su presencia, pues empezaba á agitarse y movia los labios.

El organista espíaba estas señales de que de un momento á otro iba á despertar y se apresuraba; mas apresurándose sus crispadas manos se ocultaban entre les pliegues de la ropa.

Habia en el sentimiento que experimentaba vagos temores y como una especie de remordimiento, mezclados de impaciente cólera. Gruesas gotas de sudor mojaban sus sienas.

Cuando principiaba á desesperar sintió una abertura en la tela del vestido, y tocó el codiciado oro á través de las mallas del bolso de seda.

Tenia ya su presa, pero no podia aun apoderarse de ella; una de las extremidades del bolso estaba cogida bajo el cuerpo de la anciana y era menester sacársela.

Era este un trabajo de paciencia, Juan se

puso á tirar poco á poco, mas el bolso no cedía, y la vieja iba á despertarse.

Su cabeza daba vueltas sobre la almohada y algunas palabras ininteligibles se desprendían de sus lábios.

Sus brazos se agitaban sin direccion y se hubiera dicho que buscaban un ser querido que abrazar.

=Hijo mio! hijo mio!... murmuró en fin con voz ahogada, no me mates... soy tu madre!

=Juan no sabia de cierto si estas palabras se dirigian á él; su cabeza se desvanecía, conocia que solo quedaba un instante y tiraba mas fuerte.

=Hijo mio! hijo mio! decia la pobre vieja agitándose y llorando amargamente; te pido que me dejes mi última esperanza!...

Juan no tenia ya ningun valor, porque aplicaba estas palabras á los ciento veinte francos de la bolsa.

Una mirada que echó sobre el rostro de la abuela le demostró suficientemente que no estaba despierta; hizo un último esfuerzo y sacó la bolsa: pero hizo un poco de ruido. La vieja se incorporó sobresaltada.

=Santiago!... exclamó.

Emprendió la fuga el tocador de órgano y se encontraba á cinco ó seis pasos de distancia del lecho.

=Yo no he soñado, prosiguió Mad. Reignauld, sacudiendo el brazo a su nuera; ya no son nada mis ojos, pero he oído los pasos de un hombre...

=Victoria! Victoria!...

Victoria levantó la cabeza.

Pero en este momento pasaba Juan cerca de la luz y le dió un soplo: las tinieblas ocuparon la habitacion.

—Quién anda ahí? gritó Victoria; eres tú, Juan.

El tocador de órgano no respondió, atravesó la puerta y bajó la escalera corriendo.

Hipólito le esperaba silvando una cancion. Juan se unió á él y se apoyó contra el muro porque no podia sufrir su emocion.

—Hé aqui los ciento veinte francos de la madre Reignauld, pronunció lentamente y con voz apagada. Todo lo que le resta en el mundo... Esto es mi vida!... porque yo los he robado, Hipólito, y si los pierdo me mataré!...

CAPITULO VIII.

La casa de Hans Dorn.
—

Eipólito comenzó á sentirse disgustado. Tenia los pies frios, y la emocion que lo habia sorprendido á la vista del dolor de su antiguo camarada, se habia cambiado en un pésimo humor, mientras que le esperaba con las botas metidas en el lodo.

Hizo girar su bastón, y subió los hombros con aire desdeñoso.

—Esto depende de los génius, dijo; por mi parte perderia mejor ciento cincuenta millones de millares de millones de doblones, que soñar en pasar el arma á la izquierda, como dicen los viejos militares.... yo soy un escelente jugador!... Pero no se trata de eso... todo lo que hemos hecho han sido tonterias..... y si te arrepientes de haber tomado las ciento veinte monedas, es cosa que se explica perfectamente, chico.

Juan le miró admirado.

—Sí, replicó Hipólito con una frialdad creciente.

—He reflexionado.... esto no marcha..... Supongamos que no he hablado.

—No te comprendo... murmuró Juan.

—Tal vez... mas yo me entiendo... cuando te vi aqui, querido, con los ojos llorosos y blanco como un lienzo, no puedo menos de decirte que me hiciste un gran efecto... Bajo mi palabra, creí que iba á llorar.

—Y ahora, interrumpió Juan, no tienes ya piedad de mí?

—Palabra de honor! que eso no es verdad, dijo Hipólito, reanimándose un poco; yo daré todo lo que tengo por sacarte de apuros...

y si tuviera crédito pediría prestado.

En esto se paró para tratar de apoyarse sobre el puño de su baston.

=Pero si no tengo crédito, añadió bruscamente... ¿qué diablos, qué quieres hacer?

=Has hablado de una casa de juego... dijo el organista titubeando.

=Es verdad... yo no estoy libre de una necesidad.

=¿No quieres jugar más?

—Querido, mientras me he consumido esperándote en este lugar solitario, me he entregado un momento á la meditacion... es preciso matar el tiempo... despues de haber reflexionado, me he dicho: Hipólito, sois un gran bobo...

Juan comprendia cada vez menos.

=No me he roto mucho los cascos, continuó el leon del Temple; ¿sabes cual ha sido el último resultado? que no hay medio....

Al pronto dudaba Juan ante el espediente propuesto como ante un crimen; voluntariamente hubiera dado un paso atrás, y ahora que le ponian obstáculos en el camino, tenia empeño en andar adelante. Todos los hombres son asi.

Esta casa de juego que en un principio le causaba tanto terror, la codiciaba ahora con

apasionado ahinco; quería jugar á todo trance, y ya no tenía miedo de perder.

Parecía que le arrancaban una fortuna cierta

—Y por qué no hay medio? dijo irguiéndose con viveza.

—Calle! calle, murmuró Hipólito; el chico muerde siempre lo mismo... pues no vá á comerme! añadió en voz alta; yo no tengo la culpa de esto.

—Pero por qué? di, por qué? repitió el tocador de órgano con cólera y despecho.

—Es sorprendente que un hombre como yo, replicó Hipólito con aire de suficiencia, teniendo la costumbre de la sociedad no haya pensado el primer golpe... el hecho es que hay muchas razones, pobre Juan... aunque barbilampiño, tú podrias entrar con acierto aplomo, porque allí no hay municipales para pedir las fees de bautismo... pero es toda gente cuidadosa como se requiere en estos lugares... tu vestido de terciopelo y tu gorra no serian allí de recibo.

Juan bajó la cabeza; esta objecion le pareció concluyente.

—Dios mio! Dios mio! murmuró; es posible detenerse por semejante cosa!...

—Muy duro es! replicó el dandy; pero qué quieres, sin un buen vestido no se va á ninguna parte.

Juan se atormentaba su ardorosa frente con la mano, y estaba muy próximo á llorar de rabia.

—Con que querido, dijo Hipólito, voy á desearte mejor suerte; me ausento.

—Espera un poco! exclamó Juan con tono suplicante.

—Esperaré todo lo que quieras, querido... pero esto á nada conduce y me fastidia además... En tu lugar aceptaría con mas gusto un vaso de aguardiente que el desesperarme en vano..... Cuando no se puede, que diantres! no se puede...

Levantóse súbitamente la inclinada cabeza de Juan.

—Lo he encontrado! exclamó con cara radiante de júbilo.

—Que has encontrado?

—El medio de obtener un vestido.

—Ah! ah!

—Vas á ver..... todo lo bueno que hay en esto!

Juan no cabía en sí de gozo. Había olvidado la desgracia de su familia; mostrábasele el porvenir risueno, veía montones de oro puro, vejez feliz para su abuela. Imaginábase á su madre en una buena tienda, y á Geinolet abrigado con un vestido nuevo. Y aun le quedaba suficiente dinero para casarse con Gertrudis, que era su constante pensamiento.

Qué de felicidades!

Tomó la mano del *dandy*, y la apretó contra las suyas con efusión.

—Mi querido Hipólito, dijo, escúchame si quiera por espacio de un escaso cuarto de hora.

El leon hizo un gesto de marcada repugnancia.

—Te lo ruego! insistió Juan, que temia una repulsa.

—Te escucharé quince dias si es necesario, replicó Hipólito; pero no aquí... Podria pasar alguno y decir luego á Josefina, que yo estaba *haciendo el oso*... lo que nos ocasionaria disgustos... haz tus negocios; despáchate y ven á reunirme conmigo en el fumadero de l'Epi-Scié al lado del circo.

—Corriente, dijo Juan que hubiera sido capaz de ir á reunirse con él á los antipodas; hasta mas ver.

—Hasta luego.

El *dandy* estiró los picos de su chaleco, subió su corbata y aseguró su sombrero sobre sus espesos cabellos; echo esto, tomó la direccion del boulevard, estirándose la camisa, arqueando los brazos y haciendo toda clase de monadas.

Juan entró precipitadamente en el portal y atravesó segunda vez el patio; pero en vez de tomar la escalera que conducia á la habitacion de su madre, tornó á la derecha y se dirigió al cuarto de Hans Dorn.

—Si su padre no estuviera en casa! murmu-

ró subiendo con lentitud; pero me parece que ha de haber salido!.... Tengo fortuna esta noche!

Llegó delante de la puerta del ropavejero Hans Dorn y dió tres golpecitos, que era la señal ordinaria entre él y Gertrudis.

Nadie contestó.

Sin embargo habia distinguido luz por las ventanas al pasar el patio. Alguien habia dentro.

Cuando un hombre tímido se arriesga á un lance atrevido, nada enfria su valor tanto como estos retarjos vulgares que detienen á un hombre honrado al corder de una campanilla.

Tal pretendiente olvida su discurso de entrada en estos cortos momentos; tal otro pierde de antemano su sonrisa; dá los tres campanillazos, el hombre mas impávido busca inútilmente su perdido arrojó.

Juan habia tocado con confianza; pero á medida que esperaba en vano la respuesta, su confianza se destruía, su frente se humedecía, su natural timidez volvía á tomar incremento.

Tal vez estuviese en casa de Hans Dorn; quizás estuviese acostada Gertrudis: Juan sintió reanimarse pensando que sería posible que quizás el mismo ropavejero viniera á abrirle la puerta.

No se atrevía á tocar de nuevo.

Mientras que vacilaba en llamar segunda vez, su oído se esfuerza en percibir lo que pasaba dentro de la casa.

El oía algún ruido dentro; se asemejaba al rumor dado de una discreta é íntima conversacion; pero á través de este ruido, distinguía otro que le impedía asegurarse y hacer conjeturas.

Este otro ruido no sabía de donde provenía; estaba débil, sordo y ni aun pensaba.

Juan vivía en aquella casa desde niño, y no había conocido allí ningún oficio que pudiese producir aquel ruido tan continuo.

Si hubiera estado próximo á alguna cárcel, hubiera creído oír á algún preso horadar las paredes é intentar derribarlas.

Su vista no podía ayudar á sus oídos. La estrecha meseta que había antes de la habitación de Hans Dorn estaba en completa oscuridad. El ruido continuaba. Había momentos en que creía que alargando la mano podría asir al trabajador nocturno que minaba la pared.

Otras veces, ignoraba de donde venía aquel sonido y que era.

De noche se perciben por lo regular estos misteriosos murmullos que ni se pueden explicar ni definir. De veinte veces las diez y nueve tienen la causa mas natural del mundo; pero el que lo escucha é intenta descifrar apela casi siempre á su imaginacion. Todo es entonces una vision, concebida instantáneamente.

A la mañana siguiente, la vision desaparece, y concluye el drama.

—Era una veleta que se movía, una puerta

mal cerrada que batía con el viento, un perro que gruñía, era un confitero muy aficionado al trabajo que había escogido la incómoda hora de las doce para dividir en pedacitos un poco de turrón.

Juan no se encontraba en esa situación tranquila que permite á la imaginación dar cabida á distintas hipótesis, pero este ruido le inquietaba bastante. Se paseó en la meseta, tocó las paredes y no encontró nada.

No había nadie. Si el ruido tenía una causa terrestre; sin duda que provenía de la misma casa de Hans Dorn ó de una leñera que pertenecía también al tratante en vestidos.

Y en verdad, se decía que el padre Hans tenía mucho dinero en su casa para un hombre de su clase. Quizás estaría haciendo alguna cueva para su tesoro.

Juan estendió la mano en la oscuridad para tocar la puerta de la leñera y le pareció que estaba sólidamente cerrada por dentro...

Cualquiera que fuese el ruido había comenzado mucho antes de la llegada de Juan Reig-nauld, pero entonces no había nadie que pudiese escucharle.

Hans Dorn había salido al anocheecer y su hija la linda Gertrudis tenía otra cosa que hacer que escuchar á las ratas trabajando en las viejas paredes. Su padre le había dicho que amase y sirviese á Frantz y ella seguía estas recomendaciones en conciencia...

Frantz era á quien Sara habia dos horas antes visto atravesando la plaza de Rotonda y deslizándose en el portal sombrío del mercader de ropas.

Frantz queria ver á Gertrudis pues tenia muchas cosas que decirle. Tenia un nuevo capitulo que añadir á su fantástica relacion de por la mañana. La alegria se desbordaba en su corazon; la novela de su destino marchaba: estaba casi loco á fuerza de esperanzas y le hacia falta un confidente.

Ademas algunas palabras cambiadas por la mañana con Gertrudis, mientras que su padre buscaba el famoso paquete de vestidos, habian abierto á nuestro jóven un horizonte nuevo.

Gertrudis conocia á Delisa, y parecia que le amaba. Cuanto habia ganado Gertrudis en el espiritu de Frantz desde que sabia esto! Cuánto mejor y mas bonita la encontraba! Cuánto la amaba sinceramente y con un amor de hermano!

Delisa y él estaban separados desde que su espulsion de la casa de Gelberg le habia separado de aquellos ricos salones, cuyas puertas se abrian para él en otro tiempo; no tenia ningun medio de acercarse á la señorita d'Amlethen.

La vispera en aquel momento solemne en que se creia seguro de morir, se habia visto obligado para dirigirle un último adios á tomar uno de esos medios romancescos, que á nada conducen de ordinario, sino á comprometer á la mujer amada.

Sin la circunstancia del duelo jamás hubiera tomado Juan ese camino temerario, en el que todo el peligro era para Delisa. Era emprendedor; pero á pesar del aturdimiento de su edad y de su carácter, tenia la delicadeza de las bellas almas y hubiera retrocedido siempre ante una tentativa peligrosa para la que amaba.

Ahora Delisa le habia dado derecho, y guardaba como un tesoro en el fondo de su corazón la declaracion querida de la jóven.

Pero siempre existian los mismos obstáculos entre ellos.

La puerta de la señora vizcondesa d'Audemer estaba cerrada para Frantz, de la misma manera que la vispera. No habia ningun medio de ver á Delisa, aquella entrevista tan encantadora delante de la puerta, y aquel beso concedido, cuyo recuerdo le hacia estremecer, todo esto parecia tender al pesar de una larga separacion, quizás sin término.

Si Frantz no hubiera encontrado á la linda Gertrudis, cuya sonrisa habia sido para él como un buen agüero, hubiese dudado del porvenir.

Su situacion habia cambiado desde la vispera; así lo creia al menos. Su corazón estaba enchido de esperanzas fogosas y casi insensatas. Soñaba que era pobre, huérfano, ignorante hasta del nombre de su padre, de la nobleza y de la fortuna, y se creia á punto de penetrar el oscuro secreto que rodeaba su vida.

Pero todo eran esperanzas, y pensándolo

amaba á Delisa con pasion. La idea de no volverla á ver le horrorizaba. A pesar de haberle ella mostrado lo mas recóndito de su corazon, no podia acostumbrarse á la idea de separarse de ella.

Solo Gertrudis era quien debia sacarle de este apuro. Dos veces tan solo la habia visto, pero las circunstancias que Frantz llamaba casuales, se habian estrechado de una manera prodigiosa. Sin intentar sondear este sentimiento, contaba Frantz con Gertrudis como con una antigua amiga. No podia esplicarse la confianza que en ella tenia; lo que tenia era fé, y creia en el sacrificio de la jóven hasta colocar en ella todas sus esperanzas para lo futuro.

Venia hácia ella para entregarle su corazon, y era feliz de antemano pensando en lo que iba á confesarle, en lo que iba á saber.

No habia habido sin embargo nada de nuevo entre él y la linda hija de Hans Dorn. Algunas palabras rápidas dichas muy de quedo, en consecuencia de las cuales habia dicho; yo volveré...

Era esto bastante para que Gertrudis pudiera saber todo lo que Frantz esperaba de ella?

Tal vez, Frantz no dudaba de nada y jamás se habia sentido tan alegre.

Cuando subió la escalera de Hans Dorn ya hacia bastante tiempo que el mercader de ropas habia salido sin decir á su hija donde iba. Gertrudis estaba sola en la habitacion de la en-

trada. El misterioso ruido escuchado por Juan Reignauld en la escalera aun no habia comenzado

Gertrudis bordaba segun costumbre. Estaba sentada junto á una mesita en la que habia todos los utensilios necesarios para su obra. Mil pensamientos risueños ó melancólicos se cruzaban en su imaginacion reflejando en su rostro gentil.

No habia vuelto á ver á Juan desde por la mañana. La mayor parte de las veces pensaba en él y sus facciones tomaban entonces una tierna espresion. Amaba á Juan con un amor sério, profundo, sincero, y Juan era tan desgraciado.

Pero la niña tenia 16 años. La tristeza no se obtenia en esta edad y huye al primer soplo de alegria. Creia por otra parte que los ciento veinte francos, fruto de su economía, habria bastado á la madre Reignauld para apaciguar á los que la perseguian.

De vez en cuando pasaba sobre su frente inclinada un vivo rayo. Levantaba su cabeza y encendia sus ojos una sonrisa brillante.

Ya no era la niña traviesa que hemos visto en los primeros capitulos de esta historia, la buena y alegre chica con el corazon abierto y el alma franca; ahora era la muchacha maliciosa, amante de reir y encontrar en todo la alegria.

En dos momentos en que su frente se iluminaba, ó cuando sus ojos brillaban arrojando

su melancólico velo, su mirada se dirigia siempre hácia la puerta de entrada. Esperaba á alguien y este alguien tardaba hasta herir su impaciencia.

Oyó al fin un paso en el patio, despues en la escalera.

—Ya sabia yo!... murmuró sonriendo con triunfo.

Hasta entonces no le habia ocurrido cantar, pero en este momento activó su bordado y comenzó una copla á la ventura.

Llamaron. Ella continuó cantando.

Llamaron mas fuerte.

—Querida Gertrudis, dijo al mismo tiempo una voz por fuera de la puerta, yo os escucharé con mas gusto cuando me hayais abierto.

La jóven se interrumpió en un acceso de risa.

La voz exterior tomó un acento lastimoso y al mismo tiempo burlon.

—Señorita Gertrudis, contestó, yo soy el pobre Juan, vuestro vecino, y vengo...

—Silencio, prorrumpió la jóven, levantándose ruborizada.

—Quiero callarme, volvió de nuevo á decir la voz; pero, si no abris, os tocaré el timbre, la parisienn en mi organillo de Berberia.

Gertrudis no se reia mas, su frente estaba encendida. En sus ojos aparecia una llama de cólera.

—Sin embargo de todo esto, abrió la puerta.